Mundo Argentino



"—¡Ligero, Licha, ligero! Sujetándola por un brazo, la browning en alto, avanzamos por el estrecho corredor subterráneo, cuya boca de salida iba a dar a un baldío cubierto de yuyales. Ya fuera, echamos a andar agazapados, pero rápidamente. De pronto, sonó una descarga. Los ojos se me nublaron, perdí el equilibrio y caí de boca sobre los yuyos..."

De la novela corta de ambiente nacional

EL VÉRTIGO ROJO

De

HORACIO VARELA

En este número:

¿Tuvo cómplices Gorguloff, el extraño asesino del presidente Doumer?

20 centavos en toda la República

El ESPEJO de la opinión PUBLICA en el PAIS y en el EXTRANJERO



1 REPUBLICA ARGENTINA
El agricultor. — ¿Cuándo me veré libre de plagas?



2 Los expertos.—No es agresivo. Su bramido es peor que su mordisco.
El pueblo. — Dios me libre de él!

EL BALANCE DE LA POLITICA MUNDIAL

Los pesados impuestos y la falta de protección (1) **del Estado a nuestros agricultores siguen siendo la plaga** de sus campos, tanto o peor que la de la langosta o el granizo. Para que la agricultura nacional entre en una nueva era de progreso es menester la ayuda oficial a los agricultores.

El armamentismo es una fiera que tiene entre sus fauces al pueblo (2), en una continua zozobra; pero **peor que su mordisco es, sin duda, su bramido, que es el anuncio de las terribles carnicerías de la guerra.** ¡Ojalá nunca lo oigamos en nuestra América, donde el conflicto paraguayoboliviano hace temer en estos momentos, cuando todavía estamos palpando las consecuencias de la guerra europea, una hecatombe desoladora!

Alemania no quiere desarmarse, no obstante la insistencia con que Francia se lo viene pidiendo (3), **pues acaso sueña con la revancha en un futuro no lejano.** Pero lo importante no es que tan sólo se desarme Alemania, sino todas las naciones del mundo, pues la paz armada no ofrece ninguna garantía y es como un polvorín que siempre se teme que estalle.

"Demasiado hermoso para ser cierto" (4) es el título de una comedia del gran ironista Bernard Shaw, que antes de ser representada en Polonia pasó por las manos de los censores políticos, **y fué tal la poda que se le hizo, que puede decirse que el famoso comediógrafo irlandés quedó desnudo.**

Todas las naciones que les deben a los Estados Unidos (5) **conjugan en estos momentos el verbo "no pagar", y Mr. Hoover no tiene más remedio que decírselo al Congreso** para tratar de conseguir nuevas moratorias.



3 ALEMANIA ARMADA
Alemania a Francia. — ¿Que me desvista? ¡Eso sí que no, mi amigo!
De "Aux Ecoutes", París)



4 POLONIA
Así quedó Bernard Shaw en manos de los censores polacos.
(De "Wiadomisci Literackti", Varsovia)



5 EL VERBO QUE TODAS LAS NACIONES CONJUGAN
— ¡Ellos no pueden pagar! — dice, por último, Mr. Hoover.
(De "Daily Express", Londres)



Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO

APARECE LOS MIERCOLES

EDITADO POR LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: RIO DE JANEIRO 300 - U. T. 60, CAB. 1020 AL 1029

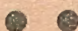
FUNDADOR ALBERTO M. HAYNES



AÑO XXII — BUENOS AIRES, AGOSTO 17 DE 1932 — NÚM. 1126

Lo que VEREMOS dentro de CIEN AÑOS

Por MAURICIO DEKOBRA



NADIE puede prever la situación política y económica de un mundo civilizado dentro de cien años..., pero no tengo inconveniente en "especular" sobre lo que podrá ser la vida en nuestro pequeño planeta en el año 2000.

¿Acaso la existencia se habrá tornado chata y descolorida y desprovista de todo elemento sorpresivo, de lo que hoy constituye la esencia de la vida?

El turismo, ese maravilloso remedio del "spleen" y todos los demás males heredados por el hombre, inclusive el amor, ¿habrá perdido todo su atractivo, porque ya no quedarán nuevos países por explorar, nuevas razas para estudiar, ni aventuras, ni idilios que presten interés a la vida?

¿Se habrá propagado la plaga del bolshevismo progresivamente a todos los países del occidente, y una mujer y un hombre viviendo solos en una casa de diez habitaciones, serán considerados monstruosas aberraciones de un mundo anticuado?

¿No encontrará el novelista temas para su pluma, porque ya las mujeres no serán engañadas por el hombre, ni el hombre engañado por su corazón, ni el corazón por los sentidos, ni los sentidos por el químico?...

Estas interrogantes tienen numerosas respuestas, ninguna de las cuales puede, en realidad, ser discutida, porque hemos llegado a una época que cambia con tanta rapidez que las previsiones humanas son vanas. Nadie puede pronosticar..., por muy agradable que resulte dar rienda suelta a la imaginación. Sin embargo, como es humano anticipar el porvenir, voy a exponer algunas respuestas especulativas a las preguntas que acabo de plantear.

Dentro de cien años la vida se habrá tornado tan complicada y científica que existirá poco romance y aventura visible, mientras que lo inesperado, lo que pone una nota de emoción en la existencia, apenas se vislumbrará.

El turismo, tal como lo entendemos, y la rapsodia de la locomotora, que hoy incita a millones de personas a abandonar sus hogares y visitar el mundo, no tanto en procura de la juventud eterna como por buscar un cambio de ambiente, habrá dejado de existir. Y no, precisamente, porque el hombre del año 2000 haya perdido todo afán de cambio, sino, simplemente, porque habrá encontrado métodos mejores y más rápidos de acelerar su traslación por los espacios. Todo es cuestión de relatividad, y no me interesa decidir si la lenta balada de la dinastía merovingia no era preferible a la febril actividad de la locomotora, o si no sería mejor emplear ocho días en el viaje de París a Nueva York, que cuatro horas de París a Berlín. De cualquier manera, en el año 2000, los que rezongan porque pierden tiempo en viajar, tendrán ya pocas oportunidades de hacerlo, y los viajes por la estratósfera se habrán tornado tan vulgares como las actuales excursiones domingueras. Será posible trasladarse de París a cualquier parte del Nuevo Mundo en menos de cuarenta y ocho horas, y el mundo civilizado se empequeñecerá gradualmente como un globo de gas que se desinfla.

Los ciudadanos del siglo XXI juzgarán increíble que pueda haber existido una época en que a la par del desocupado, el baldado o el sumamente pobre, que luchaban por ganarse una miserable existencia y a veces se morían de hambre, existieran ciertos individuos con rentas de miles o aun millones de pesos por año.

El progreso de la mecánica habrá complicado aun más el problema insoluble de la superproducción y del consumo, y como el adelanto moral de la humanidad no habrá guardado relación con el progreso de la ciencia, habrá una enorme falta de equilibrio entre el perfeccionamiento práctico de la vida y el alma primitiva, aun del hombre supercivilizado.

Creo que el progreso científico habrá envenenado totalmente a los seres humanos, y que, como niños que manejaran armas peligrosas, se habrán convertido esos seres en una amenaza para ellos mismos y para el mundo.

Sin embargo, habrá siempre temas para el novelista, si es que para ese entonces esa especie no se ha extinguido..., a pesar de las limitaciones que habrá impuesto la ciencia al amor, pues se nos asegura que para ese entonces el hombre habrá perfeccionado considerablemente su arte y técnica amatoria. Nuestros descendientes del año 2000 se reirán de nuestros míseros esfuerzos y míseras aventuras.

Los rayos hertzianos tendrán decisiva intervención en las relaciones entre ambos sexos, y los rayos X proporcionarán a los futuros Romeos y Julietas una visión exacta del verdadero valor de sus estados anímicos. Veo visiones apocalípticas de amantes del futuro con diferentes potencialidades y besos de 30.000 voltios entre rostros fluorescentes. Eso es lo que evidentemente debemos esperar del amor en el año 2000 de la Era Cristiana.

Opino que el hombre siempre conservará su facultad de ilusionarse, y que lo único invariable será el amor.



Mauricio Dekobra es, indudablemente, uno de los escritores más conocidos de nuestra época, y también de los más discutidos, pues si bien sus novelas se traducen a todos los idiomas y alcanzan cifras fabulosas en el tiraje, tiene — tal vez gaje inevitable de la popularidad — formidables detractores, que no titubean en asegurar que el gran autor francés es "un señor que está entre el comercio y la literatura." Su chispa, su ingenio, su humorismo, deben ser, empero, de buena ley por cuanto son tan apreciados en Francia como fuera de ella.
Dekobra ha escrito especialmente para MUNDO ARGENTINO el artículo que publicamos, en el cual expone sus opiniones sobre el futuro de nuestra civilización.

Un HOMBRE HONRADO

UN CUENTO DE

HECTOR C. IGLESIAS

¡Cuántos hombres honrados hay como este don Mariano, cuya honradez, a pesar de ser tan pura, no es apreciada por nadie, ni aun por sus propios hijos! Al morir, ¿cuántos son los que rinden homenaje a su vida intachable, a su ejemplar línea de conducta? Pocos, acaso ninguno... La honradez, que es el mayor tesoro del hombre, no tiene, por lo común, valor para mucha gente y hasta la considera un estorbo.

LA mayor preocupación de don Mariano era la de ser un hombre honrado. Tenía la seguridad de que al declinar de su vida, nadie podría reprocharle ninguna falla en su rectitud. Trabajó siempre desde que amanecía hasta el anochecer, sin quejarse jamás de la suerte. Casó muy joven y tuvo en su matrimonio varios hijos, a quienes costeó estudios sin lograr que ninguno de ellos alcanzara a recibirse. De todos los sueños de su vida, éste era el único que le había fallado. ¡Cuántas noches pasó en vela imaginando en la puerta de su casa las chapas que anunciaran la profesión de sus hijos: Antonio: "Abogado"; Pedro: "Médico"; Luis: "Ingeniero"!

Cuando comprendió que ninguno le daría un título para recrear su vanidad de padre satisfecho, se consoló con la idea de que algún día llegarían a destacarse en sus diferentes ocupaciones.

Cariñoso con sus hijos, siempre tuvo a flor de labios una sonrisa que escondiera los sinsabores del trabajo y una frase que suavizara la amargura de su pobreza.

Era el hombre más cumplidor en cuanto a sus pagos: nunca pasó el primer día del mes sin que en su casa se abonaran las cuentas de los proveedores. De no haberse hecho así, a buen seguro que el sueño de don Mariano no hubiera sido tranquilo.

Tenía el más severo concepto de la moral y del orden. Nunca se permitió a sí mismo el menor desvío de su conducta. Inculcó a sus hijos, desde que fueron capaces de razonar, estas creencias, y jamás se arrepintió de haberlo hecho. Trazó una recta para su vida y por ella se condujo sin la menor vacilación.

Empleado desde hacía cuarenta años en una fuerte casa comercial, donde había entrado para arreglar y ayudar en las cuentas de los obreros, resolvió retirarse al cumplir los sesenta y cinco años, después de ocupar un alto puesto en el directorio, pues creyó que bien merecía un descanso para gozar de los últimos años de su vida.

Más que los mismos compañeros, lamentaron su retiro de la casa, los tres mil obreros que trabajaban en los talleres de la misma.

Pudo haber sido rico cuidando menos la limpieza de su apellido, pero prefirió la humildad antes que hacer algo que desmintiera su firme concepto de la vida honrada. A fuerza de ahorros y sacrificios levantó una casita para habitar con sus familiares, y luego, en una operación beneficiosa, compró otra propiedad con la que pensaba obtener una pequeña renta para vivir tranquilo sus últimos días.

Al retirarse de la casa en que había trabajado hasta entonces, tan pobre como había entrado cuarenta años antes, sintió la emoción del que se aleja, en un instante, de toda su vida pasada. A pesar de sus fatigas, llegó a considerar aquella oficina como un segundo hogar. Cuando salió, acompañado por los empleados de menor categoría, a los cuales había ayudado, más que como un jefe, como un padre, no pudo evitar que dos gruesas lágrimas saltaran de sus ojos. Seguro de haber cumplido con su deber, no tenía que ocultarse a nadie por temor de haber realizado algún negocio que no fuera limpio.



Sin embargo, algunos jefes, envidiosos de aquella popularidad entre los empleados, sonreían maliciosamente, y pensaban:

—Hace bien en retirarse don Mariano. Ya tiene para vivir tranquilo. Por nada habrá sido comprador de la casa durante tantos años. Sin embargo, ha hecho bien las cosas.

De haber escuchado aquellas infames conversaciones, hubiérase muerto de rabia y de indignación.

—Yo no podré dejarles una fortuna — sabía decir lleno de orgullo a sus hijos, — pero tengo la seguridad de que nadie ha de señalarlos en la calle para decir: "Aquél es el hijo de don Mariano, que se hizo rico de mala manera". Apenas en cuarenta años de trabajo, y gracias a la ayuda de mi buena y querida esposa, que en paz descance, he podido levantar esta casita para tener la seguridad de poder vivir tranquilo en mi vejez.

En sus ideas era netamente conservador, pese a sus continuas manifestaciones de aceptación de las ideas modernas. No viajaba en ómnibus y evitaba hablar por teléfono.

Por lo tranquilo y alejado de todo peligro, se hizo asiduo concurrente al cinematógrafo, único adelanto moderno que admiraba y aplaudía.

Le costó mucho aceptar la honradez de la mujer que trabaja y dudó siempre de que las señoras pudieran usar colorotes y ser fieles a sus esposos.

Sin embargo, en los últimos años, más de una vez cambió de opinión y fué común oírle decir que si volviera a nacer sería el más pillo de los mortales.

En su ingenuidad, creyó que la pillería era obra de la voluntad, sin pensar que se nace pillo o sinvergüenza lo mismo que se nace poeta o músico.

El deseo de ser pillo nació en cierta oportunidad que se vió precisado a pedir dinero sobre una de sus propiedades.

Después de alquilar durante varios años la propiedad de renta, como él la llamaba, los inquilinos resolvieron mudarse. Era una familia tan numerosa como sucia, y al abandonar la casa, ésta parecía una ruina de la época colonial. Era necesario hacer en ella una refacción total que la pusiera nuevamente en condiciones de ser habitada.

El método que había llevado en su vida y en sus cosas, le impedían distraer el dinero que guardaba en caja de ahorros, reservado para un caso de necesidad. Por "caso de necesidad" entendía él: enfermos en la familia; muerte o sucesos graves y de fuerza mayor.

Resolvió, después de largas deliberaciones consigo mismo, hipotecar una de las propiedades por la suma necesaria para el arreglo de la casa abandonada. Para él era un problema realizar aquella operación. ¿Qué puede saber de estas cosas un hombre que toda la vida vivió "al contado" y desconociendo la existencia de aquellas operaciones de préstamo? Él, como todos los hombres de su tiempo, tenía el concepto de que las hipotecas son una deshonra.

El verse obligado a efectuar la operación le quitó el sueño y el apetito durante varios días.

—¿Qué diría la gente? ¿Qué pensarían los vecinos?

Era esta otra de sus debilidades: hubiera dado lo que no tenía por conocer la opinión que la gente se formaba sobre sus resoluciones, cuando éstas se llevaban a cabo.

Sonreía a todos los vecinos por temor a que lo creyeran orgulloso; trataba afablemente a las sirvientas para que no pudieran hablar mal de la casa al ir a efectuar las compras menores en los negocios del barrio. No cobraba las medianeras para evitar que pudieran pensar mal los propietarios, y hasta llegó a ordenar a la sirvienta que cuando barriera la vereda también lo hicieran en una parte de la del vecino para compensarlo del polvo que se levantara.

Dispuesto por fin a solicitar el préstamo hipotecario, ordenó, contrariado por vez primera el orden y el método de su vida, que se iniciaran las obras de refacción, mientras seguían adelante los trámites oficinescos y legales para conseguir lo pedido.

Encargó la obra a un vecino constructor, que hacía ya muchos años que vivía en el barrio. Era este un detalle importante que quiso cuidar don Mariano, y por el cual desechó el ofrecimiento más conveniente de otro competidor que no era vecino.

—Un vecino — decía defendiendo su teoría — es siempre una persona a quien hay que ayudar, para tener algún día el derecho de ser ayudado.

Trabajando a la par que el que más, cuidaba meticulosamente la bondad de los materiales a colocar en la obra, mientras trababa amistad con el constructor, al cual le contaba anécdotas que le hicieran comprender la importancia de los puestos que había desempeñado en su larga vida de trabajo.

Un mes pasó desde que las obras se iniciaron y ya llegaban casi a su fin. De acuerdo a lo estipulado, había que pagar la primera cuota del precio convenido, y el escribano no daba señales de vida, lo que extrañó sobremanera a don Mariano.

—¿Por qué tardará tanto el escribano? — se preguntaba. Ni

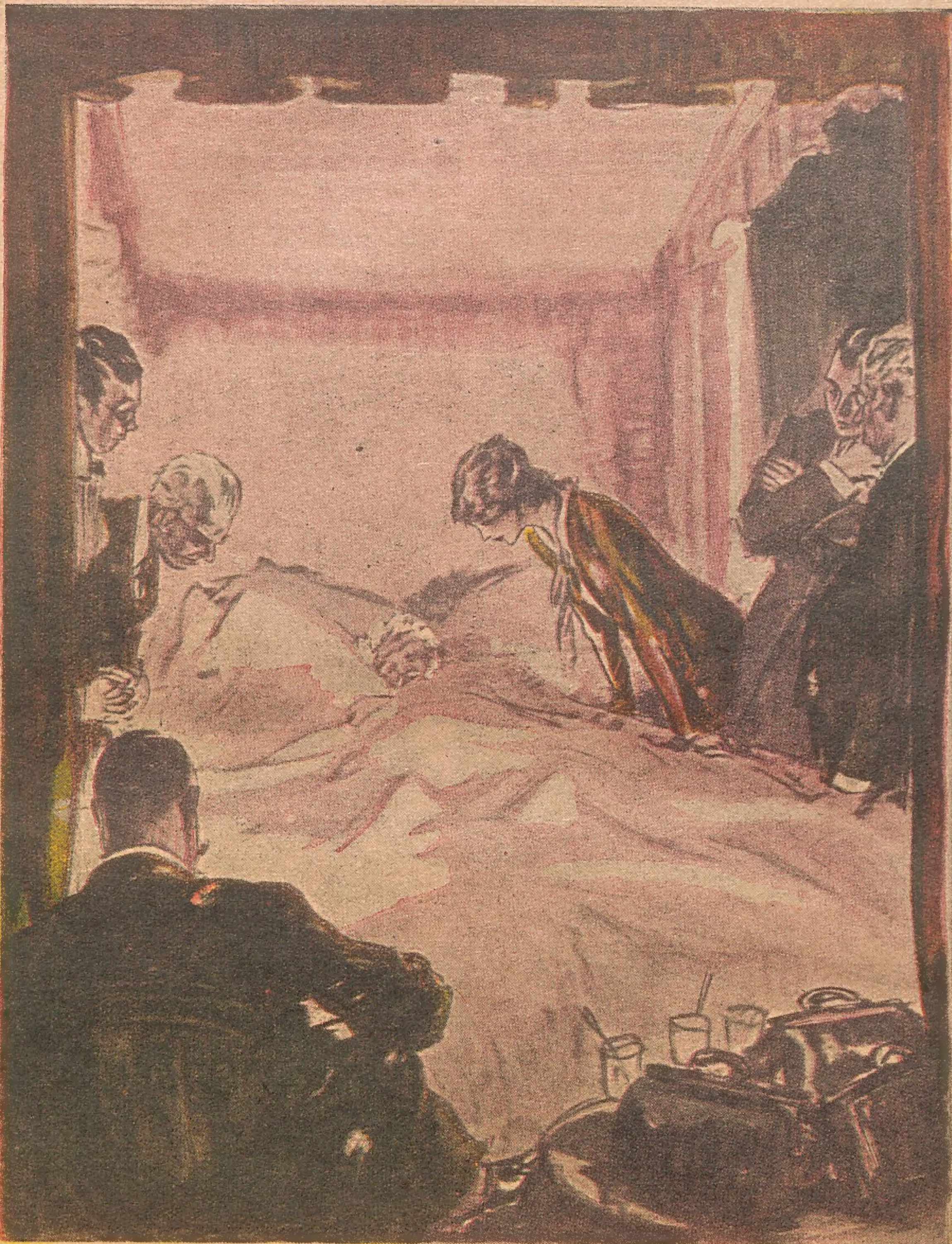
por asomo llegó a pensar que hubiera algún impedimento en los trámites usuales para estas operaciones. Tenía la seguridad de que jamás había dejado de pagar una cuenta, y menos aun pensaba en que pudiera estar inhibido. No habló mal del escribano, porque tenía un gran respeto por los hombres con títulos universitarios.

Por fin, una tarde recibió la carta que esperaba: el escribano le pedía que pasara por sus oficinas a fin de conversar sobre su asunto.

Respiró satisfecho al pensar que podría cumplir con el constructor y le prometió pagarle lo convenido al finalizar la semana que corría.

Cuando volvió de casa del escribano, no fué necesario preguntarle cómo le había ido. En su cara estaba grabada una pena tan grande, una desesperación tan inocultable, que más parecía un fugado de la justicia que un hombre de bien. Pálido, nervioso, no dejaba de caminar por el comedor de su casa ante la mirada atónita de sus hijos menores. En aquellos momentos hubiera querido que la tierra lo tragara para no devolverlo jamás al mundo en que vivía.

¡Estaba inhibido! ¡Inhibido! La palabra sonaba en sus oídos como un reproche, como una voz acusadora de la sociedad entera. ¡Sí; la sociedad entera lo acusaba!



Inútiles fueron todos los esfuerzos de la ciencia, a la cual tenía tanto respeto; murió rodeado y querido de todos sus familiares.

Pero, ¡oh Justicia!, no era él quien había dejado inhibirse, sino otro Mariano Pestañas; otro hombre que menos honrado y menos cumplidor que él, llevaba su mismo nombre y apellido. Era necesario dirigirse al juez federal de la provincia para que informara a su colega de la capital que no era él el Mariano Pestañas sobre quien pesaba aquella condena moral.

No podría obtener el dinero antes de los cuarenta o cuarenta y cinco días, marchando bien las cosas y activando personalmente los trámites.

— ¿Cómo pago ahora al constructor? ¿Qué le digo yo ahora? — exclamaba al mismo tiempo que se tomaba la cabeza como si quisiera arrancársela de su lugar.

Fué en vano que trataran de calmarlo. No atendía a otras razones que a las de su inquebrantable costumbre de pagar sus cuentas sin atraso de un solo día.

En aquella ocasión se deshacían las formas de una vida ordenada y metódica hasta el exceso.

Inició los trámites necesarios, y, cuando dejó todo encaminado, tuvo que ponerse en cama. Presa de una gran nerviosidad, fué en aumento la fiebre y llegó a tener delirios en los cuales se preguntaba qué dirían de él los vecinos, qué dirían el constructor y las personas que lo conocían.

Inútiles fueron los esfuerzos de la ciencia, a la cual tenía tanto respeto; murió rodeado y querido de todos sus familiares, aunque privado de la razón y pronunciando el nombre de la que había sido compañera de su vida.

Todos los vecinos fueron al velorio. Unos por verdadera amistad para con tan antiguo habitante del barrio; otros para distraerse de los pensamientos del día y tomar mientras una taza de café o una copita de licor, y los más por interiorizarse de la vida de aquel hombre y conocer las intimidades de su casa. Tristes unos y simulando otros, todos se creían en la obligación de poner cara de idiota al saludar a los familiares del muerto.

Yo estaba sentado en el comedor, dormitando entre un grupo de vecinos y amigos que hablaban del muerto, recordando los primeros años de aquel floreciente barrio y el aumento de la propiedad desde hacía tantos años a la fecha.

De pronto, una luz me cegó por completo, dejándome en una absoluta tiniebla. Llevé mis manos a los ojos, y cuando pude volver a distinguir a las personas que me rodeaban, poco faltó para que lanzara un grito terrible. No sé si lo habré hecho, pero creo que no, por cuanto mis compañeros de velorio siguieron conversando como hasta entonces.

Abrí los ojos con asombro. Pestañeé varias veces para convencerme de que no estaba dormido y llegué a darme un fuerte pellizcón en la nariz. A pesar de todo, no podía dar crédito a mis ojos: sentado en una silla, situada en el extremo de la mesa alrededor de la que estábamos todos, se hallaba don Mariano, el muerto, escuchando la conversación de aquellos buenos hombres.

Pero, ¿es que nadie lo había visto entrar? ¿Cómo seguían conversando frente a un muerto? Iba a llamarles la atención sobre el milagro, cuando percibí claramente que don Mariano se colocaba el índice verticalmente sobre los labios, y, mirándome, imponía silencio. Uno de los del grupo decía en ese momento, inclinado hacia adelante y hablando como en secreto, al mismo tiempo que daba unas palmadas sobre el muslo del vecino:

— Y si era tan honrado, ¿por qué no le pagó a mi hijo el trabajo de la obra? ¡Cuentos, puros cuentos! Mucha sonrisa, y nada más.

— Yo digo lo mismo — agregó un italiano gordote que no podía olvidar que don Mariano había nacido en España. — ¿De dónde sale todo este lujo?... ¿No han visto ustedes que la casa tiene dos cuartos de baño y una bañadera en cada uno?... ¡Dos bañaderas!... Un hombre honrado no precisa tantos lujos.

— Eso..., eso digo yo también — agregó un tercero, tirándose de los bigotes. — Mucho baño, mucho piano en la casa, ¿y todo con qué?... ¿Ustedes creen que el trabajo y el sueldo de un empleado den para tanto?... Por algo lo habrán echado de su empleo...

Yo veía a don Mariano revolverse en sí mismo y dando puñetazos sobre la mesa al tiempo que exclamaba:

— ¡A mí no me echaron del empleo! ¡Jamás tomé un solo centavo que no me perteneciera! ¡Puedo mostrarles cuántos sacrificios me costó tener todo lo que tengo!

Sin embargo, nadie parecía oírlo.

No pude continuar por más tiempo en aquel lugar, y con temor de ser perseguido por aquella visión, salí de la pieza y me dirigí

(Continúa en la página 26)

¿Tuvo COMPLICES GORGULOFF, el EXTRAÑO

Su MEJOR AMIGO cree que fué AGENTE del SOVIET



Instantes después que el plomo asesino abatió la figura del ilustre anciano presidente de Francia, el objetivo sorprendió esta escena. El inanimado cuerpo de M. Doumer ha sido levantado por miembros de la comitiva que le acompañaba, quienes se dirigen hacia la ambulancia que acaba de llegar. Repárese en el ademán enérgico con que se pide paso franco y, sobre todo, con que se repele la acción de los fotógrafos que, en su afán por obtener un documento gráfico de tanta importancia, formaban una casi infranqueable barrera.

¡Extraña personalidad la de Pablo Gorguloff, el asesino del presidente Doumer! ¿Cometió el crimen terrible impulsado por la locura o por el fanatismo político? La ciencia lo declaró sano, pero en los interrogatorios sus respuestas inducían a creer que se trataba de un demente. ¿Fingía?... Así parecen haberlo creído los jueces que lo condenaron a la pena capital.

Gorguloff tenía un solo amigo, el capitán Phillips, que ha escrito especialmente para MUNDO ARGENTINO el relato que hoy publicamos, en el cual refiere sus relaciones con el homicida y examina la posibilidad de que fuera un agente soviético.

EN la celda de una prisión francesa un hombre espera el instante terrible en que se le llame para purgar con su vida un acto criminal. Rechinará en la cerradura del calabozo la pesada llave, y la voz dura, impersonal, del carcelero, flanqueado por las bayonetas de soldados de Francia, dirá:

— Ha llegado el momento. ¡Vamos, Gorguloff!

Y desde el fondo entenebrecido de la habitación avanzará, obediente al llamado, un coloso de manos recias, tórax enorme, bien plantado: ¡Pablo Gorguloff!... Y por última vez sus pasos resonarán fatídicos sobre las losas de los pasillos, camino al patíbulo. Poco después su cabeza rodará cortada a cercén por la máquina de pesadilla que inventó el doctor Guillotín, y que sirve desde hace siglo y medio para las ejecuciones capitales en Francia.

¿Por qué cometió su aberrante crimen Gorguloff? ¿Por qué, tan luego, eligió para descargar su revólver la figura venerable del anciano presidente Doumer?... Sus declaraciones no arrojaron luz sobre el punto. La vindicta oficial lo declaró "responsable". No quiso admitir la única atenuante posible, la que estaba a la vista de todos: aquel asesino era loco... ¿Qué otra cosa puede opinarse del hombre que al ser interrogado sobre sus actividades negó ser bolshevique o ruso blanco, e irguiendo su poderosa estatura, respondió:

— No soy monárquico. Soy presidente del partido nacional-fascista-republicano-demócrata. Maté al presidente Doumer porque Francia sostiene el gobierno bolshsevique y provoca la muerte de "mi patria nacional". Yo soy cosaco; antes que nada y por sobre todo, cosaco...

En el curso de los interrogatorios esa fué siempre su actitud, hasta el final. Apenas se dignaba contestar a las preguntas que se le dirigían, y cuando lo hacía, su incoherencia mental era evidente, sus declaraciones categóricas, terminantes. No tuvo cómplices, ni confidentes, ni amigos casi. En el año que precedió al asesinato del presidente Doumer, un solo hombre fué su amigo íntimo, el capitán británico D. J. N. Phillips. Refiriéndose a su extraña vinculación con aquel ruso místico y extraño, el capitán Phillips escribe para MUNDO ARGENTINO" lo siguiente:

¡USTED OIRA HABLAR DE MI!

Al escribir tengo vívidamente presente el retrato mental de un hombre alto, fuerte, bien formado, en perfecto estado de salud y plena posesión de todas sus facultades, parado frente al Casino de Monte Carlo un día en que yo, llevando una valija, descendía la colina hacia la estación ferroviaria, camino a Cannes.

Lo veo aún, saludándome con la mano, mientras pronunciaba, sonriendo, las últimas palabras que oí de sus labios:

— ¡Adiós! Aunque no me vuelva a ver, creo que oirá hablar de mí.



He aquí la cabeza yacente del gran francés que lo dió todo por su patria. La expresión de serenidad de sus facciones es majestuosa. Refleja, en la muerte, algo así como un símbolo de lo que fueron en vida esos restos mortales.



Gorguloff aparece aquí sentado en un banco del Palacio de Justicia poco antes de ser sometido a uno de los interrogatorios en los cuales se intentó averiguar las causas que lo movieron a cometer el crimen.

ASESINO *del* PRESIDENTE DOUMER?

Un artículo escrito especialmente para MUNDO ARGENTINO *por el capitán* D. J. N. PHILLIPS, *confidente íntimo del homicida.*

Sólo comprendí el significado de la frase cuando leí en los diarios que el presidente de Francia había sido asesinado por un hombre de nombre Gorguloff...

Aquel hombre que me despedía, parado al sol, con una mirada vagamente mística en sus ojos castaños, era Pablo Gorguloff. Yo había mantenido una estrecha vinculación con él durante doce meses. Fuí, tal vez, el único amigo íntimo que tuvo en el transcurso del año que precedió a su terrible crimen.

EL PRINCIPIO DE UNA AMISTAD

Lo encontré por primera vez durante 1931 en el "Café París" de Montecarlo, y allí nos vinculamos por una relación sin importancia en un principio. Existía, sin embargo, una definida atracción mutua y la relación accidental se convirtió rápidamente en calurosa amistad.

Gorguloff era de natural reservado, solitario y, en cierto modo, incomunicativo. Lo he visto, aunque normalmente era la personificación de la cortesía y gentileza, rechazar a relativos extraños con brusquedad casi agresiva. En cierta oportunidad le mencioné esa condición, pero recibió mis comentarios con una leal sonrisa, y encogiéndose de hombros, respondió:

— Me agrada seleccionar mis amistades... — agregando luego: — Y ¿por qué no?

Mientras nos tratamos con intimidad parecía no tener otros amigos verdaderos, y aunque me hablaba mucho de sí mismo y de su vida, jamás mencionó ningún otro amigo de confianza.

Lo visité frecuentemente en su casa, la "Villa Horizonte", de Mónaco, y a veces había otras personas presentes. Era invariablemente cortés con ellas e invariablemente hospitalario, pero siempre parecía estarse escudando en un manto de reserva.

A decir verdad, uno de los rasgos más característicos de Pablo Gorguloff era el hecho de que a pesar de que sus movimientos pesados parecían estar en contraposición con una mente ágil y activa, siempre parecía estar pensando y como ajeno a lo que le rodeaba. Se diría que pensaba en cosas ajenas a la conversación y aun sus modales parecían impregnados de cierto ausentismo, hasta en sus momentos de mayor efusión.



No bien cayó mortalmente herido el presidente Doumer, la muchedumbre se abalanzó contra Gorguloff y, enfurecida, quiso lincharlo. Grandes esfuerzos tuvieron que hacer los gendarmes y agentes de investigaciones para arrancarlo de la venganza popular. Aquí lo vemos cuando era conducido a ser interrogado. Su rostro presenta pruebas sangrientas de la forma en que lo trató el pueblo durante los breves instantes que transcurrieron entre los disparos y su detención.



La esposa de Gorguloff llega a París, tras haber sido detenida en Montecarlo. La acompañan los agentes de investigaciones que hicieron su captura.



Lleno de tumefacciones y con un ojo casi cerrado por un certero puñetazo, Gorguloff prestó así su primera declaración poco después de haber herido a M. Doumer.

Era un hombre muy educado, pero aparte de su pasión por la lectura no demostraba interesarse por ninguna manifestación del arte o el deporte. A veces lo invitaba a ir al teatro, pero nunca aceptó. No lo conmovían la música ni el arte.

EL BELLO SEXO NO INTERESABA A GORGULOFF

Tampoco se fijaba en las mujeres, aunque había sido casado cuatro veces, y se interesaba poco o nada por las que encontrábamos durante nuestros paseos.

A veces, cuando se nos hacía tarde bebiendo y divirtiéndonos en cafés o clubs, revelaba complacerse en la compañía de las mujeres que encontrábamos, pero siempre las trataba como relaciones del momento y nada más.

Desde un principio me resultó un individuo obsedado por algo, y no

(Continúa en la página 20)

El VÉRTIGO ROJO



EL GOLDEN BAR

ERA ya cerca de medianoche. La densa bruma que flotaba a lo largo de la calle Pedro Mendoza desdibujaba las siluetas de barcos y lanchones atracados a los muelles, y apenas si permitía advertir el parpadeo rojo de los faroles de a bordo. Parado en la puerta del Golden Bar, bajo la luz multicolor de los faroles chinescos, el negro Kalí lanzaba su estridente invitación a los peatones que pasaban como desorientados.

—¡Pase!... ¡Pase!... ¡Oh! ¡Oh!...

Abrigado en su tricota blanca, los pantalones "bombilla" y la galerita requintada, el filipino que oficiaba de portero y de "malo" en el viejo café de la ribera, se pasaba así las horas gritando su convite mecánico y chocante:

—¡Pase!... ¡Pase! ¡Oh!... ¡Oh!...

El chillido de la música, que iba a perderse en las grasientas aguas del Riachuelo, atraía como un imán a los marineros borrachos y aburridos que deambulaban a lo largo de la penumbrosa calle de la ribera. Cuando Laucha y yo entramos, el Golden Bar rebosaba ya de concurrencia. Estibadores, marineros de todas las tierras, contramaestres, obreros de los muelles, vagabundos, ladrones, contrabandistas, hombres de la peor especie y algunas pobres vendedoras de amor que caracoleaban por entre las mesas como canes famélicos.

El humo de las pipas y de los cigarros baratos volvía la atmósfera irrespirable. Era incesante el ruido de las botellas y de las fichas que caían con un tintineo de lluvia sobre el mostrador. Risas. Gritos. Frases en todos los idiomas, y de vez en cuando los alaridos y blasfemias de algún borracho a quien Kalí sacaba a empellones hasta la calle...

La orquesta iniciaba en ese instante los lentos acordes de un tango pegajoso y triste. En el entarimado, una hilera de mujeres escuálidas y pintarrajeadas hacían como que tocaban sus violines para atraer la mirada calenturienta de la gentuza.

—Dos cañas dobles—pidió Laucha, y, como era su costumbre, hizo saltar unas cuantas monedas sobre la mesa. Ya habíamos estado bebiendo en otros bodegones. Sentía la cabeza pesada y el sopor del alcohol me tenía aplastado en la silla. Razonablemente, nos hubiera venido bien un poco de café. Pero Laucha no permitía que uno se negara a sus convites. Bebí, pues, para complacerlo, pero él, que sin duda observó mi desgano, me dijo:

—¡Bueno, no tomés! ¡Sos un flojo pa la caña!... Esta noche no sé qué te pasa, Chiquito, pero te noto medio tristón...

Sonreí sin contestarle. Él se estiró en su silla, se echó la gorra hacia atrás y encendió por décima vez el pucho que colgaba de sus labios.

—¿Andás por cuerpearle al asunto? ¿No le tenés fe?

—No tengo nada, te digo...

—¡Uffa!...

Ciertamente, no tenía deseos de hablar. Le profesaba entonces a Laucha verdadera estima. Era un bandido simpático que se enorgullecía de las cincuenta y tantas entradas que registraba en los archivos policiales. En más de una ocasión me había ayudado con el desinterés con que saben hacerlo los hombres de su clase. Pero, más que otra cosa, yo le debía aquella provechosa experiencia de inadaptable que me había enseñado muchas cosas en tan poco tiempo. Era audaz y valeroso hasta la inconsciencia. Nunca supe que a Laucha le fallara un golpe. No tenía más que un solo vicio: la bebida. Y nada más que dos amores: el recuerdo de su madre muerta y el de su compañera, la browning 45, que jamás lo abandonaba.

Un golpe de platillo nos hizo mirar hacia la orquesta. Licha acababa de subir al entarimado e iba a iniciar su número. La saludaron con aplausos y gritos de aprobación.

Arrancó la orquesta con los acordes de una canzonetta napolitana, y yo cerré los ojos para embriagarme, como todas las noches, en la suave dulzura de su voz...

LICHA

¡Licha!... La música sensiblera hizo un tajo en mi espíritu para que por él se asomaran los recuerdos benditos. ¡Licha!... ¡Cuánto la amaba entonces! ¡Cuánto la venero todavía! Tenía recién veinte años. Tal vez no era linda. Pero toda la belleza, toda la amorosa suavidad de su espíritu, la inquietud de sus veinte años, estaba en sus grandes ojos negros y parecía florecer en esa boquita diminuta y sangrante. Sí, toda su belleza estaba cuajada en esos ojos negros, inquietos, obsesionantes, en los que yo había aprendido a contemplar un cielo nuevo poblado de estrellas magníficas. ¡Ah, sí! ¡Cómo la adoraba entonces! ¡Cómo la venero todavía!...

Ella, Licha, había logrado encender en mi amargura aquella lucecita de esperanza por la que entonces vivía. Mi carne, pobre carne miserable, había llegado a ser, como mi espíritu abrumado de penas, sólo un montón de jirones. Porque en día no lejano, demasiado cerca tal vez para que pudiera olvidarlo, mis piernas habíanse doblado al peso de los kilómetros enredados en vigilia y hambre. Mi boca, mis manos, mi carne toda, había implorado la migaja de pan que no llegaba. Había deambulado a tumbos como can hambriento, sin encontrar ni una sola palabra de misericordia. Cansado de implorar frente a las miradas frías y a los corazones infranqueables, deshecho, desengañado, piltrafa al fin que el destino arroja a un



El amor, que tantas veces es el acicate de las grandes obras, es asimismo el vértigo que arrastra hasta el delito a los hombres que pierden la voluntad entre sus manos. Es como una ráfaga de locura que se apodera de las almas y las ofusca, hasta el punto que cometen actos repudiables, de esos que ningún hombre honrado se atreve a hacer en pleno dominio de sus facultades.

NOVELA CORTA de HORACIO VARELA

¡Bueno, no to-…és! ¡Sos un flojo …a la caña!... Esta …oche no sé qué te pa-…a, Chiquito, pero te noto medio tristón...

Sonreí sin contestarle.

…ostado …el camino, …erdida la fe en todo, nivelando el bien y mal, cuando ya no esperaba sino el punto final que pusiera término a aquella frase trunca y mal lograda de mi peregrinaje, me había dejado caer definitivamente...

Y había sido entonces, cuando ya caído, cuando mis párpados iban tal vez a cerrarse para siempre, que los brazos de Licha, amantísimos como brazos de madre, se juntaron para recogerme. Y al conjuro de aquel milagro, que me reintegraba a la vida, había escuchado sus primeras palabras:

— Aún no, hermanito... En tu dolor vive el hombre de mañana. Cúrate en la esperanza...

Y junto a esa generosa claridad de aliento que se habría en mi espíritu, escuché de sus labios benditos un nuevo bautismo de resurrección:

— El odio es como la esperanza, hermanito... Alienta, fertiliza y fecunda...

¡Cómo no iba a adorarla! ¡Cómo no iba a quererla! Ella, Licha, acababa de mostrarme un flamante camino de esperanza. No supe ni quise pensar dónde podría llevarme. Ella me había devuelto a la vida. Y el mundo, la vida toda estaban en ella, tan sólo en ella. En el fondo mismo de sus ojos atormentadores, poblados de estrellas rojas...

De pronto, un siseo prolongado y risas feroces interrumpieron el número. Eran cuatro hombres bien trajeados, uno de ellos de smocking, que daba puñetazos en la mesa y pedían a gritos ya no sé qué cosa. Licha pretendió continuar, pero la grita se hizo entonces más fuerte. Sentí que se me arrebataban las mejillas, y como si hubiera recibido un cachetazo a traición, de un salto me planté frente a ellos:

— ¡Maricas! — grité. — ¿Por qué se burlan de una mujer?

Levantaron una botella. Pero esquivé el golpe y les puse la browning sobre el pecho.

— ¡Cajetillas cobardes! Ustedes vienen a robarnos lo que es nuestro. ¡Esto es pa nosotros y no pa ustedes!...

El judío Kellerman, el dueño, me tomó de un brazo y pidió que nos retiráramos. Luego, se dirigió a los otros, sin duda para pedirles disculpa por lo sucedido. Licha prosiguió el número y nosotros salimos. Ya en la puerta, Laucha me dijo:

— Has hecho una macana, Chiquito. Ahora tenemos que irnos...

— Sí, ya sé — le contesté, — pero yo me quedo a esperarla...

— Tené cuidado con la requisa... A lo mejor, viene.

— Sí, perdé cuidado...

Cuando Licha terminó el número, vino a mi encuentro. Todas las noches, desde hacía tres meses, la acompañaba de regreso a la casa. Creí que iba a decirme algo acerca de la incidencia, pero no fué así. Y, como todas las noches, se colgó de mi brazo y echamos a andar, abriéndonos camino entre la bruma...

Rato después, llegamos. El zaguán nos ofreció un hueco de sombra confidente y amigo.

— ¿Vas a venir mañana?

— Sí...

— Mi hermano tiene una gran confianza en vos, Chiquito. Hoy no hizo más que hablarme de vos...

No recuerdo qué le contesté. Hubo una pausa breve. Una pausa en que la angustia oprimía mi garganta y el silencio preñado de sugerencias parecía querer decir todo lo que mis labios habían callado hasta entonces. Muchas veces había buscado desesperadamente el minuto propicio, la palabra eficaz y oportuna que me llevara a ella. Pero el temor me dominaba y la desconfianza enmudecía mis labios. Aunque no veía sus ojos, sabía que a través de la sombra me buscaban. Porque los sentía sobre los míos como sentía su aliento tibio llegar hasta mi boca.

— Bueno, Licha. — Y le tendí la mano como siempre.

— No, Chiquito. No te vayas todavía... Quería decirte algo... Quería darte las gracias por lo de esta noche...

— ¡Oh, Licha! No tiene importancia.

Pero ella, entonces, tomó mis manos, las acarició y las anidó en la tibieza de su pecho.

— ¿Por qué hiciste eso, Chiquito? ¿Eh? Decime.

Su voz se había hecho suavísima, entrecortada, casi imperceptible, como un temblor de hilachas.

— ¿Por qué hiciste eso, Chiquito? Decime..

Sus labios casi rozaban los míos. Y entonces, al conjuro de aquella sombra generosa y amiga que nos cobijaba, en un abrazo largo la oprimí fuertemente contra mi pecho.

— ¡Licha!...

— ¡Chiquito!... ¿Es cierto? ¿Es cierto?

— Te quiero, Licha... ¡con toda mi alma!

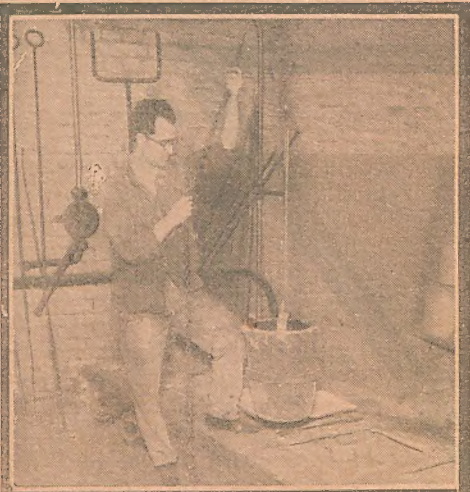
— ¡Oh, Chiquito!... ¡Chiquito mío!...

Y se adentró en mi pecho y me llenó de afiebradas caricias. Manojo de nervios, abismo de

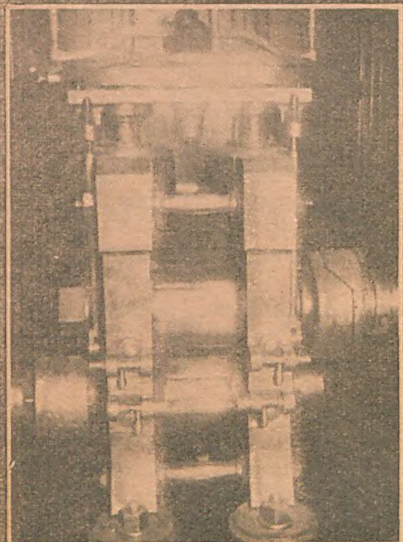
(Continúa en la página 10)

EXPLIQUEMOS *cuál es el* ORIGEN *ae la* MONEDA *y su* FUNCION *en las* OPERACIONES COMERCIALES

Por ***BRAULIO BUSTOS***



He aquí el horno destinado a la fundición de oro en la Casa de Moneda y adonde irán a parar las alhajas de este metal reunidas con ocasión del Empréstito Patriótico. El crisol que aparece suspendido en la fotografía puede contener hasta diez kilos de oro o sea el equivalente de 8.500 argentinos, aproximadamente, que equivalen a 42.500 pesos oro.



Los cilindros de la máquina laminadora de oro, que, por cierto, no lamina oro desde el año 1896. Tiene, como se ve, el aire acongojado que conviene a estos años de crisis. Las alhajas de oro recolectadas para el empréstito, ¿los devolverá a la actividad?...



CUANDO los lectores que no se han iniciado en las disciplinas de las ciencias económicas oyen hablar de "encaje metálico", "inflación", "signo monetario", "medio circulante", "demanda de numerario", entienden poco o nada de esta jerigonza, porque carecen de una noción clara acerca de la moneda. ¿Qué es la moneda, cómo aparece en las relaciones entre los individuos y qué función desempeña? He aquí las preguntas a las cuales responde el autor de este artículo de indudable interés en la actualidad.

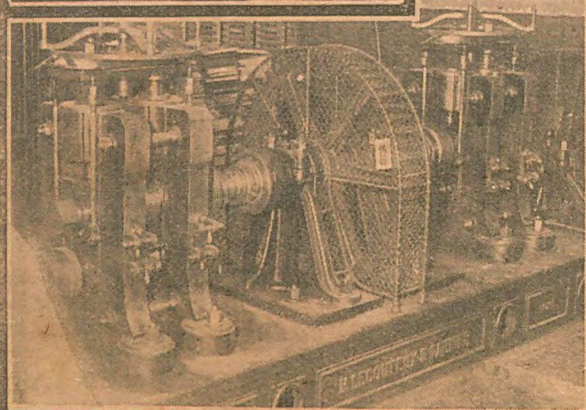
"Hasta ahora, en la historia humana, la inflación deliberada de la moneda de un país, que yo sepa, nunca ha sido un medio de restablecer la confianza, y es precisamente el retorno de la confianza lo que todo el mundo necesita hoy en día más que cualquier otra cosa."

(De las declaraciones formuladas en "La Nación" por el señor James E. Mc Grath, que desempeña un alto cargo en una de las instituciones bancarias locales.)

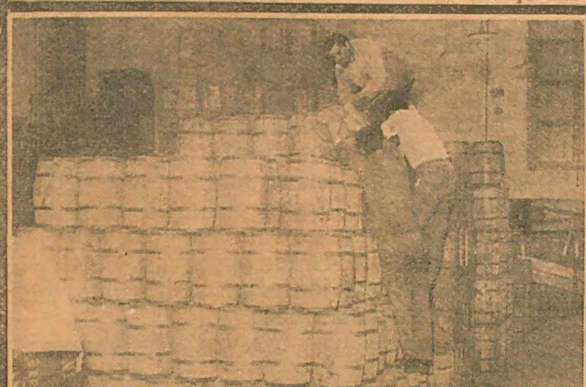
EL PRIMITIVO INTERCAMBIO

En las sociedades primitivas, cuando las ocupaciones de los hombres eran casi uniformes, los productos se intercambiaban directamente. La división del trabajo al aumentar el número de éstos y especificar los servicios, contribuyó a que fuera cada vez más difícil ese trueque. La operación resultaba tan compleja y tan confusa, que fué necesario adoptar un producto determinado para referir a su valor el de todos los demás.

Los cueros, el tabaco, el ganado, la sal, el cobre, la plata, han sido, según los países y las épocas, empleados como moneda, elegidos y reconocidos en este carácter por los productores para reemplazar el trueque.



La máquina laminadora de oro adquirida en la casa Lecouteux y Garnier, de París el año 1880. Una vez laminado el oro pasa a la máquina cortadora de los mágicos discos, que luego se cordonean, y finalmente se acuñan. Cada argentino, que equivale a cinco pesos oro, contiene 900 partes de oro y 100 de cobre y pesa 8 gramos y 6 centigramos.



Barricas que contienen discos de níquel remitidas por la Caja de Conversión, que es quien las adquiere, para amonedarlas en la Casa de Moneda.

LA ELECCION DEL ORO

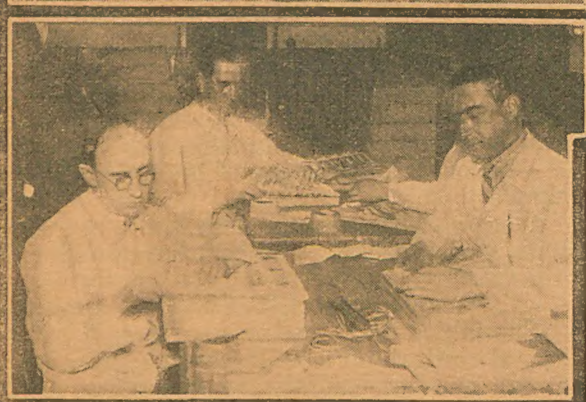
En la historia moderna de los pueblos civilizados el oro se ha admitido como moneda principal, y sirve para expresar el valor de las mercancías porque es hoy el producto más adecuado para facilitar su intercambio.

Como medida de valor de los otros productos, el oro hace un papel comparable al del agua, con respecto a la densidad de todos los otros cuerpos. Decimos, por ejemplo, que la densidad o el peso específico del hierro es 7.8 porque un volumen de hierro pesa 7.8 veces más que un volumen igual de agua. Así también el valor de la plata es 0.03 cuando en el mercado de los metales 33 gramos de plata se cambian por 1 gramo de oro. Pero en el comercio ordinario las mercancías no se presentan sino en cantidades determinadas, y no se dice, en consecuencia, cuántas veces menos que el oro vale el trigo, sino qué cantidad de oro es equivalente a cien kilos de trigo; no se habla del valor del trigo, sino de su precio. Para graduar las cantidades de metal precioso que expresan los precios, bastaron en un principio las medidas usuales de peso, y hoy mismo, si no se acuñara moneda, se hablaría de gramos y kilos de oro como en otro tiempo se hablaba de libras de plata y onzas de oro, que pesaban exactamente lo mismo que las libras y las onzas de una mercadería cualquiera.

EL CUÑO COMO GARANTIA

Ahora bien, para facilitar el uso de los metales preciosos como moneda, los gobiernos tomaron a su cargo la tarea de acuñarlos en

(Continúa en la pág. 15)



Las resmas de billetes impresos en manos de los contadores encargados de virificarlos. En cada una de estas hojas hay quince billetes de un peso que una vez remitidos por la Caja de Conversión se encarga de contar.

¡Los afanes, los sacrificios y la abnegación que muchas veces es el precio de estas hojas de papel!



Horacio Varela

Autor de la novela corta

EL VERTIGO ROJO

que se publica en este número, hace para los lectores de MUNDO ARGENTINO

su AUTOBIOGRAFIA

¿Autobiografía?... Me han puesto en un aprieto, compañeros. Sinceramente, me parece que al hablar de sí mismo uno se coloca en postura muy poco simpática. Sobre todo cuando nada puede decirse que interese a los demás. Esto de las autobiografías es un género tan gastado, que ya nadie cree en él. En cambio, yo creo que la autobiografía es un amplificador de vanidades. Que está bien para las tonadilleras o los genios. Pero es el caso que el director de "MUNDO ARGENTINO" exige este requisito, que es para mí un verdadero sacrificio.

Nací en La Plata por el año 1903. Allí pasé la niñez y parte de mi adolescencia. Hice mis primeros balbuceos de escribidor en un colegio religioso de cuyo nombre no me quiero ni acordar. Mientras mis compañeros de pupilaje leían a Salgari, la historia de Lourdes, a Hugo Wast y al padre Cambón, yo escribía artículos contra el militarismo y la guerra, leía a los clásicos y devoraba a hurtadillas libros de Juan Jacobo, de Kropotkine, Gorki, Bonafoux, Grave, Barbuse y otros autores que nada tienen que ver con el catecismo, pero a quienes les debo los mejores momentos de mi iniciación espiritual. Eso, claro, me valió un rosario de ceros más largo que una novena y el absoluto desprestigio ante mis profesores de sotana. Pero yo me vengué organizando, con otros compañeros, una huelga que duró quince días y que les costó muchos cristales y bancos rotos a los señores eclesiásticos.

Vine después a Buenos Aires. A abrirme camino a hachazos. Me he dado más golpes que clown de circo. He andado mucho y he sufrido quizá más de lo necesario. Lógicamente me he entristecido demasiado temprano. Yo también terminé por comprender, como el exquisito Max Elskamp, que "mes pauvres petits dimanches son morts"..., pero guardo todavía una gran dosis de optimismo.

Cuando tenía diez y ocho años, a igual que los personajes de Vacarezza, sentí la atracción de las luces del centro, y como cualquier peluquero de barrio, estrené dos sainetes con tango, puñaladas y todo, uno de los cuales Félix Blanco tuvo el heroísmo de "hacerlo" con su compañía, que entonces integraban Pepe Ratti, la característica Mecha López, la Senisterra y otros.

Sucesivamente, he sido vacunador. Empleado público. Cronista de policía. Bibliotecario. Director de una editorial. Escribiente de juzgado. Cronista de teatros. Chacarero. Y ahora hago periodismo, mucho por vocación, ya que me viene de raza, y más aún por necesidad. Nunca pisé un comité político. Estoy con la izquierda por temperamento y por definición filosófica. Por eso considero que todos los escritores jóvenes estamos en el deber inexcusable de servir con honradez los altos intereses de las clase humilde. Hay que hacer literatura para entretener sugiriendo. Para emocionar alentando. Lo demás es, simplemente, literatura. Y en estos momentos graves para todo el mundo, no estamos para literatura retorcida ni para fabricar imágenes. Estamos, sí, para ayudar al pueblo que es la patria. Los que, siendo jóvenes, se lo pasan cantando a los pajaritos para saciar su vanidad de afeminados, deben merecer nuestro desprecio.

Mis primeros cuentos aparecieron en "EL HOGAR", "MUNDO ARGENTINO", "El Riel Porteño" y otras revistas porteñas. Publiqué hace años "La chusma", un tomo de cuentos impropios para señoritas y jóvenes de la Legión Cívica. Actualmente estoy terminando "El tembladeral", una novela cuyo asunto se desarrolla en el Buenos Aires nocturno. ¿Y qué más? ¡Ah, sí! Nunca he escrito versos, ni siquiera a las cocineras, pero guardo de éstas las mejores cartas de amor. Detesto la radio. Rindo idolatría al mate amargo. Soy un fervoroso admirador de Carlitos Chaplin. Soy hincha del football. Leo la "Biblia" todas las mañanas y manejo a la perfección los proyectores de cine sonoro. Y basta, amigo lector, en el caso de que usted haya tenido el coraje de llegar al final.

locura, que me enredaba en el vértigo desesperado de su boquita húmeda y sangrante. Aquella noche mi destino estaba echado. No lo pensé entonces. Sólo pensé que la amaba. Que la amaba desesperadamente. Y eso era todo...

LA VISPERA

Después de casi tres horas continuas de cambiar ideas, de corregir y combinar detalles, Licha nos brindó sendos pocillos de café caliente. El brebaje hizo un vacío de silencio en la mesa donde estábamos Salvador, Laucha, el gringo Valenti, el Chueco, el Manco y yo. Bebimos lentamente. Sin decir palabra, porque el espíritu de todos estaba pendiente del mañana. Al día siguiente, ya de noche, íbamos a dar el golpe más fantástico que se hubiera registrado en Buenos Aires. El atraco, "técnicamente planeado", como decía Salvador, era contra el tesorero del Jockey Club. Se llevaría a cabo cuando éste abandonara el Hipódromo Argentino, conduciendo el dinero recaudado en la tarde. Salvador había sido encargado por el Comité Rojo de obtener en tal forma los 600.000 pesos que faltaban para iniciar con éxito la huelga revolucionaria que comenzaría el 1 de septiembre.

Todo estaba perfectamente dispuesto. Cada uno de nosotros había estudiado su papel a conciencia. Conocíamos el itinerario, el lugar de cita y los sitios donde nos veríamos en caso de fallar el asalto. En el atraco utilizaríamos una falsa ambulancia de la Asistencia Pública, que el gringo Valenti había preparado en su taller de Lomas del Mirador. Valenti iría disfrazado de agente de policía; el Chueco, de chofer; Sal-

(Continúa en la página 43)

NUEVA SERIE de AVENTURAS del GRAN CAZADOR FRANK BUCK



CARGAMENTO DE FIERAS

Luego de la publicación de las primeras aventuras del célebre cazador Frank Buck que ha transcurrido casi veinte años de su vida atrapando fieras en las selvas africanas, los lectores nos reclamaron en insistentes cartas que continuáramos proporcionándoles semanalmente tan sabrosos relatos, escritos algunos de ellos en noches de campamento a la luz de una fogata protectora.

"MUNDO ARGENTINO", acorde con su norma de conducta de satisfacer el deseo de su público lector, adquirió la exclusividad para la publicación del último libro de Frank Buck, y da comienzo hoy a la publicación de tan interesantes capítulos, pletóricos de situaciones difíciles, y cuyo mérito reside en haber sido vividos.

INDISCUTIBLEMENTE, los animales, al igual que las personas, son susceptibles de que se les aplique aquello de que "unos nacen con estrella y otros estrellados". Los hay que viven en la más completa tranquilidad y se van de este mundo sin haber sufrido el menor trastorno. Otros, en cambio, pagan por ellos y se pasan la vida pisando, como quien dice, cuanta cáscara de banana se les pone por delante.

Uno de estos últimos era Patsy, una joven elefante hembra que traje de Ceylán hace ya varios años. (En el Este se denomina "patsy" a todo hombre, mujer, criatura o animal que constantemente es acosado por la desgracia.) Juro que jamás en mis cacerías por las selvas he sido dueño de un ser viviente que demostrara tener tan poca suerte como este elefante hembra. Y eso que no ha sido escasa la cantidad de animales, fieras y reptiles que he proporcionado a docenas de zoológicos y circos. Comenzó Patsy a ver complicada su existencia cuando tres nativos senegaleses partieron de Kandy (Ceylán) para el interior. La apariencia de aquel trío no podía, por cierto, ser más humilde. Al internarse en la selva no llevaban más armas que un cuchillo cada uno. Nadie que los viera creería que eran nada menos que tres cazadores de elefantes. Y, sin embargo, lo eran. En la India, Burmal y Siam la captura de elefantes vivos requiere gran cuidado, muchos armamentos y los servicios de varios cientos de hombres. Los elefantes son rodeados y encerrados todos en una especie de corral. Pero en Ceylán, donde sus habitantes se conforman con apresar uno por vez, el método es mucho más sencillo, como podrá apreciarse a continuación.

DERECHOS EXCLUSIVOS DE MUNDO ARGENTINO

A poco de internarse en la selva los tres comenzaron a cortar una especie de arbustos muy delgados y consistentes. Cortaban también algo que podríamos llamar "enredaderas de la selva" que de inmediato pelaban y de las que sólo conservaban la parte exterior. Mientras caminaban se ocupaban en trenzar tales correosas fibras hasta formar una cuerda sumamente consistente. Tal tarea era para ellos, duchos en el trabajo, sumamente fácil, como lo sería para la mayor parte de los habitantes de Ceylán. Transcurridos dos o tres días, durante los cuales los tres durmieron en la selva alimentándose de frutas salvajes, fabricaron una cuerda de unos veinticinco metros de largo y cinco centímetros de diámetro, sumamente fuerte y flexible. Hecho esto se abocaron a la muy dificultosa tarea de acercar un grupo cualquiera de elefantes a una especie de hondonada que ellos ya localizaran en sus anteriores cacerías. Al hacer tal cosa el trío de Kandy debía poner en juego

todos sus conocimientos sobre las reacciones de las fieras. Descubierta ya la horda, uno de ellos se colocaba cerca de los elefantes, lo suficiente como para que éstos lo vieran y comprendieran que había peligro de persecuciones. A menudo las presas al huir no lo hacen en dirección a la hondonada, lo que requiere hacerlas retroceder, procediendo con tremenda calma, condición ésta que los senegaleses evidenciaban poseer en abundancia. Una vez que la horda estuvo definitivamente encaminada hacia la hondonada, poco trabajo costó hacerla penetrar allí. Al suceder esto, dos de los nativos dieron un gran rodeo hasta colocarse en el borde de la quebrada, enfrentando a los animales. Allí comenzaron a hacer piruetas, saltando y agitando los brazos desmesuradamente a tiempo que emitían extraños y fuertes gritos para hacer que los animales se apelotonaran. El senegalés que se colocaba detrás era el más hábil para manejar la cuerda. Debe también ser el más nervioso de los tres, pues su tarea no consiste en enlazar a larga distancia. Su cuerda es demasiado pesada y difícil de manejar, aparte de que estos nativos no poseen conocimientos sobre el enlazamiento.

Cuando el dúo comenzó a danzar y gritar desaforadamente, los elefantes se juntaron y comenzaron unos tras otros a saltar también, como si quisieran pararse en las patas traseras. La quebrada estaba llena de aquellos animales, que moviéndose y profiriendo sonidos inarticulados ofrecían un magnífico aspecto. Todos querían ser los primeros en salir. El que tenía la soga, cuya extremidad finalizaba en un lazo, creyó llegado el momento oportuno. Su trabajo consistía en deslizarse audazmente por entre aquella horda agitada y colocar su lazo alrededor de la pata semilevantada de alguno de ellos. Lanzando una rápida mirada sobre los que se hallaban en la última fila seleccionó a su víctima, un elefante hembra de poco tamaño, que se agitaba entre dos ejemplares mucho más grandes, y aguardó a que levantara alguna de sus patas.

La segunda intentona le dió éxito. Rodeó la pata con la soga y sin pérdida de tiempo corrió hasta un árbol cercano y grueso que ya seleccionara y aseguró allí la cuerda. Hecho esto lanzó un grito para anunciar a sus movedizos compañeros que cesaran de gritar. Los dos corrieron prestos en su ayuda. Instantáneamente al desaparecer ellos, los elefantes delanteros salieron de la quebrada, dejando expedita la salida. Todos pasaron y se alejaron trotando, internándose más aún. Todos quedaron libres menos Patsy, la prisionera.

Lo que se hizo después fué rodear el tronco con dos o tres vueltas más de cuerda para asegurar al paquidermo, a quien se hizo retroceder hasta dejarlo casi pegado contra el árbol, para lograr lo cual uno de los nativos se le colocó delante gritando y haciendo los mismos gestos que en el borde de la hondonada. Cuando el cautivo estuvo bien seguro se le amarraron las patas traseras con fuertes varillas de roten.

Luego dió comienzo el proceso de domesticar a Patsy, en el que se emplearon no menos de tres semanas y que no he de describir aquí. Una vez qué se llevó a cabo esto, los senegaleses entraron en la parte final de su tarea; transportar al paquidermo, trabajo este sumamente dificultoso.

Yo acababa de llegar a Kandy, procedente de Colombo, donde lograra obtener una verdadera colección de pájaros raros y bichos de toda especie que me fueran encargados por varios zoos. Kandy no se halla lejos de Colombo y había hecho mi viaje allí con el objeto de obtener un par de elefantes de regular tamaño, capaz de ser acostumbrados a pasear niños de un parque público. Como ya tenía uno en Katoug, en las afueras de Singapore, me dirigí a Kandy por ser aquel el sitio más apropiado para obtenerlos. Pronto supe que un elefante más o menos como el que yo precisaba acababa de ser traído de la selva. Solicité los servicios de un comerciante local, a quien le pagué para que me sirviera de intérprete. Poco tardé en entrar en arreglos con los tres obscuros dueños de la desdichada Patsy. Me contaron cómo habían hecho para capturarla (cuya narración acabo de hacer), y me dediqué a observar al paquidermo. Tenía los pies en buenas condiciones y las piernas eran rectas y gruesas. Sólo tenía el defecto de hallarse llena de manchas. Los pliegues o dobleces en su tronco y los surcos en la parte interior de las patas delanteras estaban cubiertos con tales pestes. Supongo que sorprenderá al lector que un animal poseedor de una piel tan gruesa como el elefante pueda sentirse molesto por manchas más o menos, pero tal cosa es cierta, ya que la parte de la piel cubierta por tales manchas se torna delicada y blanda, siendo estos los sitios buscados por los gusanos o insectos infecciosos.

Fué por tal causa que les comuniqué a los tres senegaleses que les compraría el paquidermo siempre que le quitaran aquellas manchas. El intérprete sonrió, diciéndome que tal cosa era un detalle insignificante en aquellos animales. Casi todos los elefantes las tenían. Seguramente esa era la primera vez que el hombre blanco adquiría un paquidermo si no sabía eso. Viendo que yo también tenía interés en comprarlo me prometieron quitárselas para el día siguiente. En efecto, volví al otro día y encontré a los tres senegaleses conversando muy excitadamente. Patsy lanzaba fuertes chillidos mientras pateaba y se movía nerviosamente, acercándose de vez en cuando a un árbol para frotarse. Pude constatar que su piel estaba inflamada en varias partes. Supe entonces que en su afán por quitarle las marcas lo más pronto posible, le habían aplicado una solución demasiado fuerte, de cierto poderoso desinfectante muy usado en el Este. La mezcla colocada era suficiente para arrancar la piel junto con las manchas. El daño no era muy grande, pero, en cambio, le ocasionaba fuertes dolores. ¡Sin duda alguna era aquel un elefante sin suerte! Adquirí a Patsy en setecientos veinte dólares, esperando que un cambio de dueño le traería también un cambio de fortuna. Tres o cuatro días más tarde la primera capa de piel comenzó a caérsele, siendo ese un proceso que la hacía sufrir enormemente. Todo a lo largo de su tronco y piernas podían verse grandes trozos enroscados y listos para caer. Cuando al fin se le cayó toda, quedó más clara en color, pero muy dolorida.

Para desgracia de la pobre Patsy, tuvimos que hacer el viaje por ferrocarril, desde Colombo hasta Talamainar, entrando por la India. El viaje desde allí hasta Calcuta ocupa tres días de continuo traqueteo, durante los cuales tuve que amarrar la pata derecha delantera del animal contra un hierro del vagón de carga, que durante el día hervía por los efectos del fuerte sol tropical. Por cierto que puede considerarse feliz la persona o animal que logra zafarse de efectuar un viaje en estos trenes dirigidos por maquinistas que parecen complacerse en aplicar frecuentemente los frenos con la mayor fuerza posible.

FIN

UNA CLASE DE BELLEZA POR SEMANA

Por JOSEFINA HUDLESTON

Nuevos EFECTOS para el PEINADO de SPORT



Forma en que deben colocarse los postizos ventarrón en el pañuelo o bandeau.



Efecto conseguido con un postizo ventarrón.

CON LAS GORRAS DE BAÑO Y LOS PAÑUELOS PARA LA CABEZA SE LLEVAN CERQUILLOS Y RULOS POSTIZOS PARA SUAVIZAR EL ROSTRO

ALGUNAS veces me pregunto, adónde nos llevará todo este "arreglo de conjunto" que nos hacemos. Sin embargo, al contemplar la bella procesión de mujeres, cada día mejor arregladas y provistas de todos los accesorios necesarios, con ello prestando gracia y encanto a todo ambiente donde actúan, no siento ningún deseo de tratar de descorazonar el movimiento que nos lleva a una mayor apreciación de la belleza femenina.

Nos hemos acostumbrado tanto a hacer que los accesorios hagan juego o contraste con nuestros vestidos, a adaptar las modas corrientes a nuestra propia individualidad, que casi inconscientemente elegimos nuestro arreglo, maquillage e indumentaria de manera que formarán un marco completo de belleza para nuestro rostro y figura.

Se divisa en el horizonte otra invención para el arreglo del conjunto..., una que requiere una atención concienzuda durante algún tiempo, antes de que podamos hacer elecciones con el criterio infalible e instintivo con que ahora es posible elegir otro detalle del arreglo.

Me refiero a la nueva idea de arreglar el cabello. Posiblemente una razón que explica la decidida tendencia ahora en vigor, es el retorno del cabello corto para los meses de verano. Esto, junto con un interés revivido en postizos, se ha combinado en desarrollar una nueva y atrayente influencia en los peinados.



Los postizos resultan muy cómodos para los baños en el mar o en las piletas.



El postizo debe pegarse o coserse al pañuelo

Cerquillo postizo, levemente ondulado, que confiere suavidad al rostro.

En los grabados vemos varios modos en que puede arreglarse un conjunto de sport, sin deterioro para la actividad que una esté practicando.

Aunque el tipo de sombrero-boina es tan popular este año como el anterior, el cabello debe caer suavemente alrededor del rostro en vez de estirarse hacia atrás. No importa que este efecto suavizante se consiga con cerquillos lacios u

ondulados, o con el cabello peinado a lo ventarrón.

Las cabezas con turbantes o boinas deben ser peinadas de manera que rompan cualquier posible línea de severidad que enmarca el rostro.

Además, el cabello debe ser cortado de modo que se preste tanto para los peinados de fiesta como para los peinados de día.

Con esto de los ruches, volados, etc., tan femeninos que distinguen a los vestidos de tarde y de noche, y los nuevos sombreros antiguos que llevaremos en la próxima temporada, se debe concertar algún plan para reconciliar los estilos más sencillos de peinados, necesarios para el sport y la mañana, de modo que tanto la cabeza como el vestido de una, se conviertan en femeninos en las horas de la tarde.

Los postizos son la solución para este problema. Sin ellos es imposible hacer los cambios en el peinado que exige la moda.

Para simplificar el problema del cabello postizo, los fabricantes han hecho un número de postizos peinados en diferentes estilos, y la mayoría de ellos pueden usarse de varios modos, con ello reduciendo el gasto que ocasiona su compra.

Hoy nos limitaremos a una discusión de los postizos que vemos en esta página. Para conseguir el máximo de chic esta temporada, una debe tener por los menos un pañuelo o bandeau para la cabeza y una écharpe para el cuello que hagan juego.

El pañuelo para la cabeza soluciona el problema de los postizos. Si el cabello es corto a veces resulta difícil hacer que se sostengan los postizos, por eso resultará mucho más fácil y práctico sostenerlo en el pañuelo o boina.

En los grabados vemos algunos de los estilos de postizos; por supuesto que hay muchos otros también muy sentadores..., pero todos ellos pueden prenderse a la boina, pañuelo que hace juego con la écharpe, o a la gorra de baño.

Si el cabello en la frente es más sentador que a los lados, se puede conseguir el efecto de cerquillo con cabello postizo, lacio u ondulado. Rizos sueltos, juegos completos de ellos, postizos con efecto de peinado ventarrón, cerquillos lacios, ondulados, rizados de distintos largos... todos estos postizos pueden conseguirse por poco precio.

Todos ellos resultarán de gran utilidad para las mujeres, sobre todo para aquellas que tengan la suerte de veranear junto al mar, porque con ello podrán prender los postizos a las gorras de baño, consiguiendo líneas más suaves y sentadoras para el rostro, sin exponer su propio cabello a los efectos del agua salada.

Aunque el agua salada es un tónico espléndido para la salud, a menudo endurece el cabello, a no ser que se tome un shampú especial después de salir del agua.

Otras de las ventajas que ofrecen los postizos que deseo mencionar, es la variedad de colorido que es posible conseguir con ellos.

Ya que el cabello es postizo, una puede elegir rubio, rojo, dorado, negro, castaño o cualquier tono que mejor matice con el colorido de una indumentaria especial.

Esto les dará a aquellas de ustedes que desean ardientemente un cambio en el color de sus cabellos, una excelente oportunidad para variar, sin dañar ni tocar sus propios cabellos. Muy a menudo también, una anhela tener un traje y gorra de baño, o un vestido de sport que matiza bien con el cutis, pero que quita todo color al cabello. Debemos entonces tener cuidado al seleccionar el postizo, que sea uno que aclare el cutis y haga más profundo el color de los ojos.

FIN

EXPLIQUEMOS CUAL ES... (Continuación de la página 10)

piezas, cuyo peso y pureza garantizaban con el sello del Estado. Los nombres de estas monedas correspondían en principio al peso real del metal precioso que contenían. Así, por ejemplo, tenemos el penique, moneda de plata que tomó su nombre de una moneda de peso. Más adelante los gobiernos acuñaron piezas de moneda de un contenido metálico y una denominación que fijaban arbitrariamente.

LA FUNCION Y LOS VALORES DE LA MONEDA

Para comprender la institución del papel moneda, necesario es conocer la función del medio circulante o numerario como signo de valor.

Al pasar de mano en mano las piezas de moneda metálica empiezan a servir como símbolos de valores determinados, cuya circulación facilitan. Ya no se estiman por su valor intrínseco — o sea por la cantidad de metal que contienen — sino como signos de un valor determinado.

Se comprenderá mejor si decimos que las monedas de oro se desgastan con el uso, a pesar de lo cual continúan circulando como si contuvieran la primitiva cantidad de metal.

El Banco de Inglaterra usa una balanza que distingue una diferencia de peso de un centésimo de gramo entre dos libras esterlinas, y automáticamente aparta las monedas livianas, para acuñarlas de nuevo. Cuando no se tiene esta precaución, la moneda de oro acaba por no ser recibida en el comercio internacional, sino por su peso real.

Vemos, pues, que la moneda tiene un valor intrínseco como cantidad de metal, y otro comercial, como símbolo, y que proviene del cuño. Los dólares americanos, por ejemplo, valen mucho más que los pesos mejicanos, a pesar de contener exactamente la misma cantidad de plata. Mientras que 33 partes de plata en barra se cambia por 1 de oro, esa misma plata acuñada en los Estados Unidos como moneda duplica su valor, y entonces bastan 16 partes para comprar una de oro.

EL PAPEL MONEDA ES UN SIMBOLO

La circulación de estos signos metálicos permite comprender inmediatamente que el Estado pueda lanzar a la circulación otros signos de valor, sin valor intrínseco alguno, pedazos de papel en que esté escrito que valen por un peso o por tantos pesos oro. Nuestros billetes dicen: "La nación pagará al portador y a la vista un peso moneda nacional." Ahora bien: este peso moneda nacional, de acuerdo a la ley del 20 de septiembre de 1897, equivale a 44 centavos oro. Es decir, que aquel símbolo puede convertirse en un valor intrínseco, en una determinada cantidad de oro en cualquier momento.

LA GARANTIA DEL PAPEL MONEDA

Simple instrumento de cambio para las operaciones comerciales dentro del país, este papel moneda necesita hallarse garantido por una determinada cantidad de oro en poder del Estado.

Actualmente circulan en la república en números redondos, 1.250 millones de pesos papel, de los cuales hay 703 millones en poder del público y el resto se halla repartido entre la Caja de Conversión y los bancos. Para responder al valor que todo ese papel simboliza había el 30 de marzo, de este año, 588 millones de pesos oro, o sea una garantía en metálico más que suficiente.

Se comprenderá sin esfuerzo que una nueva emisión de papel moneda deduciría proporcionalmente esta garantía.

El Estado necesita, por ejemplo, tantos millones de pesos para poner al día los sueldos y los compromisos de la administración. A primera vista nada más fácil que ordenar a la Casa de Moneda que imprimiera otros tantos billetes. La consecuencia sería que estos billetes se desvalorizarían de inmediato, porque se habría debilitado la garantía en metálico. El Estado no tendría oro para aguantar la conversión de todo ese papel moneda, y este papel pasaría a la categoría de un signo depreciado, como sucedió con los billetes alemanes al terminar la guerra, cuando se vendían por veinte centavos, como se recordará, billetes de mil marcos, en la calle Florida, a título de curiosidad. A este fenómeno se le llama empapelamiento.

Para los gobiernos prudentes y honestos una crisis no se remedia lanzando unas cuantas resmas de papel a la circulación en forma de billetes, puesto que siempre debe haber oro con que substituir ese papel moneda de buena ley en un momento dado

FIN

El Hogar

Dirección, Redacción y Administración: RIO DE JANEIRO, 262-300
Unión Telef. 60 Caballito 1020 al 1029
Dirección Telegráfica "Senyah"

ANUNCIOS EN EL EXTERIOR

Se aceptan anuncios de cualquier Agencia o Agente de Publicidad de buena reputación.
No se acuerdan representaciones exclusivas.
La Administración atiende todo pedido de ejemplares y tarifas.

SUBSCRIPCIONES

CAPITAL E INTERIOR		EN EL EXTERIOR	
Año	$ 13.60 %	Año	$ 22.70 %
Semestre	„ 7.— „	Semestre	„ 13.60 „
Trimestre	„ 4.— „	Trimestre	„ 9.10 „
Número suelto	„ 0.30 „		
„ atrasado	„ 0.60 „		

PARA EVITAR interrupciones en la recepción, conviene remitir la renovación de las subscripciones sin demora. El importe de las subscripciones puede ser remitido a esta Administración en giros postales, cheques o estampillas de correo, bajo sobre certificado.

REPRESENTACIONES EN EL EXTERIOR

Estados Unidos. — Universal Publishers Representatives Inc. 500 Fifth Avenue, Nueva York.
Gran Bretaña y Europa. — Sr. J. R. Chanter. Aldwich House - Aldwich W. C. 2. Londres.
Francia. — Corresponsal: Luis W. Escalante, 20 Rue de Freycinet, París.

EL CONSEJERO DE LOS NOVIOS

Cómo nace el amor

Primero es una dulce simpatía,
Después, una amistad engañadora,
Hasta que llega con sorpresa el día
En que adivina el corazón que adora.

Por NENUFAR

1º **AUNQUE NO CORRESPONDE A ESTA SECCION** su primera pregunta, le diré que por fallecimiento de madre debe llevarse un año de luto riguroso, seis meses de luto liviano y seis meses de medio luto.

2º Comprendo sus deseos de casarse, pero ese joven que le ha dicho que quiere que lo atienda "para pasar el tiempo", no le conviene; aceptarlo sería "perder el tiempo" y alguna buena oportunidad que pueda presentársele.

Contestando a "Chita afligida", de San Francisco. Venado Tuerto.

● ●

SU COMPORTAMIENTO ES ADMIRABLE, y su manera de ser no parece corresponder a una mujer de esta época. ¿Nunca un momento de arrebato la llevó a ser más expansiva con el dueño de su corazón? Después de diez años de noviazgo, su prometido tiene razón en exigir de usted menos frialdad en sus demostraciones de cariño.

Contestando a "Fidora", de La Plata

● ●

ESE RUBOR que sube de improviso al rostro de su novio cuando está a su lado, quizá sea ocasionado por la emoción que le produce su grata compañía; no debe alarmarse. Si ese es el único defecto que ha descubierto en el que va a ser su futuro esposo, puede estar muy tranquila; no es motivo para preocuparse.

Contestando a "Filósofa", de Córdoba.

● ●

ESE HOMBRE NO ES DIGNO DE SU AMOR. Escríbale por última vez, pidiéndole sus cartas y fotos; después... olvídelo, y si vuelve al sitio donde usted reside, que su indiferencia le haga comprender que nada le importa de él. Aleje de su mente esas ideas fúnebres, y a gozar de la vida.

Contestando a "Rubia afligida", de Capital.

● ●

DIO DEMASIADA IMPORTANCIA a lo que, a mi modo de ver, sólo fué un pasatiempo de carnaval. Ese joven encontró en usted una compañera encantadora para pasar agradablemente las fiestas de Momo; pero pasadas éstas, el interés terminó y se lo ha demostrado claramente. Dé por terminado este fugaz idilio y conserve de él un dulce recuerdo, ya que le brindó momentos tan gratos.

Contestando a "Mita", de Capital.

● ●

SI NO TIENE NINGUN miembro de su familia que lo haga, puede solicitar usted mismo la mano de esa joven.

2º Los anillos los entrega la misma persona que solicita la mano, primero a la señorita, después al caballero.

Contestando a "Cruel destino" de Junín.

● ●

SI EL CASAMIENTO es sencillo, vista traje de saco negro y corbata de nudo o moño a su elección, pero que sea de color obscuro.

Contestando a "Ignorante", de Junín

● ●

LAS COLABORACIONES de las personas que indico a continuación, no se publicarán:

"E. R. L.", de Concordia.
"R. O.", de Capital.
"C. J. V.", de Salto Grande.
"J. L. B.", de Rafael Obligado.
"F. A. T.", de Tucumán.
"J. N.", de Córdoba.
"A. B.", de Saladillo.
"R. J. L.", de Paraná.
" . E. T.", de Salta.
"M. C.", de La Plata.

● ●

NO PUEDE OFENDERSE su amada porque publique una poesía con su nombre en la dedicatoria; por el contrario, creo que esa gentileza de su parte le será muy halagadora.

Lamento tener que comunicarle que sus poesías no se publicarán.

Contestando a "Equis" de Chivilcoy.

● ●

LA ENTREGA DE FOTOGRAFIAS puede ser recíproca, y si no el joven dará la suya primero.

Contestando a "Otario enamorado", de Rosario.

● ●

¡OH!... QUIEN PUDIERA ROBAR UN SOLO RAYO, DE AQUELLA LUZ DE TU MIRADA EN CALMA, PARA TENER AL SEPARARSE LUEGO CON QUE ALUMBRAR LA SOLEDAD DEL ALMA.

SUS DIEZ Y OCHO AÑOS le darán fuerzas suficientes para olvidar a esa chiquilina indigna de su cariño. No piense más en ella; su conducta sólo merece el desprecio.

Contestando a "Nair", de Bella Vista.

● ●

SI EL SE DEJO SUGESTIONAR por otra mujer, olvidando las promesas y juramentos que le hiciera, no continúe albergando esperanzas. ¿Para qué? Reconozca que muy poco sinceras debieron ser sus palabras si hoy nada le importa que usted conozca sus nuevos amores. Si como me dice, se le ha presentado un nuevo candidato, no titubee; acéptelo.

Contestando a "La desbancada", de Capital.

● ●

VA USTED DEMASIADO LIGERO, como en el cine. Si encuentra en la fiesta esa chica tan de su agrado a primera vista, busque la manera de ser presentado a ella, y si al tratarla aumenta su entusiasmo, pónganse ambos de acuerdo para volverse a ver, y así irán poco a poco intimando en sus relaciones.

Contestando a "Morochito desesperado", de Chucus.

● ●

TODO ES CUESTION DE UN POCO DE PACIENCIA. Si es usted un muchacho bueno y trabajador, los padres de esa chica terminarán por ceder.

Contestando a "Enamorado", de Villa María.

● ●

1º **SI, CONFIE EN EL TIEMPO,** es el mejor lenitivo para las penas de amor, lleva consigo el olvido y el consuelo.

2º Que se acabe su indecisión; tengo la certidumbre de que esa simpatía que ya ha despertado en usted el nuevo galán irá convirtiéndose poco a poco en amor.

Contestando a "Enigma", de Juárez.

● ●

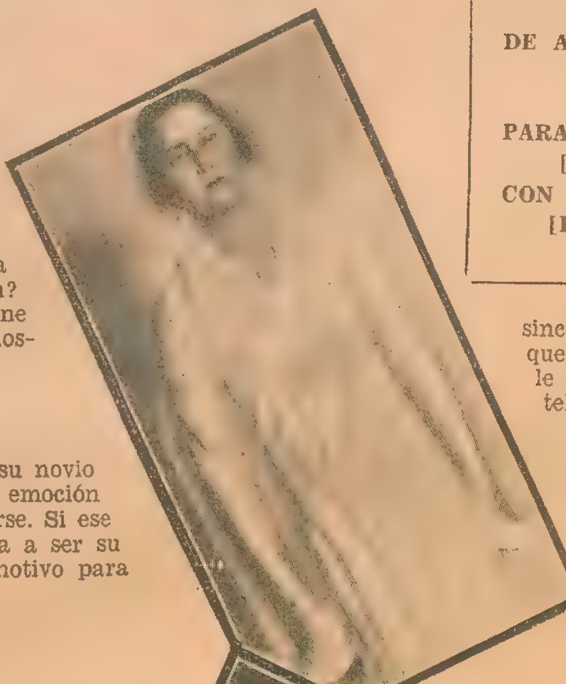
LA FAMILIA DE SU CANDIDATO es realmente una calamidad, pero si él es bueno, no es justo que sufra las consecuencias de la maldad de los otros. Por ahora convénzalo de que su padre no quiere que la visite, hasta que él haya marcado una nueva etapa en sus estudios, en esa forma se le brinda a usted la oportunidad de seguir observando si la conducta de ese joven sigue diferenciándose de la de sus familiares. Si pasado el tiempo, nada tiene que reprocharle, y sus sentimientos no han variado, aleje los prejuicios y no destruya sus ilusiones, sea por el contrario el faro que ilumine su vida y lo siga conduciendo por la senda del bien.

Contestando a "Mi dolor", de Córdoba.

● ●

DEBE ESGRIMIR todas las armas que estén a su alcance para evitar que tal cosa ocurra.

Contestando a "Morocha de ojos azules", de Marcos Juárez.



Señorita Sara Robledo Albarracín, cuyo enlace con el señor Emilio Picasso Larco acaba de realizarse.



Señorita Julia Elena Albarracín Guerrico, que contrajo recientemente enlace con el señor Carlos Alberto Martelli.



Enlace de la señorita Ida M. Morcaldi con el señor Carlos Miguel Kunst. Los contrayentes, momentos después de realizada la ceremonia religiosa.

LOS BESOS SON LAS FLORES DEL ALMA

LOS PRIMEROS PASOS DEL GRAN BUFO CARLITOS CHAPLIN



RODANDO *de* PUEBLO *en* PUEBLO

CAPITULO V

LLEGAMOS a Filadelfia y lo que más nos gustó allí, que era la primera ciudad americana que visitábamos, fué que los domingos se consideraban feriados, y no teníamos que trabajar. Estuvimos un mes allí: quince días en el Park Theatre y quince días en el Nixon Theatre. Cuando llegamos a este último, Carlitos miró la sala por el ojo del telón, y me dijo, algo asustado: "¡No hay ni un solo asiento en el teatro!" Miré por sobre sus hombros y pude darme cuenta de la verdad. ¡Y nosotros, que teníamos que estrenar esa tarde!... Al poco rato empezaron a llegar, por todas las puertas, obreros y más obreros, y se pusieron a trabajar con el mayor ahinco en la colocación de los asientos.



¿Soñaría acaso Carlitos en aquel tiempo tan lejano con sentarse un día al lado del príncipe de Gales, como aparece en la presente foto, en ocasión de un festival de caridad, realizado en Londres?

En el presente capítulo continúa Bert Williams relatando las primeras andanzas del gran bufo. Ahora nos es dado asistir a sus correrías por el territorio americano, enfrentándose hasta con los terribles cowboys, en plena taberna, como nos ha sido dado ver tantas veces en las películas de este género.

No nos podíamos oír los unos a los otros durante el ensayo, por el ruido y los martillazos; pero no tardó en estar todo colocado, y la obra, por la noche, tuvo su éxito esperado.

Después pasamos a Chicago: tengo tres recuerdos de nuestra estada en esa ciudad. Primero, el hecho de que Carlitos y yo encontramos ratas en nuestro dormitorio; segundo: que todas las noches teníamos bastante que caminar desde el teatro hasta nuestra pensión, y, tercero: la noche en que Carlitos y Austin hicieron un match, en la alcoba de la pensión. ¡Qué noche aquella!...

Habíamos amontonado todos los muebles en un rincón. Todos animábamos a Carlitos, y aunque era más pequeño que Austin, era mucho más esquivador. Estaban en lo mejor de la lucha, cuando cayeron los dos, ¡y qué ruido infernal! La dueña de la pensión llegó como un trueno; Carlitos y Austin se levantaron aterrorizados. Después de unos minutos de espectación, abrimos la puerta y nos disculpamos.

¡Cuánto que nos costó calmar a aquella buena señora! Una hora después nuestra permanencia en la casa todavía estaba en el aire, pues seguía diciéndonos que iríamos todos a parar a la calle.

Comenzó de nuevo nuestra jira. Trabajamos en Duluth, Milwaukee, Minneapolis, St. Paul y Winnipeg. Después fuimos a Billings, Montana, donde nos encontramos entre los cow-boys. El período "salvaje" del Oeste tocaba a su fin, pero los vaqueros de Montana eran todavía muchos en 1911. Con dinero a destajo, celebraron una fiesta suntuosa.

Los conocimos de una manera bastante dramática. Fué un sábado por la noche, durante nuestra primera semana en Billings. Casi todos los hombres solteros de la compañía se habían reunido en una taberna: el ambiente estaba saturado de humo, y el salón lleno de hombres que hablaban en alta voz.

— Sentémonos en este rincón — dijo Carlitos.

Apenas sentados, con nuestras bebidas delante, oímos gritos que venían de la calle. La taberna quedó instantáneamente en silencio, como si no hubiera nadie en ella.

— ¡Cuidado, muchacho! — dijo alguien: — Los cowboys están en la ciudad.

En seguida la puerta se abrió con gran estrépito, y un cowboy entró a caballo. ¡Todavía me parece verlo, sonriente, mostrando una blanca hilera de dientes, con un gran sombrero y un pañuelo rojo atado al cuello! Llegó hasta el mostrador. En cada mano tenía un revólver; disparó por tres veces, y tres botellas cayeron del estante.

Inmediatamente entraron otros; pero éstos venían a pie; y empezaron a reír y a hablar.

Estábamos sentados en nuestra mesita, esperando los acontecimientos y mirando a los jugadores de póker, cuando de pronto hubo una discusión entre dos. Empezaron a pelear como animales salvajes, golpeándose, mordiéndose y pateándose.

— Vamos a separarlos — les dije a Carlitos y a los otros compañeros.

(Continúa en la página 61)

En el próximo número: **EL CINE NOS QUITO AL COMPAÑERO, PERO NO AL AMIGO**

cuarenta años cazando hombres

Por ARTURO F. NEIL

Una tarde, el ocupante y único propietario de un negocio del norte de Londres fué encontrado muerto en los fondos de su casa. Estaba herido en la cabeza, y a primera vista se apreciaba que no se trataba de un suicidio. Además, había rastros de violenta lucha en el interior.

Revisé todo el edificio, sin poder descubrir el más leve dato que pudiera orientarme. Al fondo existía un jardín, y en un grupo de plantas hallé una valija oculta, marcada con iniciales. La hice fotografiar y pedí a los diarios que publicaran las fotos en el tamaño mayor posible, mencionando y haciendo destacar claramente las iniciales. No demoré en recibir noticias directas del propietario de la valija. Me aseguró que se la había prestado a un amigo, un joven que se hallaba en aquel momento ausente de Londres visitando una de las principales ciudades de provincia, en la cual tenía una novia.

Habíamos dado un paso adelante en la investigación. Telefoneé a un colega que se hallaba en la ciudad indicada, previniéndole que salía por el tren próximo, y le pedí que obtuviera por intermedio de la policía local el domicilio de la joven.

Cuando arribé ya tenía a mi disposición el dato pedido, pero cuando llegué al domicilio que se me señaló encontré el nido vacío. La muchacha y su madre habían salido juntamente... con el joven.

A LA ESPERA DEL SOSPECHOSO

Lo único que se podía hacer era vigilar la casa y esperar, tan pacientemente como me fuera posible, su regreso. Mi guardia duró hasta medianoche, hora a la cual la madre y la hija regresaron... solas. El joven acababa de tomar un tren para Londres; ellas habían ido a despedirlo en la estación.

El golpe era rudo, pero con un poco de suerte aún podría apoderarme del presunto reo. El tren se detuvo dos veces antes de llegar a Londres, y yo telegrafié al detective de la empresa, en cada una de esas estaciones, una descripción detallada del hombre que se deseaba detener, solicitando que revisaran el tren y detuvieran al sospechoso.

En el transcurso de las primeras horas de aquella mañana esperé al otro extremo de la línea telegráfica el mensaje que me anunciara que el sospechoso había sido detenido, pero ese mensaje... no llegó. El tren fué revisado en ambas paradas, pero en ninguna de ellas se encontró a nadie que respondiera a la descripción que yo había proporcionado. Regresé, pues, con las manos vacías a Londres.

Llegué al atardecer. Una hora después fuí llamado por teléfono: era mi colega de la ciudad provinciana.

— Acabo de encontrar a su tipo — me anunció. — Después que sus amigas lo despidieron en la estación se largó por el lado opuesto y regresó a la ciudad. Sabía que se le buscaba y parece que no tenía muchas esperanzas de escapar, porque se fué a un parque e intentó suicidarse ingiriendo veneno.

Estaba fuera de peligro cuando llegué de regreso, y esa misma noche pudo acompañarme hasta Londres. En el viaje confesó todo el hecho.

Debo aclarar con franqueza que el relato y la personalidad del que me lo hacía me impresionaron fuertemente. Era muy joven, apenas un muchacho y muy decente. Había habido una disputa y una pelea, y como resultado, un muerto. Temblaba, horrorizado ante lo que había hecho, no tanto porque temiera al patíbulo como por el hecho de haber derramado sangre.

En el juicio hizo el mismo relato del asunto al juez y jurado, y su sincera franqueza los impresionó tremendamente. Como mi declaración probaba que había habido lucha, la acusación de asesinato fué retirada para hacer otra por homicidio. Declarado culpable, fué sentenciado a doce meses de prisión, en virtud de existir circunstancias atenuantes.

Poco tiempo después, el Home Office se ocupó del caso y fué indultado. Sus amigos lo ayudaron y rehizo su vida en las colonias. Ha muerto ya, pues si no, probablemente yo no habría contado lo que antecede.

EL CRIMEN DE TUFNELL PARK

En el transcurso de mi larga experiencia como detective he contribuído a llevar ante los estrados de la justicia a muchos asesinos y he desentrañado muchos asuntos misteriosos. Mi habilidad y dotes intelectuales han estado durante largos años empeñadas en contra de las de algunos de los criminales más astutos y vivos. En numerosas oportunidades me he jugado la vida por servir los intereses de la justicia. Pocos casos, empero, me han dado más trabajo que el del homicida de Tufnell Park.

Su tipo era el que todos los pesquisas conocen y... temen; el tipo del que vacila al borde de la locura, que mata a sangre fría y casi sin motivo. Un capricho, una pequeña inquina, constituyen los motivos triviales que impulsan a los individuos de esa clase a destruir una vida humana y correr el riesgo de penas infamantes. Sin embargo, a veces cubren sus rastros con diabólica destreza. De ahí que aun cuando los hayamos rastreado, aun cuando estemos completamente convencidos de su culpabilidad, a veces nos falten las pruebas legales completas para satisfacer al jurado.

Tal fué lo que ocurrió durante mucho tiempo en el caso de Moguire. Cuando lo detuve afronté una seria responsabilidad. En un momento dado pareció como que debiera ser puesto en libertad, tal vez para hacer otras víctimas inocentes. Fué sólo después de una de las más extrañas e intensamente dramáticas escenas de mi vida, que pude completar la prueba en contra suya.

Acontece que cuando se cometió el crimen, estuve en el sitio del hecho un par de minutos después por hallarme, por casualidad, en las inmediaciones.

Era una tarde de octubre de 1904. Yo entraba a Tufnell Park,

"Por lo que [illegible] años de servicio, soy el detective británico más antiguo [illegible]"

[illegible] nes Neil, y agrega.

"En Scotland Yard no computamos por años de servicio, sino por casos en que se haya intervenido. Desde este punto de vista, [illegible] detective que se aproxime directa o indirectamente a mi 'record'. En el transcurso de los últimos cuarenta años he intervenido [illegible] que se han producido y he estado en contacto con todos los [illegible] los reyes del hampa [illegible]

El ex jefe Neil, durante su larga actuación condujo al cadalso a quince [illegible]

Neil ha escrito para MUNDO ARGENTINO una serie de [illegible] referirá a los lectores sus principales actuaciones. El próximo capítulo se titulará:

Un TRANCE de PELIGRO MORTAL

• •

Las LETRAS de la VALIJA

cuando vi salir corriendo a una mujer. Su rostro, a la luz de un farol, aparecía intensamente pálido; sus ojos dilatados por el terror. Respiraba con dificultad.

—Perdone — le dije, — ¿puedo hacer algo por usted? Me llamo Neil y soy detective de la policía metropolitana a cargo de este distrito.

—¡Gracias a Dios! — exclamó. — ¡Un asesinato! ¡Allí!... Cerca de un matorral. ¡Un hombre mató a otro! Le disparó seis tiros y huyó.

Corrí por un sendero enarenado en la dirección indicada. A poca distancia de los portales del parque, el sendero atravesaba unas matas de arbustos. Allí encontré a la víctima, medio reclinada y medio sentada sobre la arena, mientras otro hombre la sostenía y trataba de estancar la sangre que manaba de sus heridas. Un guardián del parque, de pie al lado de los dos contemplaba al herido. En pocas palabras me enteró de lo ocurrido. Había oído los disparos y al acudir dió con el herido en aquel mismo sitio.

—He mandado en busca de un doctor — me dijo el guardián.

—Muy bien — respondí.

MOGUIRE ME MATO

Estaba a la vista que hasta que llegara el doctor nada podía hacer por el herido. Hasta resultaba dudoso que aun el facultativo pudiera serle útil. Mi deber era claro. El hombre disfrutaba de pleno conocimiento, y mientras estuviera vivo yo debía tratar de obtener la información que me fuera posible.

—¿Puede usted hablar? — le pregunté.

—Sí — respondió.

Su voz era apenas perceptible. Respiraba con dificultad. Me incliné sobre él y me dijo al oído:

—Un hombre llamado Jorge Moguire me ha herido. Me tiró desde aquellos arbustos al pasar yo frente a ellos. Me ha seguido desde hace varios días, espiándome desde toda clase de sitios.

Hice una anotación rápida en mi cartera de apuntes:

—¿Le parece que podría firmar? — le pregunté.

Hizo señas de que sí y guié su mano hasta el papel. Firmó, y, al hacerlo, gruesas gotas de sangre mancharon el papel.

—Soy el superintendente Skinner, del Instituto Mental de San Pancracio — me dijo en seguida, — y Moguire...

Se desmayó y un instante después llegó el médico con una ambulancia y Skinner fué trasladado al hospital.

Volví mi atención a la mujer que me había dado el aviso y obtuve de ella una descripción de Moguire. Una búsqueda entre el ramaje, desde el cual fueron disparados los tiros, permitió encontrar un revólver Webley de seis tiros, con el cual se habían disparado tres balazos. En el mango tenía grabadas las iniciales D. F. K.

De regreso a la comisaría de policía de Kentish Town, envíe circulares a todas las comisarías con la descripción de Moguire y datos sobre el revólver.

Su voz era apenas perceptible. Respiraba con dificultad. Me incliné sobre él y me dijo al oído: —Un hombre llamado Jorge Moguire me ha herido.

Mi problema era ahora apoderarme de Moguire — o el hombre a quien Skinner conocía bajo ese nombre, — y hacerlo cuanto antes. Skinner me pareció un hombre moribundo y aunque había declarado, de acuerdo con el código criminal inglés esa declaración carecía de valor legal y sólo podía tenerla hecha en presencia del acusado. Si Skinner fallecía antes de que yo lo pudiera confrontar con su agresor, mi actuación tendría por base principal a la mujer que había visto disparar los tiros y las probabilidades eran de que no pudiera identificar al culpable y aunque lo pudiera hacer, eso no bastaba.

Teníamos, cierto es, el revólver, pero yo no sabía hasta dónde podría sernos útil eso. El sistema de las impresiones digitales aún no era conocido.

Se trataba, pues, de una carrera contra el tiempo. ¿Cuántos días u horas viviría Skinner? Podía durar mucho o fallecer en pocas horas, me informaron por teléfono desde el hospital. Debía, pues, apresurarme a encontrar a Moguire antes de que muriera el herido.

QUIEN ERA MOGUIRE

Mi primer paso fué trasladarme al Instituto Mental de San Pancracio. Allí obtuve un dato interesante. Había estado internado, en observación, hasta tres meses atrás y había sido dado de baja por no haber revelado síntomas francos de locura. Dió, empero, mucho trabajo a los empleados y el superintendente Skinner había tenido que llamarlo al orden en más de una ocasión. El resultado fué que Moguire concibió un odio feroz e irrazonado contra Skinner.

—Algún día lo voy a arreglar cuando lo encuentre afuera, le había dicho a uno de los asilados el día antes de salir.

El motivo del crimen ahora aparecía claro, pero sólo podía caber en la mente de un loco.

Supe que Moguire era casado, tenía dos hijas mayores y dos pequeños. El domicilio que conseguí era antiguo y recién al siguiente día conseguí averiguar algo. Supe que Moguire había vivido poco antes en Tollington Park.

—Sus hijos van a una escuela de aquel sitio — se me dijo.

Recorrí las escuelas hasta que di con una infantil y católica. La directora me confesó que entre los pupilos había dos de apellido Moguire.

—No han estado mucho tiempo con nosotros — dijo la principal. — Su padre los trajo aquí.

—¿Cómo era él? — pregunté.

Me lo describió. No había lugar a dudas; se trataba del hombre que yo buscaba.

Cuando llegué, con otro detective, al domicilio que me dieron en la escuela la hija mayor de Moguire me abrió la puerta. Era una joven alta y fuerte.

—¿Dónde está su padre? — le pregunté.

Nos miró con desconfianza.

—Ustedes son pesquisas — respondió. — Si necesitan a mi padre, búsquenlo.

Nos alejamos y me disponía a organizar una "facción" frente a la casa cuando vi acercarse a un hombre. Su descripción correspondía a la que yo ha-

bía conseguido. Mi compañero y yo nos acercanos a él. Yo llevaba mi "cachiporra" policial en la manga del saco, oculta pero en condiciones de extraerla en cuanto el hombre hiciera ademán de sacar armas.

— Sí; soy Jorge Moguire — afirmó. — ¿Qué quieren conmigo?

— Pertenezco a la policía y lo detengo por tentativa de asesinato perpetrada anoche en Tufuell Park en la persona de Juan Skinner.

— ¿Quién dice eso? — preguntó.

— Juan Skinner en persona. Declaró y firmó su declaración.

Guardó silencio y yo le aconsejé:

— Entréguese con tranquilidad; le conviene más.

Me lanzó un golpe violento a la cabeza, pero me agaché y erró. En un santiamén lo dejamos maniatado e imposibilitado para moverse.

A la mañana siguiente la mujer que presenció la tragedia en el parque, identificó a Moguire. Un propietario de un negocio de compraventa también lo reconoció como al hombre a quien había vendido el Webley utilizado en el crimen.

Con todo, yo temía que me faltaran pruebas legales. No me era dado carear a Moguire con Skinner, porque el estado de gravedad del superintendente no lo permitía. Podía haber una posibilidad de salvarlo y las autoridades del hospital se negaban a que se le molestara.

Tuve, pues, que solicitar del juez Paul Taylor varios aplazamientos del juicio. Por fin, el magistrado me previno:

— Esto no puede seguir así. Tendré que ordenar la libertad de ésa. Si Skinner mejora, como se lo deseo, habrá que capturar nuevamente a Moguire.

UNA DECLARACION "IN EXTREMIS"

En ese preciso momento se me entregó un mensaje urgente del hospital: "Skinner ha empeorado. Apenas durará una hora." Entregué el despacho al juez, que lo leyó con expresión de severidad.

—¿Qué me aconseja usted? — me preguntó.

— Que suspenda su señoría la audiencia pública y se traslade al hospital con su secretario. Yo conduciré al preso.

—Muy bien. Vamos en seguida.

Aquella fué una extraña ceremonia. Dos médicos atendían al enfermo, sentado en la cama y sostenido por alfombras. Sus ojos estaban lúcidos, pero respiraba con suma dificultad. A los pies de la cama se sentaron el juez y su secretario. Yo me mantenía al lado de Moguire.

El secretario escribía mientras se le hacían al criminal preguntas rápidas y concisas. Luego le tocó el turno a Skinner. Respondía despacio, con visible esfuerzo. De repente un tinte gris cubrió su rostro, acentuándose en mortal palidez. Era indiscutiblemente el principio del fin. El mayor de los médicos miró al juez como previniéndole del desenlace cercano e inevitable. El magistrado asintió y preguntó a Skinner:

— ¿Reconoce usted a este hombre?

Moguire temblaba. El moribundo se incorporó en un postrer esfuerzo de voluntad y señalando a su asesino, respondió:

— ¡Ese hombre es Jorge Moguire, que me hirió en el Parque Tufuell!

La voz de Skinner era clara y firme, pero pronunció su acusación con su último aliento. Murió en seguida.

Moguire fué declarado culpable y sentenciado a la pena capital, pero la Cámara de Apelaciones lo declaró insano y ordenó que se le recluyera en el manicomio de Broadmoor.

FIN

Anónimos

Martín Punzón, que continúa en el presente número sus colaboraciones en "Mundo Argentino", ha desempeñado por espacio de largos años un cargo en la oficina de descifradores del correo de Calamuchita. Esta oficina llena un cometido interesante y curioso a la vez: todas aquellas cartas mal dirigidas o con direcciones ininteligibles pasan por las manos de sus empleados, verdaderos maestros del jeroglífico. La mayor parte de aquéllas quedan en esa oficina como en un osario, y cuando los casilleros están llenos y ha transcurrido un tiempo prudencial, deben quemarse. Pero Martín Punzón prefirió leer esas cartas, y como advirtió que muchas tenían gran interés, las coleccionó. Declarado cesante por una de esas inexplicables eventualidades del momento actual, ha creído oportuno sacar provecho de tales cartas, y nos las ofreció. "Mundo Argentino" ha adquirido los derechos de esta colección que irá publicando semanalmente.



Señor doctor Orestes Cimogli.

Av. de los Incas 1007.

Distinguido colega:

Lo dice el refrán: "No hay peor enemigo que el de tu profesión." Ya lo sabía desde que me recibí, y van para los diez y ocho años. Infinidad de veces he sido víctima de mi buena fe y he creído en la sinceridad de muchos, y no me arrepiento. Es probable que esto provenga de mi cuna, si no aristocrática, por lo menos, limpia, cosa que no le ha ocurrido a usted para su desgracia. Y con ello no quiero ofender a sus señores padres. Pueden haber sido muy bellas personas, pero no supieron educarlo, o usted no los escuchó. (Así nomás ha de ser.) He tropezado en mi carrera profesional con gentes de toda calaña, y le aseguro que hay más bandidos entre los colegas y afines que entre el público. ¡No sabe usted la guerra sin cuartel que me ha declarado un farmacéutico vecino, porque denuncié al Departamento de Higiene ciertas falsificaciones de popavernia con las que se estaba enriqueciendo! Pero eso es un poroto al lado de la infamia que usted ha referido en el hospital, respecto al canceroso de la calle Guatemala.



Cuando usted, como médico de cabecera, prescribió el lipiodol y sucedáneos en una larga serie de inyecciones endovenosas, amén de las irradiaciones Röentgen, y sugirió mi nombre para el tratamiento intensivo, yo me porté como un caballero, cobrando la tarifa para el caso y entregándole oportunamente — según convenio — la participación. Es cierto que no tengo recibo, pero creo que estas cosas, por su carácter frecuente y preestablecido y entre hombres pundonorosos, no se documentan. Su proceder en la emergencia lo pinta como un miserable. ¿Qué podía esperar de usted? Si como persona es tan poca cosa, sepa que su reputación de médico la señala todo Buenos Aires: que usted ¡es un asno!



Le escribo ahora mismo; desde la sala de piel propia me informan que está por ausentarse definitivamente a Rosario (lo mejor que podía hacer), pero espero que antes será capaz de afrontar la pateadura que sinceramente le ofrece,



S. S.

Evasto Dutchovitch.

s/c Bomplan esquina Céspedes.

TUVO COMPLICES...

(Continuación de la página 7)

demoré en escuchar de sus labios el secreto de esa obsesión.

Al parecer, Gorguloff era hijo ilegítimo de un oficial de la antigua Guardia Imperial Rusa y de una joven perteneciente a aristocrática familia rusa. Su padre hizo todo lo que pudo por él y cuando Pablo regresó a San Petersburgo, después de recibir una educación de primer orden, creyó que los salones de mayor rango le abrirían sus puertas. No fué así, empero. Su origen era conocido y se encontró excluído debido a las circunstancias de su nacimiento.

Ese fué el golpe más rudo de su vida. Jamás se repuso de él, ni se conformó con la situación que se le creaba. Ese trato injusto se convirtió en una pesadilla para él. Recuerdo que en cierta ocasión le pregunté por qué un hombre con sus instintos y educación había buscado unirse, en cuatro ocasiones diferentes, con mujeres que eran tan innegablemente hijas del pueblo. Su primera esposa fué una campesina rusa; la segunda, hija de un peluquero de Praga; la tercera, una modista con quien se casó en Checoeslovaquia, y la cuarta una muchacha suiza de humilde cuna. Su respuesta fué original y prueba lo profundamente que le había afectado la tragedia de su nacimiento.

— Porque son sanas y de sentimientos humanitarios — afirmó. — Si tienen hijos ilegítimos, los cuidan y no los abandonan, como lo hizo mi madre, para que los maltrate un mundo implacable.

Otra vez me dijo que el único país en que existía la justicia era la Gran Bretaña.

Los únicos temas que lo arrancaban de su curiosa indiferencia sobre asuntos mundanos eran el de su ilegitimidad y las causa del pueblo contra las clases dirigentes. Era campeón decidido de la reivindicación social y molestamente sensible a lo que llamaba "la injusticia de la actual organización social."

DEBIA SER AGENTE SOVIETICO

Sobre si Gorguloff fué o no un agente soviético, pocas dudas me caben al respecto. Dos hechos conozco que me parecen definitivamente probatorios de que lo era.

En primer lugar, Gorguloff vivía con lujo. Su tren de vida respondía a un ingreso anual de tres mil libras esterlinas y, sin embargo, no trabajaba ni tenía fuentes de recursos claras. Pagaba siempre y no tenía deudas.

En segundo lugar un extranjero lo visitaba de cuando en cuando. Era un individuo misterioso, a quien jamás fuí presentado. Se encerraba con Gorguloff y conferenciaban durante varias horas.

Tales visitas afectaban profundamente a Gorguloff. Su extraña indiferencia, su distanciamiento del mundo y las cosas de los hombres parecían acentuarse y en el fondo de sus ojos ensombrecidos parecía brillar una luz análoga a la que caracterizaba a los del visitante: la del más implacable fanatismo. A mi juicio, ese extranjero fué el verdadero autor del asesinato del presidente Doumer.

Es significativo y digno de ser tenido en cuenta que antes de despedirme por última vez de Gorguloff, el hombre extraño le había hecho una de sus visitas periódicas, lo que explicaría el extraño significado de la postrera observación de mi amigo:

— ¡Aunque no me vuelva a ver, creo que oirá hablar de mí!

FIN



Don Fermín

POR DANTE QUINTERNO

COSTANTINO SIGUE BUSCANDO TRABAJO.

Jovencito muy educado, con bicicleta, preciso para mandados...

¡YA LO TENGO DON FERMÍN! ¡LABURO, DON FERMÍN!... ¡LO ENCONTRÉ EN EL DIARIO!

¡BRAVO, MUCHACHO!

PERO TIENE DE COMPRARME UNA BICICLETA, TIENE..

BUENO, SI ASÍ LO PIDEN EN EL DIARIO...

¿ESTÁ SEGURO DE QUE SON MUY DURABLES?

SUS NIETOS LA ENCONTRARÁN MAS NUEVITA QUE AHORA.

¡OY DIÓ! ¡QUÉ VELA!...

BUENO, USTED ME PARECE EL MEJOR DE TODOS. ¿TIENE SU BICICLETA Y TODO EN CONDICIONES?

SÍ, MI PATRÓN..

BUENO VAYA A COBRAR ESA CUENTA...

MUY BIEN, MI PATRÓN.

UN RATO MAS TARDE

¿NO VINO ESE MOZO COSTANTINO RONCAFORTE? ¿CÓMO ES QUE TARDA TANTO?

NO SÉ, SEÑOR...

¡AHÍ VIENE, JEFE, AHÍ VIENE!

¿POR QUÉ DIABLOS HA TARDADO TANTO?

¿Y MAS PRONTO QUIERE? TUVE QUE IR A PIÉ PORQUE YO NO SE IR EN BICICLETA...

!

DANTE QUINTERNO

CORREO CINEMATOGRÁFICO

Por KING

★ Si utilicé los servicios de aquel secretario relámpago, no creo con ello haber tomado una medida inconsulta ni lesionar la indiscutible suceptibilidad de mis lectores, ni provocar celos injustificados entre mis lectoras, celos que por otra parte huelgan, ya que el pobre Terencio ha emigrado. Por todo lo cual, soy yo quien deja sentada una contraprotesta.

a **Pelusita.**



Maurice Chevalier, el afortunado francesito, ha resuelto triplicar su sonrisa en vista de la gran aceptación que tiene. En "Una hora contigo" vuelve a aparecer con Jeannette Mac Donald, con quien hizo su debut en el cine.

★ Particularmente, tu escrito me parece una tontería. ¡Eso de que un hombre se ponga a dar consejos a las muchachas casaderas! ¡Vamos! ¡Si sabrán ellas lo que hacen...! ¡Y lo que harán... y lo que no deben hacer...!

a **Emilio A. Pérez.**

★ Aunque no conozco personalmente a **CLARK GABLE**, puedo asegurarte por las referencias que de él tengo, que vive con bastante modestia, sin aparatosidad ni exhibicionismo. Lo único que muestra con frecuencia (y esto porque no puede evitarlo) son sus muy respetables orejas que parecen las alas de un avión...

a **Lucía.**

★ **The marriage playground** con **MARY BRIAN, FREDRIC MARCH y LILYAN TASHMAN,** fué pasada aquí con el nombre de **Huérfanos del divorcio.**

a **Dear.**

★ A **WALT DISNEY** puedes escribirle a **R. K. O. Pathé Studios, 780. Gower Street, Hollywood, California.** Como ves, aunque tú me tratas de "usted", yo te tuteo, porque así me resulta más cómodo, más fácil y, por sobre todo, más de acuerdo con el carácter nada solemne de esta página.

a **Rubita.**

★ Mira; a **BARRY NORTON** puedes escribirle a **Paramount Studios, Hollywood, California.** De lo que no te respondo es de que si la recibirá o no, porque como él trabaja de desocupado, a lo mejor ya no está allí...

a **Rulito, de Gálvez.**

★ Visto y considerado que tú eres una dama, y teniéndome yo por un caballero, voy a darte la razón en el asunto de **"El jorobado de Notre Dame".** Ya ves, pues, que no quiero pelear. Y en cuanto a mi pobre y fugaz secretario, no temas, que no habrá de contestarte más. El infeliz se fué, o, mejor dicho, "lo fuí", por razones que ya tú conoces...

a **Heidita.**



Greta Garbo, la estrella cuyo viaje a Suecia fué la comidilla de los principales círculos artísticos de Hollywood.

Frances Dee, una discreta damita joven que ha tenido gran aceptación en las parlantes.



Frederic March, galán de relativos méritos, cuya actuación en "El hombre y el monstruo" no satisfizo tanto como la versión muda que John Barrymore nos diera hace algunos años con el título de "El hombre y la bestia".



Sylvia Sydney, que ha finalizado "El hombre milagroso" haciendo el papel que Betty Compson desempeñó en la versión muda al lado de Lon Chaney y Thomas Meigham.

Carol Lombard y William Powell forman un matrimonio feliz. O, por lo menos, así lo hace suponer el hecho de que aún no estén divorciados.

★ ¡Qué fósiles me haces remover, hijito! Aquella rubia que tanto trabajó con **JACK PICKFORD,** se llamaba **LUISA HUFF.** Y que Dios te conserve los recuerdos.

a **Hijito.**

★ A Pedrito Quartucci escríbele al teatro Maipo, Esmeralda 443. Es argentino, y que yo sepa, ha filmado sólo una película, **Las luces de Buenos Aires.** En cuanto a todos esos datos, pregúntaselos a él en la carta. Son detalles demasiado íntimos para que yo los conozca...

a **Nieta 9999 de K.**

★ Puedo asegurarte que **MONA MARIS** que, al igual que Cristo, murió y resucitó; **nació en la provincia de Buenos Aires,** aunque no sé en qué pueblo. Sin embargo, su nombre verdadero es **María Rosa Amidee Capdevielle.** Y en cuanto a tus censuras, las considero justas. Estoy perdiendo mi personalidad, porque contesto lo más seriecito; lo hago antes de que pase un mes, y hasta cometo la tontería de elogiar a **GRETA GARBO.** ¡Caramba! ¡Ya ni justicias me dejan hacer!

a **Ricardo B.**

★ El nombre del esposo de **CONSTANCE BENNETT,** ex consorte de **GLORIA SWANSON, es Jaime Enrique Le Bailly de la Falaise de la Courdray.** ¡Psss! ¡Tanto por llamarse algo! ¡Y aún hubo quien se quejó de los nombres de mi pobre ex secretario!

a **Lola Prados.**

★ Veo con profunda pena que has interpretado erróneamente mi respuesta. No va encerrada en ella la intención de desanimarte ni de ofenderte. He querido, simplemente, decirte que me es imposible hacer lo que me pides, por razones que tú, ajeno por completo al periodismo, ignorarás. ¿Qué no te lo he dicho con seriedad? ¡Pase! ¡Pero te lo he dicho! Además, recuerdo que me decías que todo principiante necesita un poco de publicidad. De acuerdo. Pero esa publicidad hay que pagarla. No a mí, por supuesto, ya que demasiado saben los lectores que jamás he cobrado nada. En Hollywood, por ejemplo, las compañías descuentan a sus actores un elevado porcentaje de su sueldo para esa propaganda. Y si en el **"Photoplay"**, en el **"Screenland"** o en el **"Motion Picture"** aparece un artículo elogioso o bombístico, sobre tal o cual actor, ¿quién crees que lo paga? ¿La compañía cinematográfica? ¡No! ¡El actor mismo! Aquí aún no estamos acostumbrados a eso, porque el cine es demasiado parvulillo aún, cosa que yo aprovecho para dar a mis lectores referencias sobre una **JOAN CRAWFORD** o un **CHARLES FARRELL,** que son tipos conocidos y que me interesan, en lugar de hacerlo sobre un **Juan Pérez** desconocido que no interesa a nadie.

a **Second King.**

★ **RODOLFO VALENTINO** nació el 6 de mayo de 1895 y murió el 23 de agosto de 1926. Pero créeme que no descansa tan en paz como tú supones, pues cada dos o tres semanas es necesario montar guardia en su tumba, por haber sido ya varias las personas sorprendidas tratando de abrir la cripta que guarda sus restos, sin duda, con la intención de robarle algo. Pero como hasta ahora, excepción hecha de la tranquilidad, no le robaron nada, no sería extraño que un buen día el propio Valentino se levante de la tumba, y furioso exclame: **"Pero, señores! ¿Me van a dejar dormir tranquilo, sí o no?"**

a **Ernesto Guaspo.**

★ De esos tres actores, **RAMON NOVARRO** es el que más me agrada para las escenas de amor. ¡Hay que ver cómo entorna los ojos y entreabre los labios cuando besa! ¡Ya quisiera **GRETA** poder hacer lo mismo! No; no creo que la sueca se haya retirado del cine. Le gustan demasiado los dólares... Aunque de distinto carácter, **La gran jornada** me pareció muy superior a **Sevilla de mis amores.** En cuanto a ese amor a la distancia que sientes por **ANITA PAGE,** te aconsejo que te lo quites de la cabeza, o, mejor dicho, ¡ay!, del corazón. Y si no lo consigues hazte monje, como hizo el último amante que tuvo Mata Hari.

a **Goyoy M.**

★ Ondas del Danubio y Danubio azul son los valses que MARLENE ejecuta en Fatalidad.

a P. T.

★ NORMA SHEARER hace siete años que está contratada por la Metro, GRETA GARBO otros siete, JOAN CRAWFORD cinco, MARIE DRESSLER cuatro y RAMON NOVARRO cinco. El prisionero de Zenda fué la primera que filmó este último, quien tenía 28 años de edad cuando hizo Scaramouche. Considero que la Metro Goldwyn Mayer es la compañía que mejores producciones tiene en la actualidad. Ya he visto tus dibujos y estoy convencido de que no son calcados. Es imposible calcar tan mal...

a Hovoy.

★ ¡Pobre mi secretario! ¡Qué tarde le llega la gloria! ¡Ahora que el pobrecito se he marchado, todas las lectoras quieren conocerlo! Lamento mucho, Enriqueta, no poder darle ese abrazo tuyo de que hablas, porque, ¿cómo he de darle a él lo que yo no recibo?

a Enriqueta.

★ JACK HOLT hace de jefe en La escuadrilla de la muerte con RALPH GRAVES y LILA LEE. MARIA ALBA se llama, en realidad, María Casajuana. ¿La mejor forma de obtener fotos de actores de cine? Ir a Hollywood a comprarlas o escribirles a ellos incluyendo en el sobre el importe necesario para la remisión. Como ves, no es muy difícil que digamos...

a Ofic. de C. I. T. A.

★ ¡Estas margaritas silvestres cuando se ponen a hacer chistes, resultan más graciosas que ANITA PAGE en un papel dramático! Imagínense que ésta me pregunta cuándo nació NOVARRO y si MONA MARIS ha muerto! ¡Vamos! ¡Que después de esto me vengan diciendo que Buenos Aires es una ciudad triste!...

a Margarita silvestre.

★ Ese modelo de carta que me envías es magnífico, tanto que pienso publicarlo aquí varias veces. A JOAN CRAWFORD y DOROTHY JORDAN puedes escribirle a Metro Goldwyn Mayer Studios, Culver City, California y a BEBE DANIELS a Radio Pictures Studios, 780 Gower Street, Hollywood, California. Por lo de JOAN, no te aflijas, pues ni ella ni ninguna actriz contesta su correspondencia personalmente. Para eso tiene empleados con sueldo.

a Crozy about E.

★ JANET GAYNOR, NANCY DREXEL, BARRY NORTON y CHARLES MORTON son los personajes principales de Los cuatro diablos.

a Un asiduo lector de M. A.

★ Lo que tú adivinas lo adivinan también todas las demás lectoras. ¡Es ya tan conocida mi "buena voluntad" y mi "paciencia"! ¡Pero qué remedio me queda si mía es la culpa por haber tenido la luminosa idea de satisfacer las preguntas de los lectores! ¡En fin! Ahí va el modelo de carta que me pides:

Dear Clive; may I apply to you, the most attractive movie star I have seen in pictures, and hope you to be so kind as to favour me with one of your photos? Will any of your greatest argentine admirers have the pleasure of getting it? If afirmative you can be sure I shall appreciate this, same as much as your wonderful talent on the screen. (Firma) Todo lo cual sirve para pedirle su foto diciéndole de paso que es un pebete macanudo.

a G. ahora B.

HABLAN LOS LECTORES

Tal es el título de la nueva sección que hemos inaugurado especialmente dedicada a los lectores. Pero ha sucedido algo que no esperábamos. Son muchos los lectores que hablan, aparte de que lo hacen "largo y tendido". Tal procedimiento, como se comprenderá, redunda en perjuicio de ellos mismos, ya que el largo espacio que ocupan sus protestas y opiniones en general impide que éstas aparezcan en gran cantidad. Rogamos, por lo tanto, un poquito de economía en las palabras. Necesitamos el resumen, la síntesis de un parecer. De esa manera todos podrán escribir y nadie habrá de quejarse porque su colaboración tarda en aparecer.

He ido a ver "Tarzán, el hombre mono". Una buena película, original interesante y que deja al espectador satisfecho en parte. Y digo en parte porque lo que no me satisfizo fué el precio que tuve que pagar. ¡Tres pesos! Que hayan cobrado esa suma por "Sin novedad en el frente", "Alta traición" o "Luces de la ciudad", lo admito. ¡Al fin esos son verdaderos monumentos del cine! ¡Pero, por "Tarzán!... ¡Vamos, señores comerciantes, no exploten al "respetable" con tanta audacia!...

(Antonio Lolleto)

Me enemisté con una amiga porque se atrevió a decirme que Norma Shearer hacía en "Vidas privadas" cosas "non sanctas". Pero luego de ver la película le fuí a pedir perdón...

(Aurelia del Priore)

Los detractores de Greta Garbo me recuerdan a esas personas que prefieren un verso de un poeta de la nueva sensibilidad a los poemas de Campoamor. Rechazan lo que no comprenden...

(Hilario H. J.)

Señor King; yo no voy a protestar. Ahora sólo quiero felicitarlo por haber creado esta sección que nos brinda a nosotros, los lectores, la oportunidad de desahogar un poquito esa rabia que a menudo nos producen ciertos "proyectos" de películas interpretadas por "esbozos" de actores y de actrices...

(Pascual M. Montes)

¿Nunca se les ha ocurrido pensar en la enorme ayuda que para nosotros, los que estudiamos inglés, representan las películas parlantes? Ahora ya no decimos, "All right" sino "Okay" ni decimos "Yes" sino "¡Yea!" A la verdad, lo único que lamento es el elevado precio de estas lecciones, amén de lo amargados que a veces salimos con ciertas cintas.

(Eugenio Fuencada)

¿Por qué se le ha hecho tan poca publicidad a "París mediterráneo", siendo como es una película soberbia? En cambio, ¿por qué "Susan Lenox", "El pecado de Madelón Claudet" y otras cursilerías por el estilo fueron puestas en todo momento ante los ojos del espectador?

(Héctor Donadío)

"Frankestein" ha sido este año el drama que más gracia me ha causado. Constante Bennett, Marian Marsh y Gary Cooper me han desencantado en todas sus producciones.

(Elvira Lozano)

He advertido, con verdadera alegría, que han desaparecido de esta página esos lectores y lectoras que querían convertirse en "estrellas", marchar a Hollywood, cenar con Greta y ganar veinte mil dólares por semana. Francamente no se si endosar al amigo King tal milagro o creer que ellos solitos se han dado cuenta de las barbaridades que decían.

(Rosita Fergon)

En los años que llevo asistiendo al cinematógrafo, jamás he visto un actor más cursi que Robert Montgomery. ¿Qué ven en él de bueno para que se haya hecho tan popular? ¡Si hasta cuando sonríe me dan ganas de pegarle por atentar contra la estética facial!

(Carmen Juventas)

NUESTRO NUEVO



UNA MUJER EN LA

NOVELA DE

Percival Christopher Wren

CAPITULO I

CÓMO FUERON DESCUBIERTAS ESTAS MEMORIAS

Hace algún tiempo recibí una carta de Bélgica firmada "Mary Ambree" — seguramente un seudónimo — en la cual la remitente me decía que durante cinco años había servido en las filas de la Legión Extranjera como simple legionario, y que parte de ese tiempo había llevado un diario, escribiendo luego sus memorias.

El objeto de su carta residía en la pregunta de si yo estaba dispuesto a editarle sus memorias y hacer los arreglos para su publicación, siempre que las encontrara de interés y que tuviera la convicción de que el documento era genuino.

Luego de habernos cruzado algunas cartas, convinimos en que yo arreglaría sus memorias para darles forma de libro.

De una cosa me convencí desde el principio, y ello era la completa autenticidad de su diario y memorias, en cuanto se refiere a que pertenecieron y fueron escritas por un legionario.

Y cuando hube terminado de leer estas páginas, me convencí que su autor era una mujer, cosa que luego tuve la oportunidad de confirmarla.

EL AUTOR.

DEBI haber nacido varón. La historia de mi vida gira alrededor de esto y debe ser tenido en cuenta por todas las personas que sientan interés en leer este relato, si es que mis actos pueden llegar a ser comprendidos, o, por lo menos, creídos.

Fuí un bebé robusto, y luego una criatura fuerte, de contextura hercúlea, voz áspera y temperamento varonil.

En parte porque era tan parecida a un varón, y en parte porque casi podría decirse que vivíamos sobre el caballo, fuí vestida siempre igual que mis hermanos, sin que en nada me diferenciara de ellos.

Creo firmemente que si alguna vez mi padre distrajo su pensamiento sobre el particular, fué bajo la impresión de que tenía cuatro hijos y sin preocuparse en absoluto por quién era el menor.

Tampoco estoy segura de que ninguno de nuestros huéspedes — y los teníamos en gran cantidad, que venían aprovechando las temporadas de caza y de pesca — podría haber apartado la niña de entre los cuatro vástagos del dueño de casa, ya que todos, con igual maestría que cualquiera de los invitados, podíamos montar a caballo, pescar, lanzar flechas o mezclarnos en las correrías.

Sin embargo, el problema del sexo halló cabida en mi mente inculta a una edad relativamente temprana, pues había algo que mis hermanos no querían hacer, simplemente porque yo era mujer. No querían enseñarme a boxear, ni boxear conmigo una vez que yo hube aprendido por mis propios medios, habiéndome dedicado en cuerpo y alma, ayudada por un libro, una bolsa de arena y un par de guantes. Tampoco ninguno de ellos quiso aceptar seriamente mis desafíos, ni defenderse de otro modo que no fuera burlescamente y sonriendo cuando yo lo atacaba.

Lo mismo ocurría con los otros niños, amigos de mis hermanos, y con Tomás Hogan. Yo era una niña, y simplemente porque lo era y no por ninguna otra razón, me veía privada de practicar ese deporte. De todos modos, creo que éste fué el único que dejé de lado. En cuanto a los demás, era yo tan buen varón al practicarlo como cualquiera.

Así que cabalgué, corrí y trepé, peleé, me burlé y luché con los demás, sin conocer otra vestimenta que un sweater y unos breeches. Tomaba parte en las correrías, en las partidas de caza y de pesca, y adoré a Tomás Hogan con todo mi corazón y toda mi alma.

Diré algo de Hogan. Los primeros recuerdos los conserva mi memoria alrededor de mi casa, y más tarde de Irlanda, y cuando él jugaba al "caballito" conmigo y los demás chicos. Y lo veo ahora como en aquellos días cuando, colocándose una pequeña montura en la espalda y ajustándosela a su cuerpo, se ponía en cuatro patas para hacerme dar un paseíto.

Luego recuerdo cuando formé parte de una cacería y traté de seguir de cerca su galope en mi pequeño pony. ¡Simbólico! He seguido a Tomás Hogan toda mi vida.

Cuando estaba atravesando ese período inevitable por el cual pasan todas las jovencitas en edad escolar, que creen haber encontrado el verdadero amor enamorándose de un príncipe azul de novela, Hogan fué mi héroe impecable, mi príncipe, aquel que nada malo podía hacer. A medida que iba saliendo de ese estado de crisálida, gradual y dolorosamente me daba cuenta de que mi príncipe hacía muchas cosas mal...

Cuando mi padre dijo que yo había pasado mucho tiempo dedicada a las travesuras y andanzas de los varones, y que había llegado el momento de que me convirtiera en niña, fué como recibir mi sentencia de muerte. Tendría que ir a un convento belga donde mi madre — que falleció al darme la vida — había sido educada.

La vida en el convento era, para mi temperamento, la más terrible que pudiera imaginarse. No tengo palabras de reproche para el convento ni para las hermanas; pero sí podría decir algunas bastante fuertes contra la crueldad de arrojar de improviso a una escuela de niñas, bajo una severa disciplina, a un varón (como casi lo era



yo) criado al aire libre, voluntarioso e impetuoso en todos sus actos.

Cada una de las cláusulas del reglamento se me antojaba una orden estúpida, una barrera imperdonable contra la libertad natural... Todo ello hubiera contribuído a acrecentar la pesadumbre de otra chica; para mí, era sencilla y llanamente una prisión.

Parecía como si nada pudiera hacer bien, y que todo estaba mal, desde mi cabeza hasta los pies. Malos eran mis pensamientos, mis palabras y mis actos; malos mi mente, mi cuerpo y mi alma. Como lo odiaba todo, odiábame a mí misma y todo lo que tenía que hacer.

Por primera vez en mi vida tuve que usar

FOLLETIN

LEGIÓN EXTRANJERA



prendas femeninas y portarme como lo hacen las niñas. Fué mientras estuve en el convento que se produjo la crisis. Si las vacaciones no hubiesen estado ya próximas, o me hubiera hecho expulsar del convento o no hubiese esperado a que me expulsaran. Mi padre se encontraba alojado en el Curragh, así como también dos de mis hermanos, estando los otros dos en Sandhurst, el colegio militar británico. Hogan había caído en desgracia. En su regimiento se había descubierto un desfalco cuya investigación llegó hasta él; además, había estado bebiendo desenfrenadamente. Le habían permitido que renunciara a su cargo, y luego había desaparecido. Le escribí varias cartas, pero sin obtener contestación.



Durante algún tiempo alimenté la idea loca de rehusar quedarme en el convento, después de la desgracia que había caído sobre Tomás, cuya consecuencia fué su desaparición, a fin de dedicar el resto de mi vida a buscarlo. Empero, hay un límite hasta para la locura de una chicuela tonta, y en parte debido a que no tenía la más mínima noción por dónde empezar o la idea más vaga sobre su posible paradero, decidí ahogar mi congoja y retorné al convento.

Si no hubiera regresado, es probable que nunca hubiera ingresado en las filas de la Legión Extranjera, pues las vacaciones que siguieron las pasé en un "chateau" francés que pertenecía a la familia de una de mis amiguitas del convento, Amalia de R., y allí fué donde conocí a René, su hermano.

Él también estaba en su casa aprovechando las vacaciones del colegio militar de St. Cyr, y su cortés altivez se transformó pronto en algo muy diferente cuando se dió cuenta de que yo era tan buena tiradora y jinete como él mismo.

Yo constituía para René algo nuevo en la variedad de jóvenes que conocía, y la noche anterior a la partida de Amelia y mía para la escuela, muy formalmente me declaró su amor. Como yo era bastante más desarrollada que él y me llamaba su "palomita", me pareció que todo era muy gracioso, y la única emoción con que tuve que luchar fué con la de un violento acceso de risa.

Por suerte, René no llegó a descubrir mi secreto y creyó en la mentira de que yo tenía el corazón destrozado por un cariño que no había logrado olvidar aún...

Después de esto, regresé al convento. Llegaron nuevamente las vacaciones y volví a mi casa. Estaba contenta de estar en mi hogar otra vez, pero extrañaba mucho a Tomás.

Poco después estalló la guerra europea y se presentó mi oportunidad. Gracias a la influencia de mi padre, pude llegar a Francia y a la zona de peligro en calidad de conductora de ambulancia, prestando mis servicios durante todo el tiempo que duró la guerra.

Y una vez más logré encontrar a Tomás Hogan. Él se había alistado cuando estalló la guerra, había sido ascendido a sargento poco tiempo después, y en 1915 consiguió el grado de oficial. Estando de licencia me encontré varias veces con él, y a medida que aumentaban los esfuerzos que cada hombre debe rendir en la vida de trinchera, era evidente que Tomás comenzaba a flaquear de nuevo.

Los ascensos se sucedían, y finalmente obtuvo el grado de mayor; pero cada vez bebía más y más, y luego sobrevínole la segunda catástrofe, de la cual me enteré por otro oficial. La historia no tenía nada de bonito. Tomás, borracho, había ordenado mal una exploración nocturna y sacrificó inútilmente gran número de vidas. Después de esto, desapareció.

No volví a saber nada de él, sino hasta después que se hubo firmado el armisticio. Me escribió que iba a abandonar su escondite, para alistarse en la Legión Extranjera y encontrar la muerte y el olvido, o una nueva oportunidad para redimirse. Me contestó el cablegrama y la carta que yo le mandé, diciéndome que estaba dispuesto a encontrarse conmigo tan pronto como yo fuera licenciada.

Por lo visto, no se sentía dispuesto a hacerlo, pero experimentaba que al menos algo me debía y que estaba dispuesto a obedecerme. Eso fué lo que él me dijo en su carta.

Después escribí a René, y al fin, después de una serie de discusiones y reyertas, salí con la mía, pues había decidido alistarme en la Legión Extranjera — como hombre — con Hogan.

René, al saberlo, me dijo:

— Te has enloquecido por completo y no debiera ayudarte; pero como sé que la farsa no durará mucho tiempo y como además te considero muy capaz de cuidarte por ti misma...

Y Tomás Hogan:

— ¡Es una locura! ¡Qué se podrá esperar de una lunática!... Yo no debería ayudarte, pero no puedo substraerme. De todas maneras, serás descubierta y no veo qué es lo que te pueden hacer cuando se den cuenta de que eres mujer...

Y luego:

— ¡Una mujer no puede hacer eso, sencillamente!



PERCIVAL CHRISTOPHER WREN, el famoso autor de "Beau Geste", la novela cuya adaptación cinematográfica obtuvo éxito mundial, firma nuestro nuevo folletín.

Podré olvidar muchas cosas, pero hay algo que he de recordar siempre: la hora que pasé en el Gare de Lyons, esperando la llegada de mis dos hombres. Ambos deberían venir, pues de otro modo fracasaría mi plan y me vería privada de mi gran aventura.

De repente, lo vi a Hogan. Mal vestido y andrajoso, parecía un vagabundo Su aspecto no lograba ocultar la clase de aquel hombre, aunque me vi obligada a admitir que se encontraba bastante derrotado desde la última vez que nos habíamos visto. Parecía estar sereno, aunque estaba completamente ebrio.

— ¡Buenas, Tomás! — le dije como a un camarada de guerra.

(Continúa en la página siguiente)

DON PÁNFILO Y SU PERRO ADOLFO

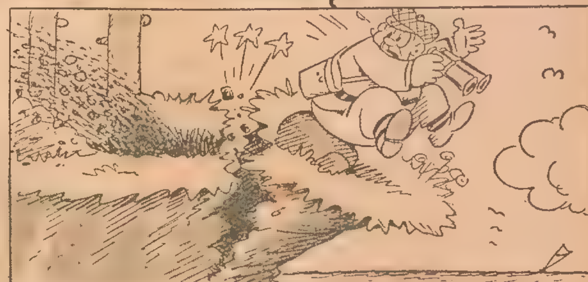


















—¡Gran Dios!... ¡Elegante traje masculino! ¡Sombrero y bastón para completarlo!... ¡Y yo que estaba esperando a una joven! .. ¿Así que tú vendrás hasta Marsella conmigo?

—Sí. Y más allá aún, si René llega a venir.

En ese momento vi que éste se acercaba al lugar donde nos encontrábamos. Excelente y digno de confianza este René. Todo un caballero.

Él también demostró sorpresa cuando le dirigí la palabra.

—Ahí tienes — dijo alárgandome un sobre — y no te olvides que tu nombre es X... Tampoco olvides de practicar tu firma, ni tampoco que alguien será arrestado como desertor si tú no presentas esos papeles en el fuerte de St. Jean antes de que hayan transcurrido dos días.

—¿Tú mismo pasaste por la revisión médica, René? — le pregunté. — ¿O mandaste a algún otro?

—Nada le importa a usted, monsieur X... Alguien pasó por todo eso y salió con esos documentos.

René nos acompañó hasta el tren, y mientras estábamos junto a nuestro coche dormitorio:

—¡Adiós! ¡Oh, amigo! — me dijo. Luego me dió un fuerte apretón de manos, evitó besarme y se fué.

Como caballeros, Tomás y yo viajamos hasta Marsella con todo confort. Al abandonar nuestro compartimiento, a la mañana siguiente, observamos la presencia de otro tren, de cuyo coche de tercera clase salía un contingente heterogéneo de hombres sucios y barbudos; hombres cuyo aspecto revelaba el trajín del viaje y que pertenecían, sin duda, a una clase muy pobre y desamparada.

—¡Nuestros futuros compañeros de armas! — díjome Hogan, mirando con algo de disgusto a esa masa de hombres sucios y desgreñados. — Oye, no vamos a marchar por las calles en esa compañía — me dijo luego.

—No. Los seguiremos a una distancia conveniente y observaremos adónde van.

A la mañana siguiente, Hogan y yo nos dirigimos al fuerte de St. Jean, adonde él había sido enviado desde París. Este fuerte donde se hacía la clasificación de las tropas destinadas al ejército africano, resultó ser una fortaleza medioeval rodeada por el mar, tétrica, húmeda y de aspecto repulsivo.

Habiendo sido empujados bruscamente dentro de una oficina, nos encontramos frente a un hombre de aspecto muy importante que se encontraba sentado a una mesa, y en seguida nos dimos cuenta que ese hombre era un "adjudant" de la Legión.

Después que esa persona hubo examinado mis documentos, me ordenó con voz estentórea que firmara otro, y yo, para poder hacerlo, deposité mi pequeña valija sobre la mesa. ¡Fué como colocar un trapo rojo frente a un toro! La gentil criatura se levantó de un salto y lanzó un rugido terrible. Con el rostro violáceo, las venas del cuello hinchadas, los ojos queriéndosele escapar de las órbitas, los dientes apretados y los bigotes temblándole por la ira que lo dominaba, de un manotón se apoderó de mi inofensiva valijita, la levantó en alto, y con una maestría y violencia única, la arrojó por la puerta abierta, yendo a dar contra la pared del corredor.

El oficial y caballero sacudió luego sus puños temblorosos cerca de mi desdeñosa nariz, explotando en una erupción de vituperios e insultos tales, que mi mano sentía deseos ardientes de abandonar su puesto junto a la franja del pantalón para caer sobre la cara bestial de ese individuo; pero antes de que tuviera tiempo siquiera de hacer un ademán, sentí la fuerte presión en mi muñeca de la mano derecha de Hogan, que, seguramente, adivinando mi intención, trataba de sujetarme.

Dije mal: fué su mano izquierda la que me sujetó. Justo en ese momento Tomás se desató en un torrente de palabras, disculpándome ante el "adjudant" por mi manera de proceder, mi ignorancia y hasta mi presencia misma.

Después le dijo claramente que yo era un tonto, como todos los ingleses, y que él, un irlandés, se había presentado como recluta por el amor que sentía hacia la bella Francia y a su maravillosa Legión Extranjera.

Todo quedó arreglado. Se me permitía seguir viviendo... Pero hasta el día de hoy pienso con terror cuán cerca estuve de abofetear la cara de ese "adjudant" francés y tener que pasar una larga temporada en una prisión o servir en un batallón disciplinario.

(Continúa en el próximo número)

UN HOMBRE HONRADO

(Continuación de la pág. 5)

al patio a tomar un poco de aire para despejar mi cabeza. Me senté en un banco, alejado de todos. Me estaba reponiendo de las emociones sentidas hacía un instante, cuando vi que se acercaba a mi lugar un bulto blanco que fué tomando, al aproximarse, la forma de un ser humano. Cuando lo tuve a mi lado, reconocí claramente que se trataba de don Mariano. Me imponía silencio con un gesto severo y enérgico. Movía los labios como si hablara. Tomó asiento en el posamano del banco y echándose sobre mí, me dijo casi al oído:

—No te asustes. Soy yo, don Mariano, el mismo que en la sala están velando muerto. Soy el alma de don Mariano, el hombre más honrado que vivió entre los hombres. Por un permiso especial, a los hombres honrados se nos concede, después de muertos, una hora para vagar entre los asistentes a nuestro velorio. Debemos informar en nuestro último juicio cuál ha sido la utilidad de nuestra vida: tú sabes cómo ha sido la mía. No creo que otro hombre pueda decir, como podía hacerlo yo, que jamás ha tomado algo que no le perteneciera. Fuí, además de honrado, generoso. Fuí buen marido y excelente padre. Tengo la seguridad de que jamás quité el pan a nadie, y, muy al contrario, he ayudado a más de uno a que lo tuviera. Sin embargo, ahí tienes mi premio: los dueños de la casa donde trabajé toda la vida son ricos, y en lugar de agradecerme lo que por ellos hice, exclaman que les robé para levantar mi casa. No creen que yo pueda haber ahorrado algún dinero para construír mi ranchito. Aquellos a quienes ayudé, porque no les dí más de lo que pude, gritan de que fuí un egoísta y un avaro. Hoy que esperaba sentir elogios y lamentaciones sinceras para marcharme tranquilo a descansar eternamente, me encuentro con que todos tienen algo que reprocharme y nadie nada que agradecerme. Nadie sabe que he estado escuchando sus conversaciones. No les digas nada de mi presencia: no te creerían. Guárdate para ti solo esto que te digo: no seas nunca honrado ni generoso. Cuando tengas la oportunidad de guardarte el dinero ajeno, guárdatelo. Si no lo hicieras, dirían que fué porque no pudiste, no porque no quisiste. Ahora comprendo el error de mi vida. ¡Lástima que es tarde para enmendarlo!

"Yo debí haber amasado una fortuna para luego comprar mi título de honrado. En cambio, he acumulado sólo honradez, y ella no sirve para nada; ni siquiera para conquistar el aprecio de la gente. ¿Crees que mis hijos, que son tan buenos, no me hubieran agradecido más una buena fortuna que una buena reputación?... Pero nada más puedo decirte: ya termina mi hora de permiso. El tribunal que ha de juzgarme allá arriba debe estar reunido. No quiero hacerlo esperar: sería una descortesía. ¡Ojalá que ellos me comprendan mejor que los hombres y me señalen un lugar donde pueda pasar la vida de mi muerte con toda tranquilidad, cerca de aquella que fué mi compañera en la vida! Si no lo consigo, trataré de hacer alguna trampa para lograrlo. Fuí un hombre honrado; no quiero que mi alma también lo sea. Adiós, amigo mío, y no digas a nadie que después de mi muerte has escuchado mi voz. Te dirían que estás loco de remate.

Desapareció instantáneamente. De pronto, sentí que me sacudían por los hombros. Cuando desperté, frente a mí estaba el hijo mayor de don Mariano:

—¡Vamos, que te vas a resfriar sentado aquí a la intemperie!

Me levanté como atontado, y después de tomar una taza de café, fuí hasta la capilla ardiente. Me acerqué al cajón de don Mariano y me pareció que ahora había en su gesto inmóvil una sonrisa de picardía que no le había visto cuando me acerqué por vez primera.

FIN



Pago Chico, 29 de Julio.

Querido Venancio:

Cha digo... ¡y no saber pintar como ese mocito Velázquez o el "Rembrante" tan mentao aquél!... Viera, Venancio, lo que son estas noches camperas. No he podido resistir a las ganas de hacerle un apuntecito pa' mandárselo; y créame, Venancio, que siento que mi verba no pueda completar la imágen con una descrición... Juera, el viento chiya como carreta reseca;... la yuvia castiga los campos y las casas;... hace frío... Dentro, el gato mimosea cerca 'el fuego, acurrucao, entredurmiéndose...

Hay rueda de amargos... Si faltase el mate de Flor de Lis... Pero no; no podría faltar en esa reunión. Ni en esa, ni en ninguna otra donde haya crioyos de ley... Êl, Venancio, ¡cómo anima las noches éstas de campo! Horas y horas van pasando, y él es el animador, el que pone en todas las bocas una satisfacción, en todos los espíritus un toque de otimismo, y lleva juerzas y energías a esos músculos fatigados por las largas jornadas de sol a sol arriando ganao levantisco...

Pero, Venancio, soy un pobre gaucho apenas, y no puedo meterm' en floreos con la verba... Y a Flor de Lis le hace falta un Hernández o un Estanislao del Campo pa' cantarle...

Pijamas y DELANTALES *que* REALZAN *la* GRACIA *de los* NIÑOS



1. — *Bonito delantal para niña. Las mangas cortas y abullonadas, del vestido que va debajo, son de organdí blanco y el delantal es de piqué amarillo pálido con el canesú, el gran bolsillo en el frente, y el ruedo de la pollera, de hilo floreado.*

2. — *Delantal blanco con un borde de hilo floreado sobre un vestido de seda rosa.*

3. — *Para niño es este delantal de hilo azul adornado con hilo floreado. Termina con tiradores que cruzan la espalda.*

4. — *Bonito pijama para niñas de linón rosa fuerte adornado con festón y bordados, hechos con seda blanca. La forma de las mangas resulta muy cómoda por la libertad de movimientos que confiere.*

5. — *Bonito pijama de seda adornado con el mismo género color crema.*

6. — *Muy original es este delantal blanco adornado con tussor floreado.*

7. — *Delantal de tussor blanco con adornos de tussor estampado.*

8. — *Pijama de género chemisier bleu, blanco y marrón claro, adornado con seda marrón.*

"LOS OJOS DE "ÉL" NO BUSCAN OTRAS CARAS

DESDE QUE SEGUÍ EL CONSEJO DE MI ESPECIALISTA DE BELLEZA"

Ella dice: "Comience esta noche misma! Dé a su cutis este tratamiento de belleza con este jabón de aceite de oliva. Verá como retorna su lozanía juvenil".



ADVERTENCIA... a las mujeres de todas las edades que saben (y a menudo olvidan) el hechizo de un cutis suave, seductor.

¡No lo olvide nunca! Recuerde que hay un medio muy sencillo para conservar la atrayente lozanía del cutis... para reconquistar el encanto que créese perder a medida que avanzan los años.

Tratamiento de Belleza

De mañana y por la noche antes de acostarse, con ambas manos, frótese bien la cara y el cuello con la rica espuma del Jabón Palmolive y agua tibia hasta que penetre bien en los poros. Enjuáguese con agua tibia, seguida de agua fría...

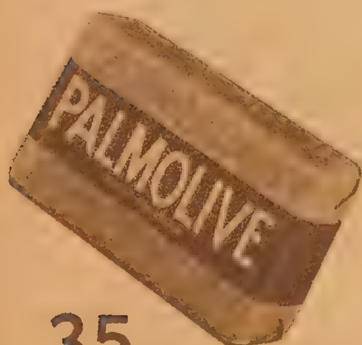
●

Los especialistas de belleza unánimemente lo aconsejan a su clientela. Nada es comparable al efecto cosmético, suavizante, del aceite de oliva que contiene el Palmolive.

Los químicos de Palmolive saben la proporción exacta de aceite de oliva requerida para que el jabón produzca un efecto genuinamente cosmético.

Recuérdelo: El verdadero jabón para embellecer el cutis tiene que contener un elemento cosmético reconocido para este fin. El ingrediente de belleza del Palmolive es el aceite de oliva. No espere resultados cosméticos de un jabón que no contenga la abundante cantidad de aceite de oliva que el Palmolive contiene.

Espere, anhele, confíe en los resultados notables del Palmolive. Compre 3 pastillas por $ 1.—, siga ese tratamiento casero y conservará su cutis juvenil.



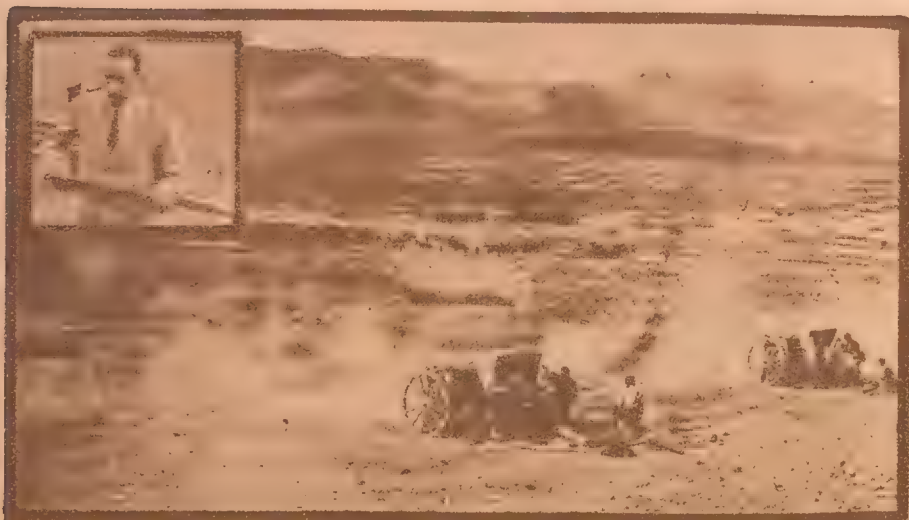
35 cts.
3 por $ 1.—

EXIJA ESTE OBSEQUIO

La próxima vez que usted necesite jabón de tocador, compre 3 jabones Palmolive por sólo $ 1.— y recibirá ABSOLUTAMENTE GRATIS un tubo mediano de Crema Dentífrica Colgate (valor 50 cts.)

Conserve ese Cutis de Colegiala

...Y EL REY ESTABA CAZANDO



Era en aquellos días aciagos, cuando las tropas españolas desplazadas en Marruecos, arrastradas por la intemperancia del general Silvestre, que obedecía a sugestiones de su monarca, Alfonso XIII, caía en la horrenda emboscada de Annual que costó al ejército español más de diez mil víctimas. La juventud española sufría entonces bajo el tórrido sol africano, las más duras pruebas... Y EL REY ESTABA CAZANDO.





En diciembre de 1930 suena el grito de Jaca. La guarnición de aquella pequeña plaza fuerte se levanta en armas contra la dictadura y el régimen monárquico. El primer chispazo para la proclamación de la república es ahogado por la fuerza. Un grupo de oficiales jóvenes, comprometido en el levantamiento, comparece ante un consejo de guerra, y los capitanes Galán y Martínez son fusilados sin piedad, no obstante los clamores del pueblo español, que pide clemencia... Y EL REY ESTABA CAZANDO.

En ese mismo mes se produce el levantamiento del aeródromo de Cuatro Vientos, que es sofocado. Un grupo de ciudadanos que, confabulados con algunas fuerzas armadas, estaban dispuestos a constituirse en gobierno provisional de la república, asumen la responsabilidad del movimiento fracasado, y son encarcelados. Entre ellos se encuentran Alcalá Zamora y otras personalidades cuyo arraigo popular permitía presumir la inminente caída del régimen monárquico... Y EL REY ESTABA CAZANDO.



Para defender la monarquía ante el clamor del pueblo español que, impresionado por aquel desastre pedía el esclarecimiento de las responsabilidades, se produjo el golpe de estado de septiembre de 1923. Primo de Rivera se proclamó dictador, iniciando, con este directorio militar, un gobierno anticonstitucional y arbitrario que habría de mantener a la nación, durante cinco años, en un mar de inquietudes... Y EL REY ESTABA CAZANDO.



Y llega el 13 de abril. El pueblo celebra frenético en las calles de Madrid el triunfo virtual de la democracia pronunciado en el acto electoral del día anterior. Aclama en ruidosas manifestaciones a la república, y presiente la caída irremediable de la monarquía, que ha de rendirse incondicionalmente y sin defensa posible al día siguiente, el histórico 14 de abril... Y EL REY ESTABA CAZANDO.



Presionado el dictador por las protestas de las masas populares, que veían cercenadas sus libertades, promueve Primo de Rivera la organización de fuerzas conservadoras y reaccionarias adictas, con el nombre de Unión Patriótica. Y en la fecha del 5º aniversario de la dictadura, las lanza a la calle como una demostración de fuerzas fascistas contra las agitaciones del pueblo, que ya se exteriorizan en huelgas y mítines... Y EL REY ESTABA CAZANDO.



Pero los partidarios del monarca depuesto suman un nuevo día de luto al drama del pueblo español. Tal el movimiento revolucionario que sorprendió a algunas ciudades españolas el miércoles de la semana pasada, y que en la capital de la Península tuvo por escenario la plaza Castelar, donde se hallan situados el Ministerio de la Guerra y el Palacio de Comunicaciones, que los militares sublevados intentaron asaltar. Fué una nueva jornada de sangre, de inquietud y de duelo... Y EL EX REY SIGUE CAZANDO.

LILIAN HARVEY *estuvo a punto de ser* RAPTADA

LAS estrellas cinematográficas son actualmente unas figuritas condenadas a que nada anormal les ocurra en la vida. No pueden ser víctimas de un robo ni sufrir un accidente ni cosa por el estilo. Si tal episodio sucediera, el público, escéptico por fuerza, no habría de creerlo. Tantas y tan raras cosas han sido dichas de las actrices, que cuando les acontece algo nada común, la exclamación con que la noticia se recibe es invariablemente la misma:

—¡Bah, es publicidad!

Tal fué, también, lo que en un principio se dijo cuando comenzó a circular el rumor de que Lilian Harvey, la famosa estrella de la pantalla, había estado a punto de ser raptada. El suceso ocurrió en Berlín, a raíz de haberse capturado a un componente de cierta banda de malhechores, que, a estar por sus declaraciones, tenía planeado el secuestro de varias distinguidas personalidades para luego cobrar el rescate, y entre las cuales figuraba, precisamente, Lilian. Empero los periódicos serios de Berlín se encargaron de afirmar la veracidad de tales rumores.

No escapará al criterio de nuestros lectores, muchos de los cuales habrán visto ya a Lilian actuando en la pantalla, que ella posee, en verdad, una figurita interesante y un rostro realmente bonito, por cuyo motivo, si bien es cierto que censuramos los proyectos de los secuestradores, hemos de reconocer, en cambio, que éstos poseen un innegable buen gusto.

Por supuesto, desde que tal descubrimiento fuera hecho, dos policías secretos guardan continuamente a la hermosa estrella cinematográfica. Acaso sea esta una precaución excesiva, pero de todos modos muy justificada.

Lo malo es pensar que nuestro público lector interpretará esta noticia como un simple pretexto de publicidad, ya que tal no es cierto.

Lilian había sido sindicada por dicha banda de malhechores como una de las futuras víctima que más beneficio pecuniario les proporcionaría, ya que pensaban pedir por su rescate una crecida suma de dinero.

Lilian Harvey, la inquieta heroína de "El vals del amor", "No regales tu corazón" y "A sus órdenes, princesa", en dos magníficas fotografías que ponen de relieve su belleza y su facilidad de expresión. Fuera de toda duda hubiera sido lamentable que algo le ocurriera a Lilian, precisamente en estos momentos en que con mayor éxito está logrando imponer su gracia inimitable y la bondad de su carácter interpretativo tantas veces admirado.

RIVER NO PUDO VENCER A ESTUDIANTES



Los matches que disputa en su field Estudiantes de La Plata, siempre cuentan con el concurso, estímulo y aplausos del elemento femenino, que se vuelca en gran número en las tribunas. En el partido con River Plate, el entusiasmo que éste supo infundirles a sus favoritos produjo el milagro de que el team empatara un partido, cuando puede decirse lo tenía perdido por 3 a 1.



Guaita, el veloz extremo izquierdo de Estudiantes, en el momento que pretende rematar un avance de su línea, se ve obligado a dar un salto para evitar lastimar al arquero rival, Poggi. Este, frente al peligro que significaba la acción decidida del forward, se arrojó decididamente a sus pies y así pudo salvar a su valla de una caída inminente. Cuello, Castro y Dañil, fuera de acción, esperan el resultado de esta incidencia emocionante.



En cierto momento, Manuel Ferreira, el popular insider platense, en poder de la pelota, arremete hacia el arco. Mas los jugadores rivales, Cuello y Dañil, le salen al encuentro y tratan de encerrarlo a fin de evitar que prosiga ganando terreno. El jugador platense, no obstante la obstrucción de los adversarios, consiguió desprenderse de la pelota y enviarla hacia el arco. Intervino entonces Iribarren y despejó la situación de apremio que aquél había creado para la ciudadela custodiada por Poggi.



El primer goal que conquistó Estudiantes se produjo cuando River Plate ya contaba dos en su favor. La sanción del tanto originó una serie de protestas por parte de los jugadores de ambos bandos. Esto motivó la suspensión del cotejo durante 25 minutos. En el grabado se observa al árbrito D'Angelis, protegido por la policía, en momentos que el entrenador de River Plate lo interpela en son de protesta. Zozaya también interviene en la incidencia.



Capuano, el arquero de Estudiantes, frente a un fuerte shot de Bernabé Ferreyra, logra, luego de avanzar unos pasos, apoderarse de la pelota. Para ello debe arrodillarse y así embolsa la pelota, anulando la violencia que la había impulsado a su arco. Esta jugada evitó un goal.



Este es el goal que produjo el empate, vale decir, el tercero de Estudiantes. Lo señaló el winger derecho, M. A. Lauri, merced a un bien dirigido shot a media altura. Los esfuerzos que realizó el arquero Poggi, que se estiró como una goma, resultaron infructuosos, pues la pelota llegó con violencia a la red. El entusiasmo del público se puso de relieve en renovadas manifestaciones de alegría, tanto por la forma en que fué conquistado el goal, como porque significaba el empate. Los platenses no vieron así derrotado a su cuadro.



La defensa de Estudiantes, en el momento que la línea de ataque rival lleva un avance. Frente a él, Pérez Escalá trata de anular un pase hecho por Arrillaga, a la derecha, cuando Nery y Riolfo están listos para intervenir. Bernabé Ferreyra espera, dispuesto a entrar en acción, el pase del winger, y Viola, por las dudas, también vigila al temible centro delantero de River Plate. Este avance, como puede comprenderse, por el despliegue de la defensa local, no tuvo éxito.



El delantero Arrillaga, que se rehabilitó en parte de su anterior actuación, sufrió un accidente. En poder de la pelota avanzaba, cuando tuvo un encontronazo con un adversario y cayó al suelo, presa de fuertes dolores, desvaneciéndose. De inmediato, el entrenador de su team corrió a prestarle auxilio. Lo mismo hizo el capitán Bonelli. Arrillaga reaccionó después de breves minutos y luego siguió actuando con bastante eficacia.

MEJICO, *la* CIUDAD *de las* IGLESIAS *sin* sacerdotes...

Una nota de **MIGUEL P. TATO**

Como muestra de las maravillas arquitectónicas en los templos mejicanos, véase esta puerta de la iglesia de la Santísima Virgen.

Una de las trescientas sesenta y cinco iglesias de Cholula, considerada como una de las más interesantes de la piadosa villa.



He aquí una humilde capillita de la capital mejicana, realzada por el majestuoso Popocatepetl al fondo.

DOSCIENTAS cuarenta y dos iglesias tiene la ciudad de Méjico... Basta enunciar la cifra, simplemente, para tener una idea de lo que significa una abundancia tal de templos en una metrópoli que no alcanza en extensión ni en población a la mitad de Buenos Aires. Pero habría que situarse en Méjico mismo para alcanzar la noción exacta de este hecho singular; para poder comprobar cómo no es posible situarse en ninguna parte de aquella ciudad sin tener a la vista una o más iglesias, pues hay lugares en donde los templos forman grupo, y, en general, dominan el panorama de la capital, como pude apreciarlo desde el campo de aterrizaje de la Pan American Airwys System, al bajar del avión que me trajo desde Buenos Aires.

Eso en cuanto a la cantidad. Pero vale la pena considerar, además, la calidad de los templos mejicanos, porque en este aspecto ofrecen también características notables, como que bien puede asegurarse que difícilmente haya en el mundo otra ciudad que tenga tantos templos, tan antiguos y de tanto valor arquitectónico.

Construídas durante los períodos de la conquista y la colonización, en su enorme mayoría, cada una de estas iglesias constituye un verdadero monumento de arquitectura, en que se puede apreciar claramente el esfuerzo y la decisión con que fueron levantados para que perdurasen a través de siglos y siglos.

Y es esa misma antigüedad secular la que les agrega otro valiosísimo elemento de interés, como es el de su tradición, pues en cada caso, estos vetustos palacios de la religión han ido convirtiéndose en verdaderas reliquias históricas por los sucesos o acontecimientos que en ellos se han desarrollado.

Y bien. Lo más notable, lo que más sorprende al viajero curioso que llega a Méjico y no puede menos que interesarse por tan numerosos y significativos monumentos, es una circunstancia singularísima, casi insólita: que en su casi totalidad, en esas iglesias no se da misa..., porque son iglesias sin sacerdotes. Porque de acuerdo con una recientísima ley del gobierno nacional, sólo puede haber 25 sacerdotes en toda la capital mejicana.

De modo que en Méjico han quedado doscientas diez y siete maravillosas iglesias sin sacerdotes...

EN LA CIUDAD QUE TIENE MAS TEMPLOS EN EL MUNDO NO HAY NI UN CURA...

Entre los curiosísimos detalles que pueden anotarse en la actual situación religiosa de Méjico, merece destacarse, especialmente, él caso de Cholula, pequeño pueblecito próximo a la capital, que puede citarse como un centro de fervor piadoso único en el mundo, pues cuenta con nada menos que trescientas sesenta y cinco iglesias...

Trescientos sesenta y cinco templos de todos tamaños y categorías, desde la opulenta catedral hasta la humilde capillita, contruídos y agrupados allí para poder festejar cada uno de los santos de cada uno de los días del año...

A todo esto, Cholula cuenta con una población que no alcanza a ocho mil almas.

Y ahora resulta que con la actual legislación mejicana, Cholula, que sólo tiene 8.000 habitantes, a pesar de sus trescientas sesenta y cinco iglesias, ¡no le corresponde ni un solo cura!...

Pero la buena gente de aquel lugar sigue concurriendo a la iglesia, a la espera de que se modifique la absurda ley.

UN ESTADO MEJICANO DONDE NO PUEDE HABER SACERDOTES SOLTEROS

Entre el Estado de Tabasco, siguiendo el espíritu imperante en la actual organización mejicana, existe una curiosa disposición legal, que hace de todo punto imposible el ejercicio de su religión a los sacerdotes católicos. Allí es obligatorio que todos los sacerdotes, sea cual fuere el culto a que pertenezcan, estén casados.

(Continúa en la página 61)



La catedral de Méjico, famosa por su riqueza, por su estilo y por hallarse construída sobre los cimientos del Gran Teocali del imperio azteca.



La famosísima iglesia de la Virgen de Guadalupe, situada en la villa del mismo nombre, que convoca anualmente memorables peregrinaciones.

En la PROVINCIA de BUENOS AIRES

LA PLATA
Los organizadores de la Exposición Avícola inaugurada en esta ciudad aparecen en la foto con algunas de las personas que concurrieron al acto inaugural.
Foto De la Mela





LA PLATA
Distinguidas señoritas que organizaron un concierto bajo los auspicios del Conservatorio Agostini, acto que se vió muy concurrido.
Foto De la Mela



LA PLATA
Lunch con que un grupo de sus amigas agasajó a la señorita Adela Leoni con motivo de su retiro del magisterio.
Foto De la Mela



ITUZAINGO
Grupo de alumnos del Conservatorio Buenos Aires, que dirige la señorita Amelia M. Martínez Justo, poco después del festival con que se inauguró el nuevo edificio de esa institución.
Foto Ferrandis



SAN NICOLAS
Los agentes de policía Germán González y Luciano Méndez y don Héctor Ardite, organizador de un homenaje a esos servidores de la ley que con riesgo de la vida detuvieron a dos asaltantes en esta ciudad.



MARCOS PAZ
Una parte de la concurrencia femenina que asistió al baile ofrecido por la colectividad francesa de ésta en ocasión de una solemnidad.
Foto Rivera



MARCOS PAZ
Lunch con que se obsequió a los asistentes al baile organizado por la colectividad francesa de esta localidad recientemente.
Foto Rivera

Los ATLETAS DEL MUNDO *en las* OLIMPIADAS *de* LOS ANGELES



El magnífico estadio en que se llevaron a cabo las Olimpiadas presentó el día inicial de los grandes torneos, un aspecto impresionante, según lo revela la presente fotografía. Un público considerable, que llenó por completo las graderías del estadio, asistió con emoción a la ceremonia del juramento olímpico, frente a la tribuna de honor y en presencia de todas las delegaciones, representadas en esas justas memorables de la destreza y del músculo. Entre ellas, como se sabe, figuró un núcleo de animosos muchachos argentinos con más corazón que experiencia; en la presente fotografía, ese conjunto figura en el primer plano, indicado en el grabado por una flecha y una línea de puntos. Sobre el pórtico de entrada, una leyenda del barón de Coubertin, por cuya iniciativa se restablecieron los juegos olímpicos, dice así: "Lo importante en las Olimpiadas no es conquistar triunfos, sino tomar parte en ellas. Lo esencial no es vencer, sino luchar noblemente."

(Foto de la Internacional News, recibida por avión)

Las peripecias de PANCHO



(Pancho, soñando). — Siento que un ángel azul se desprende del cielo y baja a mi lado... ¿Será mi ángel de la guarda?...

El CHINO MISTERIOSO

Novela policial de J. S. FLETCHER

RESUMEN DE LOS CAPITULOS ANTERIORES:

Jaime Granage, un joven indigente, es comisionado por un desconocido para llevar un mensaje misterioso a un comerciante llamado Holliment, quien a su vez le propone que lo substituya en su negocio durante su ausencia. Mientras ésta dura, a Jaime le es dado observar la presencia de un chino en la calle, pegado a una de las vidrieras del local. Este personaje le inspira tanto miedo que se dispone a cerrar el negocio y marcharse. En este punto aparece Holliment, quien, sabedor del peligro que entraña la presencia del chino, le propone al joven la fuga valiéndose de una escalerilla misteriosa, lo que hacen en el momento en que los enemigos del comerciante invaden el negocio, después de violentar la puerta. Recorren varias habitaciones, en una de las cuales cenan. Luego Holliment propone a Jaime llevarlo a Londres en su automóvil y le da a beber algo que debe ser un narcótico, pues el joven, que pierde el conocimiento, al volver en sí se encuentra tirado en el campo, y ve a su lado una hermosa mujer, que es cuidadora de caballos de carrera y se llama Margarita Manson. Esta lo socorre y lo lleva a su casa, a tiempo que traen la nueva de que ha aparecido un auto completamente destrozado en el fondo de un despeñadero próximo, suponiéndose que es el de Holliment. Margarita, encantada de Jaime, le consigue el puesto de secretario de lady Renardsmere, la dueña de los caballos que cuida. Transcurren unos días sin novedad, al cabo de los cuales Jaime es interrogado por dos detectives y un miembro de la legación china sobre su actuación en el negocio de Holliment, y al día siguiente recibe la visita de un extraño judío llamado Neamore, quien en una conferencia secreta con su ama le saca a ésta un cheque por diez mil libras. Comisionado después por lady Renardsmere, lleva Jaime una carta y un paquetito al abogado de la dama, y ya cumplida su comisión va a cenar a un restaurant concurrido, y en él sorprende en otra mesa a Neamore y Holliment. Regresa a su casa, y al otro día un detective viene a buscarlo para que identifique al comerciante, que ha sido asesinado, y de allí lo llevan a visitar a un personaje chino llamado Cheng, al que informan de lo ocurrido y de quien reciben el encargo de buscar a un compatriota suyo al que le falta la mitad inferior de la oreja izquierda. Terminadas las visitas de ese día, Jaime va a hospedarse a un hotel, en el que espera pasar la noche seguro, cuando de pronto se le anuncia una terrible visita: Quartervayne: el hombre del mensaje para Holliment, quien le informa del peligro que les amenaza por parte del chino misterioso, y le propone la fuga, que él no acepta.

CAPITULO XI

PARTE EL TREN

AQUELLA noche tardé en conciliar el sueño. Mis pensamientos se hallaban totalmente al servicio del extraño caso que la suerte o la desgracia me deparaba. Entendí que si algo deseaba yo comprender con claridad debía remontarme a los principios. Y me pareció que lo más acertado era partir desde el día de la aparición de aquel astuto e inescrutable anciano chino que se llamaba Cheng. Traté de ordenar los hechos para poder analizarlos. Fué en esta forma como los establecí. El señor Cheng es un riquísimo financista chino. Viene a Europa por un simple motivo de negocios. Trae de la China diversos sirvientes y secretarios. Durante su estadía uno de ellos le roba "algo". Para ser más exacto "uno de ellos" es Chuch Sin, quien escapa a Inglaterra. De Southampton, avanzando quizá por la vía del Havre, llega a Portsmouth. Se hospeda en el hotel de Holliment y cayendo al poco tiempo enfermo se interna en un hospital, dejando todos sus efectos en las manos del comerciante. Repentinamente sale del hospital y se encuentra con que Holliment se ha apropiado de "algo" que le pertenece. Se pone en relación con una banda de criminales y una noche le asalta el negocio. Holliment desaparece en este punto y Chuch Sin le sigue la pista. Probablemente el chino tiene amigos en Londres, pero lo cierto es que alguien asesina a Holliment y revisa luego prolijamente sus ropas, como si en ellas esperase hallar ese "algo".



—Uno de ellos era alto, grueso de cara, coloradote...

Todo esto parece lógico, completamente lógico, pero...

¿Qué es ese algo tan buscado?...

¿Por qué Cheng no quiere decir a la policía lo que es?

¿Estaban Holliment, Quartervayne y Neamore confabulados en la apropiación, o, mejor dicho, en el robo de ese "algo"?

¿Por qué no creer que Neamore se lo había vendido a lady Renardsmere por diez mil libras esterlinas?

¿Llevé yo, inocentemente, ese "algo" a la propia casa del señor Pennithwaite?

¿Vale ese "algo" tanto como para haber provocado una muerte y hacer que un chino asociado con ingleses, lo busque tan ansiosamente y esté dispuesto a matar a quien lo tenga, con tal de recuperarlo?

Recostado en la cama pensaba, sumido en la obscuridad del cuarto, que yo sabía del asunto mucho más que la policía. Y una nueva pregunta volvió a asaltarme, ¿debía decirle al detective Jifferdene todas mis sospechas y todo lo que sabía?

No pude contestar a tal interrogación. Por otra parte no deseaba mezclar a lady Renardsmere en aquel asunto, por lo menos mientras no hubiese conversado con ella. Si Jifferdene me dejara regresar a su casa podría contárselo todo a ella: lo que había descubierto respecto a Neamore, quién era él y las relaciones que evidentemente mantenía con Quartervayne. Y luego le habría pedido que ella, personalmente, contase todo a la policía, pues yo estaba ya convencido de que Chuch Sin y sus aliados no pararían ante nada con tal de recuperar aquel "algo", incluso cometer crímenes en la casa de Renardsmere. Sí; en cuanto pudiese ver a la señora le contaría el desarrollo de todos los acontecimientos, incluso a Margarita Manson, que pese a su juventud era muy inteligente.

Pero en aquellos momentos los pesquisas me tenían atado por completo. Odiaba la sola idea de que tendría que dar evidencia de algo, ante un juez, o un magistrado cualquiera. Y supuse, ignorante de los procedimientos policiales, que a cada momento sería llamado a declarar o que a esas alturas ya Jifferdene habría dicho a sus superiores que yo sabía



—¡Lindo trabajito! —exclamó, sentándose en el sofá.



muchos detalles de aquel asunto. Como no conocía la clase de preguntas que serían hechas, temía verme en la necesidad de mencionar el nombre de lady Renardsmere. Y si me viera forzado a hacerlo lo más probable era que Jifferdene me preguntara por qué no lo había puesto al tanto de mis relaciones con ella y con Neamore. Y en ese momento deseé de todo corazón no saber tanto.

Cansado ya de tan ardua batalla mental me dormí, y a la mañana siguiente eran ya casi las nueve cuando bajé a desayunarme. En el momento en que me enteraba por los periódicos del crimen de Holliment y me veía ante los fantásticos comentarios tejidos por los cronistas policiales, que hacían que



Yo me detuve en el andén y el tren partió. Jifferdene, agitado y casi sin aliento, se me acercó.

el asunto se viera rodeado del más profundo misterio, fuí llamado al teléfono. Jifferdene me hablaba, diciéndome que durante toda la mañana estaría ocupado en la preparación del interrogatorio y que pasaría a recogerme entre las doce y media y la una de la tarde. Le dije que lo aguardaría.

— ¿Hay alguna novedad? — le pregunté.

— No, pero es posible que al mediodía haya algo. Usted no se mueva del hotel.

— ¡Perfectamente! — respondí. — Lo espero aquí a las doce y media.

Y corté la comunicación. Decidí entonces, ya que Jifferdene no me necesitaría hasta el mediodía, hacer algunas averiguaciones por mi propia cuenta.

Recordé que cuando lady Renardsmere salió de su casa con Percy Neamore, oí que le ordenaba a Walker, su chófer, que fuera directamente al hotel Ritz.

Necesitaba saber si Neamore había ido allí con ella, y lo que era más importante aún, si allí se habían encontrado con algien. No supe por qué, pero tenía la sospecha de que la transacción del cheque por diez mil libras esterlinas se habría realizado en aquel sitio, posiblemente con la asistencia de un tercero... o de un cuarto personaje, cuya identificación necesitaba hacer.

Fuí al Ritz donde conseguí, luego de algunos esfuerzos, hablar con un alto empleado. Hice uso de cierta arma de la que Jifferdene me había provisto — una de sus tarjetas profesionales — y adoptando cierto

aire de misterio le hablé:

—Necesito — le dije — cierta información suya, completamente confidencial y privada, por supuesto; algo que no debe salir de entre usted y yo. ¿Conoce usted a lady Renardsmere?

—¿Cómo no! — fué la respuesta.

—¿Vino ella a almorzar aquí hace tres días?

—Sí. Vino.

—Acompañada de un individuo joven, muy elegante..., con cierto aspecto de judío...

—Exactamente.

—¿Usted lo conoce?

—No. No recuerdo haberlo visto jamás con anterioridad.

—¿Y estuvo alguna persona más con ellos?

Él asintió. Evidentemente, recordaba los hechos con claridad.

—Sí. Cuando los dos entraron, lady Renardsmere pidió una mesa para cuatro. En seguida el joven habló por teléfono y luego los dos se sentaron en un sofá. A eso de la una y media llegaron dos hombres que fueron presentados a la señora por el joven. En seguida almorzaron juntos.

—¿Puede describirme a los dos hombres? — pregunté.

—Por supuesto. A decir verdad, ninguno de los dos era... caballero. Usted comprende lo que quiero decirle, ¿verdad? Bien vestidos, bien educados, pero... ¡en fin! les faltaba ese algo que distingue a un "gentleman". Supuse que serían dos hombres relacionados con el turf, máxime si se sabe que lady Renardsmere es la dueña de "Rubí", que participará en el Derby. Imaginé que los dos se entrevistaban con ella por asuntos de carreras...

—¿Y qué presencia tenían?

—Uno de ellos era alto, grueso, de cara coloradota; el otro era grueso también, pero petiso. Los dos vestían de gris; sus sombreros también eran grises con cintas negras. En cambio, el que llegó con ella vestía más aparatosamente.

—¿Y no alcanzó a oír si hablaban sobre algún negocio? — interrogué. — ¿O si alguno firmaba algún documento o cosa por el estilo?

—¡Sí! — replicó el alto empleado.— Yo mismo les serví el café y los licores después del almuerzo, y pude ver a lady Renardsmere extendiendo un cheque sobre la mesa. Se lo dió al que había entrado con ella.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Y luego se fueron todos juntos?

—No. Poco después de que la señora hiciera el cheque los tres hombres partieron juntos, y ella se quedó esperando el coche, que vino a eso de las tres, a buscarla.

—Usted está acostumbrado a ver gran cantidad de personas — dije. — ¿No recuerda haber visto con anterioridad a alguno de esos hombres?

—No. ¡Nunca! Los tres me eran completamente desconocidos. ¡Y le aseguro que conozco muy bien esta parte de la ciudad!

Me despedí del empleado y salí del hotel Ritz con la absoluta convicción de que Neamore había presentado a la señora nada menos que a Holliment y a Quartervayne y que muy probablemente ella había comprado allí ese "algo" que Holliment robó a Chuch Sin, quien a la vez lo había robado a su patrón, el señor Cheng. ¿Qué era ese "algo"? ¿Por qué el cara de esfinge de Cheng no quería decirlo?

Sumido en un mar de cavilaciones regresé a mi hotel y a las doce y media en punto Jifferdene me visitaba. Parecía malhumorado.

—¡Lindo trabajito! — exclamó sentándose en un sofá del saloncillo de fumar. — ¡Ese infernal chino se ha evaporado!

—¿El señor Cheng? — pregunté.

—¡El mismo! Desapareció anoche; es decir a las pocas horas de entrevistarse con nosotros. Y se fué nada menos que a París en el último tren de la noche! ¿Y para eso me pasé toda la mañana trabajando?

—¿Trabajando en qué?

—Pues usted verá. Anoche estuve pensando en que este chino, por más poderoso que sea, no tiene derecho para ocultar ante la policía datos que pueden proporcionar una pista. Pensé entonces en llevarlo en calidad de testigo ante el jefe de investigaciones. Y esta mañana, luego de muchos esfuerzos, pude hacer que el jefe de la sección de Paddington me firmara una orden de presentación ante las autoridades para el señor Cheng. ¡Pero cuando fuí a llevarla, ya el pájaro había volado! ¡Y aquí me tiene, convencido de que sin la presencia de Cheng nada podemos hacer!

—¿Y por qué no? — interrogué ansioso por conocer la opinión de Jifferdene.

—Por esto. No hay duda que Holliment fué asesinado por ese chino a quien Cheng quiere a toda costa atrapar; que ese chino le robó algo a Cheng y que fué a su vez robado por Holliment. Y buscando ese "algo", el chino lo mató y lo registró prolijamente. ¿Me entiende?

Por supuesto, yo le entendía muy bien, y así se lo dije.

—Bien — prosiguió, — lo que yo quería era hacer que el anciano nos dijera qué era eso que le fué hurtado. Ello habría echado alguna luz sobre el lío, pero con toda seguridad Cheng sospechó lo que yo me proponía hacer y por eso se evaporó.

—¿Y usted cree que el señor Shen sabe algo? — sugerí.

—No sabe nada. En cuando nos dimos cuenta de que Cheng se había marchado, fuímos a su casa. Esta vez Shen pareció mostrarse un poco más comunicativo y me aseguró que no tenía la menor idea de los motivos que Cheng tenía para que fuera a cazar a ese chino.

—De lo que se deduce — dije yo — que no ha avanzado usted mucho en sus averiguaciones.

—Poco o nada — contestó de mal humor. — Y lo que es peor, no tenemos siquiera un solo rastro o pista que parezca llevarnos a lugar seguro.

—¿Y qué hay del interrogatorio?

—¡Se realizará esta tarde a las tres! ¡Un acto de pura fórmula nomás! Habrá la evidencia de la policía que encontró el cadáver de Holliment, la del médico de policía y la suya. Luego el jefe suspenderá el interrogatorio hasta dentro de una semana o una quincena. Por ahora no se puede hacer nada mejor.

—¿Y a mí me harán muchas preguntas? — interrogué.

—Hoy no, por lo pronto. Todo cuanto tendrá que hacer será identificar a Holliment como al individuo que usted trató en Portsmouth. Luego, cuando las pesquisas se hallen un poco más avanzadas, tendrá que contar lo sucedido aquella noche en el negocio de la víctima. Pero hoy, casi nada. Ya le he dicho, que lo de esta tarde será pura fórmula. ¿Qué le parece si ahora almorzamos y luego nos hacemos una escapada a Paddignton a ver si Birken tiene novedad?

—Como guste — contesté.

Una vez satisfecho nuestro apetito marchamos a la seccional de Paddington. Aunque poco, tenía algo nuevo que contarnos. Se enteró de que un desconocido, que durante dos o tres semanas vivió en una casa de pensión del camino Delaware, había desaparecido de improviso al día siguiente de ser asesinado Holliment. Como tenía algunas averiguaciones más por hacer, marchamos con él hacia una casa que en la fachada tenía un cartel con esta inscripción: "Se alquilan departamentos". La dueña era una de esas mujeres cuyos rasgos fisonómicos parecen delatar que han conocido días mejores; se mostró dispuesta a comunicarnos todo cuanto sabía. Durante tres semanas había tenido un huésped que se hacía llamar Carr. Era alto, de aspecto caballeresco y debía tener mucho dinero, pues comía y bebía muy bien. Recordaba haberle visto salir sólo una noche. Era muy amante de los periódicos y de las revistas deportivas; en su habitación había dejado una gran pila; muchos libros sobre temas de caballos de carrera. Escribía mucho y cierta tarde, entre las dos y media y las seis, había recibido gran cantidad de telegramas.

—¿Venían muchas personas a visitarlo? — interrogó Jifferdene.

—Nadie, hasta anteanoche. Y fué bastante tarde por cierto. Más o menos a las doce dos caballeros vinieron a verlo. Yo ya me retiraba a dormir cuando ellos llegaron.

—¿Usted los vió? — volvió a preguntar el detective.

—Sí, puesto que yo misma los hice entrar. Uno de ellos era bajo y regordete; el otro era más joven y distinguido. A primera vista me pareció judío. Preguntaron por el señor Carr, y los hice pasar al vestíbulo. El señor Carr los atendió; conversaron durante diez minutos y luego salieron juntos.

—¿El señor Carr le dijo algo al salir? — preguntó Birken.

—Nada. A las tres de la mañana lo vi que regresaba.

—¿Solo?

—¡Oh, sí!

—Y al otro día ¿le dijo por qué había regresado tan tarde?

—No — dijo la dueña en tono confidencial. — Parecía una persona muy reservada.

—Y el señor Carr partió repentinamente, ¿verdad?

—Sí; muy de improviso. Fué ayer por la tarde. Me dijo que se veía forzado a marchar por cuestiones de negocios; arregló todas sus cosas y veinte minutos después partió en un taxi. ¿Quiere ver usted su habitación, en la que guardaba los libros?

Ambos detectives asintieron y examinaron escrupulosamente lo que había allí. Confieso que yo no observé nada que fuera digno de tenerse en cuenta. Había allí muchos libros con títulos similares: "Guía del Turfman", "Hípicas", y otras publicaciones por el estilo; una gran pila de telegramas cuidadosamente colocados y en los que se detallaba gran cantidad de resultados de carreras de caballos.

—Indudablemente ese tipo era Quartervayne — dijo Jifferdene cuando hubimos salido de aquella casa. — ¡Si pudiéramos atraparlo. Pero ¡quién sabe dónde diablos estará! ¡Ahora iremos al interrogatorio!

El interrogatorio tan temido por mí era realmente un acto de pura fórmula. Sencillamente la apertura del proceso a seguir. Además yo no fuí llamado a prestar declaraciones. El ama de llaves del hotel, propiedad de Holliment, al

(Continúa en la página 45)

Hay hombres de una extraña psicología, como el Julio Flavino de este cuento, de los cuales no se sabe qué pensar, si son locos o extravagantes. El caso es que muchas veces nos ponen en situaciones difíciles y nos hacen pasar por momentos que más parecen producto de una pesadilla que de la misma realidad. Y no solamente esos hombres desconcertantes son víctimas de sus extravagancias o locuras, sino cuantos viven a su alrededor.

El SECRETO de JULIO

Yo no quería mudarme a aquella pensión de Caballito. Temía dejarme envolver por el ambiente y hacer esa vida de barrio que me parecía absurda. Además, ¿qué clase de gente podría encontrar en una casa de pensión situada tan lejos del centro? Mucho más que la casa misma y sus comodidades intimidábame el ambiente. Para los que desgraciadamente estamos atados a la ciudad, sintiéndonos desarraigados, la casa de pensión exótica puede significarnos la gran sorpresa: un viaje inesperado, una amistad curiosa, un conocimiento más, otro idioma, en fin, lo nuevo, eso nuevo por cuya posesión Baudelaire no titubeaba en llamar a la muerte.

De acuerdo estaba con las ventajas de la casa de Caballito. Había sol y aire. Y el médico me había recomendado que hiciese vida natural. Pero ¡Caballito! Pudo más, sin embargo, el temor al aniquilamiento cerebral con que el médico me amenazaba, que el miedo a la vida chata, y un día, sin pensar en nada, como quien cruza un trance difícil, lié mis bártulos y ¡hale! a Caballito.

En cuanto llegué a la casa me arrepentí. Y de no haber sido por el temor de pasar por loco (¡siempre ese temor a lo que realmente nos acecha!) habría tomado un coche y le hubiese dado al cochero una de las tantas direcciones que yo conocía: Balcarce 817, Ingeniero Huergo 1253, 25 de Mayo 611...

Pero, fíjese usted si no tenía razón. El médico me había aconsejado vida natural, de hogar. ¿Y había algo más reñido con toda idea hogareña que esas puertas sin visillos, esa lámpara sin pantalla, ese mucamo de ojos abotagados por el alcohol y esa mesa microscópica de la que sería mi pieza y sobre la cual no cabía siquiera el infiernillo y demás cacharpas del mate? Ese ambiente sin calor, pensaba entonces, va a arrojarme a la calle.

Sin embargo, ocurrió lo contrario.

Era una casa grande, o mejor todavía, dos casas separadas por un jardín descuidado, de grandes árboles. En el primer grupo vivíamos los pensionistas: un matrimonio con dos hijas, empleadas de tienda, y yo y tres estudiantes del colegio nacional con quienes jamás crucé una palabra, porque estaba en la edad en que se sabe todo: que el alma no existe, que el agua es hidrógeno dos, oxígeno; que la poesía es una enfermedad, que la belleza y el placer no se definen, etc.

Las piezas separadas de la nuestra me intrigaron desde el primer día. Allí vivía el patrón con su señora en una habitación a la que le seguían otras dos: la cocina y el cuarto en donde dormía el mucamo borracho. ¿Por qué no lo echaban a ese hombre?

El patrón era un italiano, según yo creía al principio. Tendría hasta cincuenta años y se expresaba torpemente en español. Mientras su mujer cocinaba, él se pasaba las horas vigilando al mucamo borracho y jurando por Júpiter. ¡Por Júpiter! ¿se da cuenta? Tal vez no tenía nada de particular, sino que en mi afán de originalidad, pretendía ver algo interesante en las cosas más idiotas. Sin embargo... ese hombre... Se llamaba Julio Flavino.

Un día vino a visitarme un compañero de oficina y a mis ruegos se quedó a almorzar. Mientras el mucamo disponía la mesa, fuí en busca del patrón para que me autorizase a enviar al sirviente por cerveza al almacén.

La indignación de Julio Flavino fué terrible.

—¿Qué? ¡Cerveza! ¡Hombre, se la va a buscar usted si quiere! ¡Cerveza, por Júpiter! Como si no hubiese vino en la ciudad...

— Hombre, me da lo mismo una cosa que otra — dije conciliador.

—Es que no debería darle — insistió tercamente Julio Flavino — porque no es lo mismo una cosa que otra.

Y ya más serenado me soltó la más violenta diatriba que haya jamás oído contra la cerveza. Pero con tal acopio de datos históricos, sociológicos y científicos que yo no salía de mi asombro. "Bueno, aquí hay algo — me dije. — Por de pronto es cosa segura que la cabeza de don Julio no anda bien."

Y cuando mi amigo se fué, yo busqué la primera oportunidad para hablar con Julio Flavino. Algo saqué en limpio. Don Julio no era italiano, sino súbdito de su majestad Jorge V. Era inglés, nacido en Malta, de padre italiano y madre griega. Erróneamente, según supe después, me expliqué esa tarde sus juramentos por Júpiter. "Teniendo una mezcolanza de idiomas en su cabeza — razonaba yo — en los que se mezclan por igual el griego, el italiano y el inglés, este hombre traduce al castellano la exclamación inglesa "by Jove." Era una simple conjetura, pero aceptable y me satisfizo.

A los dos meses de estar en esa casa me llevé el primer disgusto serio. Julio Flavino sentía por los pensionistas un desprecio inmen-



FLAVINO

Un cuento de SILVESTRE OTAZÚ

so, sobre todo por los estudiantes, cuya sabihondez y seguridad le ponían frenético. Hablándome un día de ellos me dijo:

—Ahora están en el período evolutivo.

—¿En el período evolutivo?

—Sí, ¿no lo ha observado usted? Los estudiantes son de dos tipos bien definidos: el tipo pic-nic y el tipo ateneo. Pertenecen al tipo pic-nic los estudiantes hasta llegar al cuarto año de bachillerato. Son bulliciosos, bailan, cantan el

"Garibaldi fué a la guerra,
se encontró con Napoleón..."

juegan al football con lo que encuentran a mano, y ríen de cualquier idiotez. Los del tipo ateneo son la antítesis de aquéllos: han estudiado psicología, retórica y química y están de vuelta de niñerías. Ahora hablan de cosas serias. Los que tengo en casa están en un período de transición.

En cambio, Julio Flavino sentía por mí algo más que afecto: una visible necesidad de conversar conmigo. Una mañana estábamos los dos en mi pieza cuando llegó mi buen amigo Quiroga.

— No se vaya, don Julio — dije; — voy a presentarle mi amigo Constantino Quiroga.

—¡Qué idiota sería su padre! — comentó Julio Flavino, mirando fijamente a mi amigo.

Casi instantáneamente tomó Quiroga la pava de la mesa, dispuesto a romperle la cabeza. Me abalancé a tiempo para contenerle el brazo, mientras le susurraba al oído:

— Déjalo, que es loco.

Fué una situación rapidísima que pude salvar con felicidad, porque la suerte me ayudó. Seguro estoy de que Julio Flavino no oyó las palabras que desarmaron a Quiroga.

Y salió de mi pieza. Fué una salida magnífica, sin teatralidad. Se retiró sin parecer cobarde ni loco, casi desdeñoso, con una grandeza que nos dejó asombrados.

¡Cómo me urgía aclarar el episodio! Pero no quería pedirle a Constantino que me dejase solo para no avivar la suspicacia de Julio Flavino, quien podría ver en mí al anotador de sus extravagancias.

Opté por salir con Constantino para no regresar sino varias horas después. El mucamo borracho arreglaba mi pieza y yo tuve un buen pretexto para salir de ella.

Julio Flavino se paseaba pensativo por el patio.

Yo lo abordé.

—¡Caramba, don Julio, usted ofendió hoy gratuitamente a un amigo mío!

—¡También... ponerle por nombre Constantino a un hijo! En Malta le había puesto Constantino a un burro.

—No veo yo...

—¡Claro! Usted no ve nada. Todo le es igual. Vino o cerveza, Constantino o Pedro. ¿Cómo puede ponérsele decentemente semejante nombre a un hijo? ¿Es que no se piensa quién fué Constantino? El hombre más funesto que tuvo la humanidad. El emperador maldito, taimado y cruel como una mala mujer. ¡Oh, ese hijo del infierno! No contento con deshonrar el trono de Augusto, hundió para siempre el imperio romano.

—No piensan lo mismo Ducreux y Chateaubriand...

—¡Bah, bah! ¡Buen par de idiotas! ¿Qué hizo Constantino?

—¡Hombre!, según recuerdo, gobernó treinta y tantos años...

—Y creó algo que si no era la clase media se le parecía mucho; porque, ¿qué otra cosa que crear una clase media significaba la adopción de un credo que obligaba a los hombres a no reconocer jerarquías, que los igualaba y que ¡oh, colmo!, llegaba a recompensar con una dicha eterna a los pobres de espíritu? Antes esa igualdad no era reconocida, ni siquiera civil o políticamente. Por eso Roma era grande; pero vino este idiota, se dejó alucinar con aquello de "In hoc signo vinces", y logró vencer a Maxencio. ¡Valiente hazaña vencer a ese botarate! Y luego, con la prudencia de un griego — no en balde trasladó la capital del imperio a Bizancio, por mal nombre Constantinopla — lanzó ese famoso decreto que empezaba: "Consiento que los que están imbuídos de los errores de la idolatría gocen del mismo reposo que los fieles"... ¡Claro!, bien sabía que el perseguir una religión era la mejor manera de hacer proselitismo.

Hablaba con indignación, como si el tema no fuese inactual. Parecía un hombre de nuestra época censurando duramente a un gobernante.

—¡Los errores de la idolatría! — continuó Julio Flavino. — ¿Qué autoridad tenía para hablar de idolatría un hombre que estaba dominado por su segunda mujer, Fausta, a quien consintió sus infidelidades con un caballerizo, y a quien, para complacerla, mató a su propio hijo, a ese delicioso Crispo, adorado por el pueblo y el Senado? Filosterge asegura que Fausta amaba a su hijastro y que el desvío de éste provocó la inicua acusación. Sea como fuere, la digna esposa de este emperador fué ahogada en el baño por orden de su esposo. ¡Los errores de la idolatría! Estaría, seguramente, menos exenta de errores esa nueva religión en que arrianos y ortodoxos se enviaban mutuamente a destierro o se hacían condenar a muerte... Para Constantino fueron idólatras Lucrecio, Ovidio, Virgilio... ¡Si es cosa de no creer! Y ese



Dos minutos después, con los botines en la mano, el mucamo borracho, a paso de lobo, desandaba el camino y se metía en mi habitación.

era el hombre que decidía para siempre de la religión de Europa. Demasiado bestia para entender el paganismo (fíjese cuán poca imaginación tendría que a los tres hijos que tuvo con Fausta los llamó Constantino, Constante y Constancio...), necesitaba creer en algo más accesible a su caletre. Y lo que creyó lo impuso recurriendo a la dulzura y a la tolerancia de cultos. Los dioses nos tenían abandonados porque en Roma se adoraba más a Júpiter Praedator que a las otras encarnaciones del padre de los dioses. Y luego vinieron vándalos, hérulos, marcomanos, gépidos, suevos, alanos y demás bárbaros que no entendían de cosas del alma y abrazaron la nueva religión con manía proselitista y poniendo en su fe toda su innata ferocidad. Cambiáronse los papeles y fué ahora el paganismo el que tuvo que refugiarse en cuevas. ¿Comprende ahora? ¡Ja, ja!, en sótanos .. el paganismo, una religión hecha de luz, de belleza, de libertad... Ya la gente no es feroz como en aquellos tiempos; es peor: es imbécil. Hoy a un pagano no lo quemarían, sino que lo enviarían a un manicomio.

Julio Flavino había dicho "los dioses nos tenían abandonados". Y ese "nos" parecía revelarme la clave de su indignación. Ahora ya no le escuchaba: estudiaba la mejor manera de hacerle una pregunta intempestiva que lo obligase a contestarme sin darle tiempo a pensar o a apercibirse a la defensa. Pero Julio Flavino era suspicaz y desconfiado. Noté que sus ojos iban perdiendo brillo, su tono violencia y fijeza su mirada, que ya no iba dirigida a mí, sino que vagaba por el suelo, como la de los hombres toscos en presencia de un señor. ¿Advirtió, acaso, mi falta de atención cuando yo meditaba el plan de ataque y se dispuso él también a dar una respuesta que no lo traicionase? ¿O era que de súbito había comprendido por cuán peligrosa senda había lanzado su discurso? Mientras hablaba cada vez con más despego e incoherencia del tema, pude ver que en más de una ocasión Julio Flavino miraba algo que estaba detrás de mí. Tantas veces lanzó hacia ese lugar furtivas miradas que cobraban un relámpago de intensidad y comprensión que, al fin, volviéndome disimuladamente, pude abarcar el paisaje con una mirada periférica y advertir un espectáculo extraordinario: la mujer de Julio Flavino, una mujer estéril, silenciosa, furtiva e increíblemente tímida, hacía a su marido señas despavoridas, mesándose los cabellos, mientras el mucamo borracho, sosteniéndola con un brazo por la cintura, se respingaba con el índice la nariz y fruncía los labios para conjurarlo al silencio.

Por lo visto, también "ellos" temían la peligrosa confidencia en que se había lanzado Julio Flavino.

La conversación languidecía y Julio Flavino creía apuntalarla con repetidas toses y carraspeos. Ahora, cada vez más humildemente, concedía que puede ponérsele por nombre Constantino a una persona porque, después de todo, de cada nombre ha habido un hombre malvado.

—Claro... ¡ejem!... este.... uno le puede poner a una hija por nombre Julia, y está bien... porque no se piensa en la hija de Augusto, mujer de Marcelo y Agripa, cuyas obscenidades dieron lugar a la famosa Lex Julia de Fundo Lotalis et De Adulteriis...

Pero era inútil. Estábamos demasiado en guardia para que uno u otro fuésemos lo espontáneo que exige una perfecta conversación. La situación tornábase ya ridícula y no sabíamos cómo terminarla.

HOJEANDO LOS ULTIMOS LIBROS

Comentarios de LUCAS GODOY

Enrique Popolizio: "Cuentos de todo tiempo"

El señor Enrique Popolizio, autor de los seis cuentos "de todo tiempo", es un escritor culto y un prosista correcto, pero no un narrador consumado. Ninguno de los que forman este libro es un cuento logrado. Se ve que el autor sabe manejar el idioma, reconstruir algún ambiente, trazar con elegancia alguna escena. Pero nada más.



Enrique Popolizio

Las páginas primeras de "Calvario", por ejemplo, prometen mucho más de lo que dan. "José o la lealtad mal recompensada", que hubiera podido dar materia a una de esas narraciones a lo Jules Lemaître, "al margen de los viejos libros", no se destaca ni por la originalidad ni por la gracia. Y así también, "El Príncipe Jorge", y así también "El hidalgo cortesano".

No conozco del señor Popolizio ninguna obra anterior. "El romance de Zina", que fué su libro primero y sobre el cual reproduce los comentarios elogiosos de la crítica, anunciaba, según dicen, un gran escritor elegante y sutil. Lamento en el alma no poder manifestar que lo he encontrado. Los libros de un mismo autor rara vez representan una escala progresiva de valores. Si en "Cuentos de todo tiempo" hay siempre distinción y alguna vez ingenio, no me atrevería a afirmar que hay un cuentista.

Francisco L. Romay: "El hombre sandwich"

El autor designa con el nombre común de "relatos" a las siete producciones que forman este libro, pero, a decir verdad, hay entre ellas más de cuatro a las cuales no les corresponderán con exactitud semejante subtítulo. En el libro del señor Romay abundan las evocaciones de ambientes, las manchas impresionistas, los croquis rápidos tomados sobre lo vivo: tales, por ejemplo, "La cantina", "Un viaje en tranvía", "La recorrida del oficial". En cuanto a los relatos propiamente dichos, han sido realizados con menor fortuna, y con excepción de "El Doctor", en el que asoma un tipo interesante, diestramente bocetado, no llegan francamente a convencer.

Jules Renard: "La linterna sorda"

Y ya que hablamos de cuentistas, digamos dos palabras de este libro magistral que la editorial "Ulises", de Madrid, acaba de traducir al español.

Después de "Pelo de Zanahoria", traducido por Díez Canedo, pasó un largo período sin que ninguna otra obra de Jules Renard apareciera en nuestro idioma. El libro tuvo, sin embargo, un éxito completo. Alguna de esas infames editoriales de libros baratísimos hizo después una horrible mezcolanza con "Histoires Naturelles", "Coquecigmes" y yo no sé cuántas cosas más, hasta que López Ballesteros nos dió, no hace mucho, el admirable "Viñador en su viña". Julio Gómez de la Serna nos presenta hoy, en una traducción cuidada y en una edición muy pulcra, "La linterna sorda" tan ofendida en otro tiempo por comerciantes sin escrúpulos.



Jules Renard

Jules Renard no tiene todavía, entre el público español, la amplia difusión que se merece. Al lado de "Pelo de Zanahoria" — ¿por qué no se le habrá traducido con el nombre de "Cabeza de pimentón" que hubiera sido más exacto?, — hay en la obra de Jules Renard producciones de un altísimo valor. Como novelista y autor teatral, merece el mismo respeto que como cuentista; y en un narrador de su fuerza no es, sin duda, poco elogio.

En "La linterna sorda", por ejemplo, la notación precisa, la imagen certera, el rasgo incisivo, la metáfora imprevista, que lo hicieron famoso, alcanzan por momentos una altura insuperable. Rara vez el cuento ha llegado a un grado mayor de perfección. Un Maupassant más humorista y más moderno, con un sentido admirable de la arquitectura, con un ideal inflexible de economía en el relato. ¿Se puede contar mejor y con palabras más medidas la honda tragedia de "Una novela"? La picardía ingenua de "El señor y la señora Bornet", ¿estaría mejor lograda en otra forma? La crítica social de "El gesto del sembrador", ¿no alcanza en su apretada concisión el máximo de intencionada eficacia?

Un breve estudio de Julio Gómez de la Serna sobre Renard, que se adelanta a manera de un pórtico, ilustra al lector acerca de la personalidad poco común del desconcertante alcalde de Chitry-les Mines, y una comedia en un acto en que reaparece la figura sufrida de "Poil de Carotte", cierra este libro de una belleza poco común y de un clasicismo tan severo dentro de su modernidad.

Fuí yo, que me decidí a regresar a mi pieza. Julio Flavino, en cambio, quedóse dando vueltas por el patio como si rehuyese toda explicación con su mujer. Él, de ordinario despreocupado, parecía interesarse en pequeñeces. Hubo un momento en que se puso a carpir yuyos con una pequeña azada.

Esa noche cenamos tarde y mal. El mucamo borracho, mientras me servía la comida, parecía estudiar todos mis movimientos y la expresión de mi cara, que yo trataba en vano de mostrarla tranquila. Pero la atmósfera de tirantez que se respiraba era intolerable. Con el último bocado me fuí a la calle. Quería pensar fuera de ese ambiente.

Mas no siempre manejamos las ideas cuando queremos, y al regresar a mi cuarto no había conseguido aclarar nada. Algo parecido al miedo era la sensación que me dominaba.

La casa permanecía a obscuras y todo estaba en silencio. Penetré como un ladrón, sin hacer ruido y, en lugar de dirigirme a mi cuarto, me acerqué a las piezas que ocupaba Julio Flavino. Salía de ellas un violento olor a asado.

Oculto entre los árboles, escuchaba de vez en cuando la voz de Julio Flavino. El mucamo borracho, en traje de paseo y con el sombrero puesto, salió de su pieza, golpeó con los nudillos la puerta de su amo y dijo:

—¡Buenas noches!

—No te embriagues, cochino, y regresa pronto — contestó desde adentro Julio Flavino.

Pasó a dos metros de mi escondrijo con un andar más vacilante que nunca. Después de cerrar la puerta de calle esperé oír sus pasos en la acera. Y me asombré de no percibir nada. Dos minutos después, con los botines en la mano el mucamo borracho, a paso de lobo, desandaba el camino y se metía en mi habitación. Entornó luego las celosías.

Había que descartar todo propósito de robo: carecía yo de objetos de valor y el mucamo borracho lo sabía. Además, ¿por qué fingió ante sus amos salir a la calle? Y comencé a tener miedo. Desde el lugar en que yo estaba podía observar la puerta de mi cuarto y la de Julio Flavino; pero ellos también podían vigilarme porque mi posición con la de aquellas dos habitaciones hacía ángulo recto. Me pareció interminable la espera. El mucamo borracho no salía. Comenzó a llover. Sentía yo cómo iba empapándome y no me determinaba a tomar ningún partido.

La intensidad de una situación tiene la virtud de hacer desaparecer la causa primera que provocó ese estado de ánimo. Y eso fué lo que me ocurrió. Se desvaneció el miedo para dar paso a una intensa curiosidad. El olor a asado hacíase cada vez más pronunciado. Olvidé toda prudencia. Me acerqué a la pieza de Julio Flavino y púseme a observar lo que ocurría en ella, a través del ojo de la cerradura.

Había una divinidad pagana ante un altar, cuyos detalles no advertía yo bien. Júpiter, tal vez. Y frente a él, sobre una chapa de hierro galvanizado, en la que ardía un fuego, Julio Flavino y su mujer sacrificaron hasta tres palomas vivas. Presencié el último sacrificio. Atándola de la pata a un trozo de hierro para que no pudiese huir, la arrojó al fuego.

—¡Oh, tú — decía más o menos Julio Flavino en un latín tan corrompido que yo no lograba entenderlo puntualmente, — concédeme el don del silencio como a Harpócrates, o, por lo menos, evita poner algún Edipo en mi camino! No me hagas nunca hablar de lo que

LAS AVENTURAS DE CHOCHA

Ricardo siempre dice que tú eres mucho para él, que significas todo...

Sí; yo soy su inspiración. En cada libro que escribe, yo soy quien le hace imaginar los mejores pasajes.

No está mal el motivo de inspiración. Sobre todo, con los nuevos rumbos literarios que ha tomado...

Porque me han dicho que ahora se dedica a escribir sobre la vida de las cotorras...

no debo para que no te quedes sin quien haya de rendirte culto en la tierra. Hazme enmudecer, ¡oh, padre eterno! Si es que no me crees capaz de contener mis deseos de explicar a los hombres tu sabiduría y tu poder.

Mientras así hablaba, su mujer rociaba con vino la paloma sacrificada.

Luego ambos esposos tomaron asiento, y aunque ya no les entendí una palabra, sospeché que hablaban de mí y de la dificultad de eliminarme violentamente a causa de los numerosos amigos que me visitaban y que habrían entrado en sospecha. Y hasta me pareció ver por una que otra palabra entendida al azar, que Julio Flavino sentía afecto hacia mí y sólo accedía de mala manera — y difiriéndola para más adelante — la solución violenta que había sugerido el mucamo borracho.

Caía lentamente la lluvia y ya no me cuidaba de guarecerme, porque no había una sola partícula de mis ropas que no estuviese empapada. Varias veces había hecho increíbles esfuerzos para no toser.

Era una de esas noches como sólo existen en Buenos Aires, en que cielo y aire tienen una coloración marrón y se alcanzan a percibir los objetos, como el crepúsculo mañanero. Se diría que las gotas de lluvia han conservado aún en su seno la luz del día y alumbran con su tono ocre y sucio el paisaje encharcado y neblinoso.

De pronto, a pocos pasos de mí, alcancé a ver al mucamo borracho a tiempo que daba una corrida para ocultarse tras de un árbol. En su mano brillaba la hoja de una cuchilla.

Lo que entonces ocurrió se desarrolló en pocos segundos. Pensé atropelladamente mil cosas; si gritaba para despertar a los estudiantes, podía salir Julio Flavino de su pieza y, acorralado entre él y el mucamo borracho, morir como un perro. ¿Quién me aseguraba, además, que los estudiantes hubiesen regresado ya?

Resolví entonces el partido a tomar y los acontecimientos que luego ocurrieron me dieron a medias la razón. Fingiendo no haber visto al mucamo borracho, me incorporé y me encaminé hacia mi pieza, pasando lo más cerca que me fué posible del árbol en que aquél se ocultaba.

Salióme al paso como ya lo había previsto, blandiendo su enorme cuchilla; pero como ya esperaba el ataque, me fué relativamente fácil esquivar su golpe y darle un puntapié en la canilla que lo hizo trastabillar y caer en el barro.

Corrí hasta la puerta de calle, pero no tuve tiempo de abrirla. Una sensación de frío en la espalda me hizo caer dando un grito. Cuando desperté, en el hospital, un oficial de policía intentó hacerme declarar; pero no consiguió hacerme revelar grandes cosas. Dije, sí, que seguramente la borrachera del mucamo había llegado a extremos tales que debieron enloquecerle. De otra manera no se explicaba el atentado criminal: ni yo estaba enojado con él ni había que sospechar un robo, por cuanto el mucamo borracho conocía mi pobreza.

Apenas enterado de esta declaración, Julio Flavino corrió a mi lecho para agradecerme silenciosamente mi lealtad para con él. Del mucamo borracho sólo sé que fué a dar con sus huesos al manicomio de donde salió, después de una cura de varios meses, mucho más loco que cuando entró. Y volvió al servicio de Julio Flavino y de los dioses paganos, lo mismo que su amo, a quien perdí definitivamente de vista, porque no me gusta la frecuentación de personas que tengan una psicología que me recuerde la mía.

EL VERTIGO ROJO

(Continuación de la página 11)

vador, de practicante, y Laucha y yo, dentro de la ambulancia. Por otra parte, y para preparar mejor la retirada, otros dos hombres, vistiendo uniforme de teniente y capitán del ejército, permanecerían en el lugar del golpe para intervenir como testigos y despistar a la policía en los primeros momentos.

— Yo creo que es trabajo hecho — habló Laucha, sorbiendo el último trago de café. Salvador lo miró contrariado. Volvió a tomar el plano y dijo:

— Nunca hay que hablar por anticipado. — Y acodándose en la mesa, volvió a explicar los detalles del recorrido: — Por aquí sale el hombre. El Manco estará en la puerta, y al abrirse el portón, le hace señas a Berman, que está en el puente. La parada más cerca queda a dos cuadras de aquí. Nosotros arrancamos y entramos por la avenida. Acá se hace el cruce o tal vez aquí... Vos, Valenti y yo tiramos. Ustedes tan sólo, si es necesario... Se entra por acá, doblamos a la derecha, por avenida Sarmiento, Tres de Febrero... Por aquí, así, luego por Blandengues...

Una vez terminados todos los detalles, ya a la una, resolvimos separarnos. Salieron ellos a la calle, y yo, que sólo buscaba todos los minutos para estar junto a Licha, simulé entretenerme para darle el beso de despedida. Pero en ese instante oí la voz de Salvador que me llamaba.

— ¡Vayan, nomás! — les indicó a los otros, y volviéndose a mí: — Quería hablar con vos, Chiquito.

— Vos dirás...

—Mirá, Chiquito — me dijo, mientras encendía la pipa de hueso, — sé que tenés un asunto con Licha, ¿verdad?

— Sí, no me vas a negar...

— No te lo niego.

— Eso es lo justo. Ni vos ni yo somos dos inocentes. Vos sos tan derecho como yo. ¿No es así? Por eso he querido hablarte de ella. Si no, ya te hubiera baleo por la espalda...

— ¡Salvador!

— Mirá, Chiquito — me interrumpió, pero sin una leve alteración en la voz, — no es el caso de que tan luego ahora nos pongamos a guapear sin motivo. ¿Estamos?... Vos sabés bien que Licha es lo único que quiero en la vida. Esa muchacha tiene un corazón como muy pocas mujeres y ha sido para mí como una madre. Me ha seguido en todas mis correrías... Por ella me he jugao siempre, pa' darle pan y vestirla. Licha es mi orgullo y le tengo una fe ciega, y por eso la he defendido siempre de la inmundicia de los hombres... Vos sabés que los otros, los perros, fusilaron a mi padre porque era anarquista; que la vieja se pudrió pidiendo limosna pa' que nosotros no nos muriéramos de hambre... Si ahora la perdiera a Licha, ¡vos sabés, Chiquito!...

Puso sus manazas en mis hombros, y siguió, ya en tono más fraterno:

—Licha es pura, ¿sabés, Chiquito?... Yo sé que tendrás una estaca de duda clavada en el alma, porque pa' eso has rodao y has aprendido a desconfiar de todo...

— No, Salvador, eso no... Yo he confiado siempre en ella... Licha es para mí todo. Vos sabés, Salvador... Licha me tendió esa mano que nadie me ofrecía... Por ella soy algo, por lo menos, soy el compañero de ustedes...

— Te digo que Licha es pura, Chiquito. ¿Lo entendés? A pesar de lo que hace, de la vida que lleva a salto de mata, es pura como pura era mi madre y era la tuya... Yo sé que ella te tiene un cariño loco... Si vos sos capaz de quererla así, andá, tomála, Chiquito... Pero vos sabés que eso es pa' siempre... A pesar de lo que digan de nosotros, vos sabés que sin ley y sin cura, eso es pa' siempre...

EL ATRACO

Ya era casi noche cerrada. La muchedumbre que al salir del hipódromo se volcara en la avenida Vértiz, tomando por asalto los vehículos, había ya desaparecido. Dos cuadras más allá, los dos hombres de Salvador, vestidos con uniforme militar, aguardaban el encuentro.

A las 19, más o menos, recibimos la señal. Salvador, vestido de practicante, se sentó junto al Chueco, que empuñaba la dirección y llevó el acelerador a fondo. Valenti, con su uniforme de agente de policía, se colgó del estribo delantero, y Laucha y yo, íbamos agazapados dentro de la ambulancia. Mientras ésta avanzaba velozmente por la avenida Alvear, el Chueco hacía sonar de continuo la bocina para abrirse paso entre los escasos automóviles que circulaban a esa hora. Pronto éstos desaparecieron. El camión blindado del Jockey marchaba una cuadra adelante, en espacio libre, pero la distancia se acortó en breves segundos y le dimos alcance.

— ¡Listos! — gritó Salvador, y todos a un tiempo empuñamos nuestras brownings.

Viró el Chueco bruscamente a la derecha y el choque se produjo con cierta violencia. Valenti se desplomó, simulando estar herido, y reventó sobre su cara la ampolla de tinta escarlata.

— ¡Bárbaros! — Salvador y el Chueco lanzaron protestas y blasfemias, culpando al conductor del camión. Casi en seguida éste abrió la portezuela y descendió seguido de otro hombre.

— ¿No ve que llevamos un herido?

— ¡El agente se partió la cabeza! — gritamos nosotros.

Y vimos entonces que la portezuela posterior se abría y descendían de ella el tesorero y su acompañante. Valenti se incorporó. De un salto cayó sobre él y simultáneamente sonó una descarga cerrada. El chófer y el tesorero rodaron por tierra, mientras nosotros volvíamos a la ambulancia y emprendíamos la huída vertiginosa por el recorrido ya preparado de antemano.

El Chueco llevaba el acelerador hundido a fondo.

— ¡Apurá! ¡Apurá! — decía Salvador, que llevaba la valija con el dinero. Durante breves minutos de marcha fantástica nadie pronunció una palabra. El corazón debía latirnos fuertemente, y en cuanto a mí, el pulso me temblaba en tal forma, que tuve que dejar la browning sobre el piso para que no se me escapara un tiro.

— ¡Apurá, viejo, apurá!

Parecía que el motor iba a estallar. Sonaba fuertemente la bocina, y los agentes de tráfico que encontrábamos al paso, al ver a Valenti que, colgado del estribo, hacía señas con la varita, nos daban rápidamente vía libre...

EN LA ISLA NEGRA

Antes de entrar en Campana, abandonamos la ambulancia. Cortamos a pie varios potreros y llegamos a la estación con el tiempo justo para alcanzar el rápido de las 21.35, que nos condujo hasta San Pedro. Hicimos una breve cena en un fondín del suburbio, y otra vez a pie, pero separados por largas distancias, nos internamos en la costa. Salvador llevaba el dinero distribuído en los bolsillos internos del chaleco. Caminamos un rato, bordeando la costa, y al fin encontramos al indio Franco, que nos esperaba con su lancha más allá del Club de Remo.

— ¿A qué hora llegaremos? — preguntó Valenti.

— Yo creo que pa' las once... si sigue el viento en popa...

Al cabo de una hora de marcha regular, arribamos al tosco muellecito de la Isla Negra. Precedidos del lanchero, que iba abriéndonos camino con su linterna, echamos a andar hacia el interior de la isla, serpenteando por un monte de pinos y casuarinas.

Junto al fogón del rancho nos quitamos el frío y devoramos luego el guisote que había preparado la mujer

(Continúa en la página 46)

LOS pájaros criollos •

La CACHILA

Un artículo de CARLOS M. MUAPE

Y O no m' he criao boleando cachilas!" — solían protestar, y probablemente hoy protestan, los mocetones camperos en desplantes de ya hombres hechos para afrontar los encontrones de la vida. Eso de azonzar cachilas con los tientos de unas boleadoras de marlos o, cuando más, de "pichicos", era y es entretenimiento de niños entecados que apenas si aguantan el trote del petiso aguatero en repuntes de lecheras y encerradas de terneraje al caer la tarde.

Es tan confiada y sin defensa la cachila; tan fácil objeto a mano de un antojo que, precisamente, en ello estriba la impunidad con que se pasea al alcance. Nadie repara en ella por más que retoce y salte junto a las patas del caballo que uno monte, o a un metro de distancia cuando se anda a pie.

Y ¿porqué perseguirla? No hace daño alguno; respeta las verduras de las huertas y los granos del sembrado. Es demasiado poca cosa para pieza de caza y, como no acude al reclamo del "lamador" ni se reúne en bandadas, hace inútil el empleo de trampas y redes en que la cantidad pudiera — que no puede — justificar crueldades de proveedores de hoteles. ¿A qué aprisionarla? No sabe cantar; no son vistosos sus colores ni resiste el cautiverio. Se parece en esto a la ratona, ese otro pajarito sin miedo, acanelado, sociable hasta anidar y criar en cualquier intersticio de un alero, a la altura de las cabezas mismas de los moradores del rancho. . . .

No obstante su mansedumbre, la cachila no llega nunca a las casas. Pero está y se reproduce ahí nomás, a pocos pasos de la tranquera y desde allí en todo el campo a la redonda. Huye en lo posible del bosque, por ralo que sea; no le agradan sus sombras ni sus resguardos que unas y otros son refugios del caburé, sanguinario y hambriento, y de la parentela de éste, no menos desalmada. Para defenderse del sol o del frío le basta el reparo de una simple mata de pasto o uno de los hoyos con que marcó sus pisadas la tropilla, tras la última lluvia, en los lugares más blandos. En los fuertes vientos abandona la loma y se enseñorea del bajo, como el tero fijodálgo, o la perdiz aburguesada, sus rancios vecinos que no la tratan ni se tratan entre ellos.



Carlos María Muape es un antiguo periodista. Treinta y tres años trabajó en la redacción de "La Nación". Hace poco, siendo subdirector del colega, se jubiló. Largo tiempo fué cronista de sociales. Como tal asistió en 1900 a una fiesta criolla en honor del presidente del Brasil, Campos Salles, en la cual jineteó un potro ante el asombro de la concurrencia. ¿Un cronista de sociales gaucho y jinete?... Podrá parecer paradojal el hecho e incompatible la dualidad, pues Muape es la encarnación del criollo, con sus modismos y hasta su mismo despreciativo descuido gaucho en los detalles de la indumentaria, y, sin embargo, llegó hasta desempeñar la jefatura de la sección "Vida Social".

Muape tiene un "hobby": los pájaros. En su casa los posee a docenas; clasificados, separados por orden de alimentación: granera, mixta y carnívora. Los cuida; los observa y los mima. Cuando le es posible escapa al campo... ¡a cazar pájaros! Se pasa días y horas estudiando sus costumbres. Si algún amigo emprende viaje al interior, Muape le pide lo único que ha pedido en su vida:

—¡A ver, che, si me mandás algunos pájaros!

Esta colaboración, escrita especialmente para MUNDO ARGENTINO, es resultado de ese amor a nuestros pájaros. Nadie podrá hablar de ellos con más autoridad que él.

Ama la llanura abierta, despejada; celebra sus bodas a pleno cielo y nace, vive y muere en contacto directo con el suelo. Rara vez se la ve posada sobre un árbol; cuando mucho, y por breves instantes, en el alambrado o coronando la brocha violeta en que remata el cardo en flor. Suele entonces dar al aire su silbo trémulo que se aguza en descenso rápido cual se extingue la nota en que vibra, al golpe, la varilla de acero.

Su tamaño es algo más alargado que el de un gorrión; menos rechoncho. Guardando proporciones, se asemeja bastante al chorlito corredor por su forma y su plumaje, paja ardida veteada de blanco, y en el anaranjado pálido del pico y de las patas. Con todo, no tiene la elegante desenvoltura con que avanza el chorlito; es desgarbada, menos nerviosa con serlo a su modo. A igual que aquél, es más oscura en las alas y se aclara en la pechuga salpicada de lunares y rayitas, tirando a chocolate aguado. Su vuelo es corto, por costumbre; es sedentaria, con amor a querencia.

Camina incansable hurgando los escondrijos en que duerme su sueño la larva, reventona de gordura. La busca en el laberinto que forman, al retorcerse al aire, las raíces que descuajó y desdeñó la oveja; en las bellotitas algodonadas donde, entre el tronquerío del espartillo, se abriga el perpetuar de las arañas; y la busca con ahinco debajo de los pedazos en que un día, a pezuña, disgregó y desparramó el ganado su propia probanza de que mucho antes había andado por allí. Es que esos peda-



zos, porosos y livianos como si fueran de camoatí viejo, ocultan verdaderos viveros como que han sido elegidos con certeza de instinto para servir de incubadoras; y cumplen. Se les ha dado funciones de cluecas y empollan y amparan, sin ahogar las vidas en desarrollo que istrian su base, hasta que algún goloso de lo que esconden interrumpa la inmovilidad en que lentamente se deshacen en abono.

Para moverlo, la cachila emplea idénticos recursos que otras aves insectívoras: hunde el pico en la juntura con la tierra y en un abrir de pinzas tumba o da vuelta al obstáculo, según las dimensiones y figura de éste. Sin son grandes, lo desprecia con olímpico desgano después de haber sondado los respiraderos de la base, al tuntún, por si acierta a ciegas y cobra.

Cuando escasea la larva y los insectos jóvenes, la emprende con los adultos y en las nubes de mosquitos hace verdaderos estragos a cada atropellada.

Hay que verla prepararse y cargar contra el enjambre que cruza a no más de siete u ocho metros de altura. Desentume sus alas; se sacude entera volteando polvo para estar más ágil y se alza, en vuelo casi vertical, a entreverarse en la nube zumbadora. Y allí abre brecha en furioso lancear en todas direcciones hasta que, atragantada por el engullir sin respiro, se descuelga a plomo. Pasa presto el atoro y de inmediato se eleva. Nuevo claro arriba y nuevo descenso; y así incontables arremetidas en un constante sube y baja. Si la emigración de mosquitos se efectúa desperdigada, como semilla arrojada a voleo, tiene que contentarse con atenacear a uno por viaje, y a mayores intervalos, que el esfuerzo no rinde.

En la primavera, ahueca a ras de tierra espesura de pastos y anida con briznas secas. Cuatro huevos por postura es lo común; y dos sacas, a estar a la creencia general. La cría no abandona el nido hasta estar en condiciones de bastarse a sí misma y aun en los primeros días, en sus ensayos de independencia, la acompañan los padres. Se la distingue por su tono blancuzco.

No es fácil dar con la nidada; la oculta bien y su mansedumbre la ayuda, aparte de un principio de mimetismo que la disimula al escurrirse entre los claros del pastizal. Próxima a sacar, o cobijando la prole implume, bien se puede andar a medio metro de ella sin que delate su cercanía. Se deja estar insospechada; recién cuando se pisa junto mismo al nido la cachila se levanta y sale, pero no en vuelo sino corriendo en curiosa disparada, agachándose y esponjada como un plumón suelto que el viento redondeara al empujarlo en trastabilleos por la ladera. Incita con esto a que la sigan, segura de que a los cuatro o cinco pasos ha hecho perder la ubicación del punto preciso de donde salió, es decir, del nido. Luego una breve fuga de alas y a esperar, desde cualquier alturita, a que se aleje el peligro. En tanto, se peina y se arregla.

Amiga silenciosa del colono, sin deslealtad al vaquero, lo acompaña y escolta en la tarea de roturación. Se las contempla de a cientos en una hectárea arada; distantes unas de otras, dispersadas, empenachando el cascotal aun no oreado, negro y húmedo, con que la reja enalta las orillas del surco a medida que lo abre. Está a sus anchas; las provisiones abundan a derroche, a elegir, y elige cachazudamente sin hacer caso de la algarabía con que realizan su festín las gaviotas extrañas al pago, venidas de quién sabe dónde, sin que nadie las invitara.

Nada la asusta ni de nada recela, a no ser el planear de alguno de la parentela aquella del caburé; y si antaño aguardaba el paso de los bueyes tristones para precipitarse sobre el pan de tierra recién despanzurrado hoy hace lo mismo al paso del tractor rezongón. Se diría hecha a todas las transformaciones del medio, siempre que no le retaceen amplitud de cielo...

FIN

EL CHINO MISTERIOSO... (Continuación de la página 39)

leer la noticia en los periódicos, se había apresurado a venir a la ciudad. (Tenía cierto parentesco con él y lo había identificado). Pregunté si podía regresar a mi casa y me dijeron que sí.

— Sin embargo, es muy probable que volvamos a necesitarlo — me comunicó Jifferdene una vez que hubo aplazado por quince días el interrogatorio. — No sé por qué me parece que pronto tendremos novedades.

— Pero ahora ¿puedo irme? — pregunté. — Si me apuro, puedo tomar el tren de las cuatro y cincuenta y tres en la estación Victoria.

Nos separamos, y al comprender que estaba libre una gran alegría me invadió. ¡Al fin podría regresar a Renardsmere y contarle a Margarita todo lo que había sucedido! Ultimé algunos preparativos y pude llegar a la estación dos minutos antes de que partiera el tren.

Pero en el preciso instante en que ponía un pie en el estribo, escuché varios gritos lanzados detrás de mí. Me di vuelta y vi a Jifferdene que, corriendo desesperadamente, me hacía señas para que me detuviera.

Yo me detuve en el andén, y el tren partió. Jifferdene, agitado y casi sin aliento, se me acercó:

— ¡Quartervayne! — murmuró a mi oído. — ¡Lo encontramos en el East End! ¡Asesinado!

¿Es el chino misterioso quien también asesinó a Quartervayne? ¿Cuál es el motivo? ¿Qué giro toman las cosas con este nuevo hecho? Lea el próximo capítulo.

EL VERTIGO ROJO...

(Continuación de la página 43)

del lanchero, una china flaca y picada de viruelas. Mientras comíamos y el mate había empezado a correr de mano en mano Salvador preguntó:

—¿Vive alguien por estos lados?

—Naides, señor.

—¿Tu mujer sabe quiénes somos?

—No creo. Usté sabe, don

—A vos te conviene entonces que no charle

—No hay cuidao — contestó el isleño, — la pobre es sordamuda.

Naturalmente, reímos de buena gana porque hacía rato que hablábamos en voz baja para que la chinaza no nos oyera. Luego Salvador recontó el dinero y apartó los seiscientos mil pesos en billetes de mil, quinientos y cien. Dos días después llegarían los del Comité Rojo en busca del dinero. El resto, aproximadamente doce mil pesos, fué repartido por partes iguales.

Como mejor se pudo, nos dispusimos a dormir, tirándonos sobre los jergones y mantas que nos había preparado el lanchero.

—Chueco — dijo Salvador — tomá la linterna de Franco y andá al desembarcadero. A las cinco te va a reemplazar Valenti

El Chueco salió para cumplir su guardia y nosotros nos tiramos largo a largo en las improvisadas camas. Durante un rato, hablamos con Salvador de lo sucedido y nos hicimos mil conjeturas acerca de las pistas que podría seguir en esos momentos la policía.

En ese momento, al abrirse un silencio prolongado, recordé la figura del tesorero, caído allá en la avenida, con la cabeza bañada en sangre.

—¿Habrá muerto ese hombre?

Pero Salvador no me contestó. Un torbellino de imágenes se sucedían en mi cerebro. Algo así como un remordimiento tardío comenzaba a apoderarse de mí. Creí que el coraje frío de la noche anterior iba a abandonarme. En las tinieblas del rancho, volví a descubrir el rostro sangrante de aquel hombre. Pensé que acaso tendría esposa, hijos..., una madre...

—¿Habrá muerto ese hombre?

—¡Quién sabe!... — dijo él, al fin. — Sería una desgracia. Pero hay cosas inevitables, ¿sabés?...

La idea iba tomando contornos de obsesión. Me tranquilizaba pensando que mi browning no había disparado un solo proyectil. Pero el recuerdo se clavaba en mi cerebro, obsesionante, para impedirme conciliar el sueño.

Pero muy pronto el recuerdo de Licha llegó como un sedante para mis nervios. Logré olvidarme de todo y no pensé sino en ella.

EL FUEGO DIVINO

A la noche siguiente, Laucha y yo llegamos a Retiro. Antes de despedirnos, le recordé varios encargos de Salvador y el lugar donde, dos días después, debíamos encontrarnos con el gringo Valenti. Cuando llegué a la calle, me aturdió el vocerío de los canillitas que pregonaban las noticias de la pesquisa. No se hablaba de otra cosa. Todo Buenos Aires vivía pendiente de "aquello". Me aguijoneaba el ansia de enterarme de la marcha de la investigación. Pero al mismo tiempo experimentaba algo así como un temor, una cobardía inconfesable, como si el simple detalle de la compra de un periódico pudiera poner sobre mis pasos a la garra de la justicia.

Al fin compré un diario y en un automóvil me dirigí a la casita de Licha. Di dos golpecitos en la puerta.

—¿Quién es?

—Yo, el Chiquito.

La historieta MUDA de SOGLOW



ACADEMIA DE COCINA

La puerta se entreabrió, cómo con recelo.

—¡Licha!...

Y nos fundimos en un abrazo largo, desesperante, como si volviéramos a vernos después de una larga ausencia.

—¿Y Salvador?

—En la isla...

—¿Todos bien?

—Sí, todos bien.

—¡Ah, no sabés, Chiquito! Pero no he podido dormir... No sé qué diario dijo que uno de ustedes debía estar herido... He sufrido mucho, Chiquito, pensando en vos...

Y me estrechó entre sus brazos y me cubrió de besos afiebrados y hondos.

—No sabés, Chiquito... Nunca te he esperado con más angustia que estos días...

Pasamos al comedorcito y extendimos el diario sobre la mesa, leyéndolo ávidamente. "Se trata de profesionales del delito. Cree la policía que han huído al Uruguay". Eso me tranquilizó un poco, porque parecía darnos una tregua. Pero cuando leí ese título que decía: "Fernández, el tesorero, víctima de los criminales, ha fallecido esta madrugada...", sentí un escalofrío que me corrió por todo el cuerpo.

—¿Qué? ¿Qué tenés, Chiquito?

—¡Eso, Licha, eso, lo que yo temía!

—Es triste, sí..., es muy triste..

—Tenía mujer..., tenía hijos... Dice que tenía hijos...

—Es muy triste... Pero ni él ni vos, ni ninguno de nosotros somos eso. Algún día se dirá la verdad, se nos hará justicia...

Y empezó a hablarme como otras tantas veces. Al principio lo hizo serenamente. Parecía buscar las más dulces, las más sabias y eficaces palabras para disipar el desaliento que empezaba a hacer presa de mí.

—Es necesario ser fuerte, Chiquito. Nosotros no somos eso...

Tal vez advirtió en mi silencio un principio de derrota interior, porque bruscamente sus palabras se hicieron quemantes, casi brutales. Y apretaba mis manos hasta arañarlas y me enlazaba en su cuerpo menudo, como si buscara que sus palabras se hicieran carne en mi carne... Sí, yo debía pensar en todo mi peregrinaje de perro miserable. Debía no olvidarme nunca de todas las vigilias sufridas, de mis plantas deshechas, del desprecio, de la feroz injusticia de los fuertes, que yo había recibido como latigazos en mi carne joven. Debía recordar siempre que todos estábamos empeñados en la misma cruzada redentora.

—No podemos olvidarnos — me decía — que luchamos no sólo por nosotros, sino también por los otros, por los que vendrán después, por nuestros hijos..., para que este odio se haga en ellos fuego de amor, para que encuentren el camino ya empezado, conquistado palmo a palmo por nosotros. ¿Verdad, Chiquito, verdad que debe ser así, que vos pensás así?

¡Ah, era horrible! Por momentos necesitaba decirle que estábamos errados. Que eso no era justo. Que estábamos, acaso, bajo la influencia y el control de Salvador, de toda su diabólica obsesión. El remordimiento, la certidumbre de que todo aquello era tristemente espantoso, se revolvía en mi espíritu y como una tenaza candente trituraba mis entrañas. ¡Ah, sí, era horrible! ¡Era espantoso! Lo sé. Pero su voz, la voz de Licha, los ojos de Licha, ella toda era un vendaval rojo, un vértigo rojo que aniquilaba mi raciocinio y en el cual iba a hundirme sin esperanza de salvación posible.

—Chiquito... — Y se arrodilló a mi lado. — A veces pienso que has dejado de tener fe, que ya no me quieres...

—¡Licha!... ¡Si yo te debo la vida!... ¡Cómo no he de quererte! ¡Lichita!...

—¡Mi compañerito! ¡Mío, mío! — Y me hizo arrodillar a su lado y me cobijó en su pecho como a un niño.

TRAICION

Salvador y Valenti habían llegado ya a Buenos Aires. Nos entrevistábamos todos los días en lugares distintos. Siempre tenían ellos motivo de comentarios risueños al leer las noticias de los periódicos. Ciertamente, la pesquisa andaba desorientada y creían ellos posible que quedara en agua de borrajas.

El dinero había sido ya distribuído de acuerdo al plan prefijado. Los hombres del Comité Rojo encontrábanse terminando los preparativos para la huelga revolucionaria. Era por eso que Salvador y Valenti, que participaban en los trabajos secretos, viajaban de continuo a Rosario, Bahía Blanca, Tucumán y Concordia, donde estaban los núcleos principales de la revuelta.

Un día, como si le atormentara un amargo presentimiento, Salvador me dijo:

—Todo va bien... Pero a veces pienso que se me puede dar la contra, Chiquito... Si eso pasara, tendría que irme lejos. Vos podrás quedarte porque pa' los perros sos un "tapao", no te conocen... Licha no tendrá más protección que la tuya; vos sabrás defenderla, ¿verdad, Chiquito?

Una noche después comprobé que el presentimiento de Salvador se había cumplido. Los diarios informaban que el Manco había caído y dicho cosas interesantes. "Ha sido detenido y confesado ampliamente uno de los autores del asalto. El gobierno ha adoptado medidas severas para hacer abortar el movimiento y mantener el orden a toda costa." Ya no había dudas. La traición estaba hecha y ya nada se podía esperar.

En un automóvil corrí a la casita. Di los golpes reglamentarios y Valenti vino a abrirme. Ya estaban allí Salvador, el Chueco y dos delegados del Comité Rojo. En medio del desaliento que embargaba a todos, se quería preparar la retirada con entereza y eficacia. Me dijeron que Salvador y Valenti saldrían a la madrugada para la Isla Negra.

De pronto, percibimos el ruido de varios automóviles.

—¡Los perros! — anunció Valenti, espiando por la rendija de un postigo.

Echamos mano a las brownings y sentí que Licha se aferraba nerviosamente a mi brazo.

—¡La luz! ¡Apagá la luz!...

Quedamos en tinieblas. Salvador había empuñado ya la ametralladora de mano. Oyóse el ruido seco de pasos que se aproximaban. Eran cerca de treinta hombres. Los vimos avanzar en semicírculo, con los máuseres levantados en posición de tiro. No habíamos ter-

(Continúa en la pág. 59)



El equipo de football del Belgrano Athletic Club en 1908, año en que se clasificó campeón. El señalado dentro de un rombo es Arturo H. Forrester, que vierte hoy en nuestras páginas su opinión sobre el football actual.

Los reportajes de MUNDO ARGENTINO

HABLAN *los* VETERANOS: ARTURO H. FORRESTER

El FOOT BALL *de* AHORA *no* DEJA *de* SER *un* JUEGUITO *de* SALON

QUIÉN ES FORRESTER

Arturo H. Forrester, pertenece a la pléyade de jugadores que constituyó toda una era en los anales del football argentino, tan arraigado hoy en nuestras costumbres. Capitán del Belgrano Athletic Club, en la actualidad su vicepresidente, fué de aquellos que siempre bregaron por la popularización de los deportes y especialmente por el football. Dirigiendo su equipo, el único que en toda ocasión supo oponerse y compartir con el inolvidable Alumni las glorias más señaladas de nuestro deporte, le cupo el honor de ser el primer forward argentino que venciera en 1904, al famoso Clawley, goalkeeper del Southampton, el primer cuadro británico que actuó en nuestros fields, dejando en ellos un caudal de grandes e inapreciables enseñanzas, que con el tiempo dieron sus frutos, abonados más tarde por otros cuadros que nos visitaron. Fué en el match que Belgrano sostuvo con Southampton, el 6 de julio y que perdió por 6 a 1.

LA COMPARACION ES DIFICIL

El capitán del cuadro campeón argentino de 1908, instado por nosotros para que expresara su opinión con respecto al football de su época y al que en la actualidad se practica, ha escrito solícito lo que a continuación transcribimos:

"Empezaré por advertirles que una comparación se hace muy difícil, pues el juego ha cambiado tanto, que aquel que no lo ha seguido de cerca casi no lo conoce hoy día.

"Antes, o mejor dicho en los días que yo jugaba, el fin primordial que se perseguía era hacer un deporte bueno y sano, y jugar por el gusto de hacer football. Aunque siempre hacíamos lo posible para ganar, una derrota — bien merecida o no — no nos afectaba mayormente, pues el juego en sí mismo nos daba el entretenimiento y ejercicio que buscábamos, y sabíamos que, generalmente, los dos bandos no pueden ganar en cualquier deporte que sea. En ese entonces, aparentemente, el football era un juego más varonil de lo que hoy se llama "futbal" (hasta en la forma de escribirse ha cambiado), pues se jugaba en pista pesada, con o sin lluvia, y el único que podía suspender un partido — y casi nunca lo hacía — era el referee sobre la misma cancha. Se jugaba el verdadero football, que consiste en el juego de cuerpo y la atropellada al goalkeeper y se daban y se recibían buenos golpes, pero siempre en forma caballeresca, y la prueba de esto la tenemos en que en los quince años que formó mi club en la Argentine Football Association, nunca fué expulsado de la cancha un solo jugador, ni fué necesario, por parte de la Asociación, llamar al orden a jugador alguno. En otras palabras, había orden y disciplina, y un referee era verdadero juez, cuyas decisiones eran siempre finales, aunque tampoco entonces eran infalibles.

"Desgraciadamente para el bien del football argentino, las cosas han cambiado y no pasa domingo o día feriado, con programa de partidos, que no haya que lamentar hechos bochornosos, con intervención de la policía y la suspensión de uno o más partidos. Con el fin de tratar de evitar estos hechos, se han modificado paulatinamente los reglamentos del juego, desde unos diez y ocho años a esta parte, pero el resultado práctico no ha tenido los fines perseguidos y hay hoy menos orden o disciplina de lo que había cuando se introdujeron dichas modificaciones. Por estos cambios no se puede juzgar bien si ha mejorado tanto el juego comparado con los viejos tiempos. Hoy se juega lo que podría titularse un "futbalcito de salón". Si llueve un poco, la misma Asociación, sin ver si las canchas están o no en condiciones, suspende los partidos. El pasado 17 de julio no se jugó uno solo, ni de profesionales ni de "amateurs", por mal tiempo y, sin embargo, ese mismo día hubo partidos oficiales de hockey jugados por niñas y se disputaron todos los de rugby.

"No se permite el juego de cuerpo, ni la atropellada al arquero; así es que el juego, comparado con lo que era y con lo que debía ser, ha perdido mucho y, por estos motivos, se hace muy difícil una comparación. Sin embargo, daré mi opinión franca. El juego, por su movimiento y ligereza, ha adelantado notablemente y esto debía ser, pues ahora — como son pagados, en su mayoría los jugadores, y entra la parte co-

Arturo H. Forrester, actual vicepresidente del Belgrano Athletic Club, en cuyo equipo de football militó durante muchos años.

(Continúa en la pág. 59)

Cuando *un* hombre *la* besaba, caía narcotizado *y* perdía *sus* documentos

Una nota de GILBERT SWAN



Carlota Jenssen, la sagaz espía que fascinaba a los diplomáticos para apoderarse de los documentos que ellos celosamente guardaban.

LA atrayente y encantadora joven de veintinueve años, vestida con un elegante traje "tailleur", se retiró lentamente de la ventana desde donde había estado contemplando el movimiento de la multitud que se paseaba frente a las tiendas de modas de la Avenida 57, y se acercó a una pequeña mesa sobre la cual se destacaba un gran florero lleno de frescas rosas.

Rápidamente eligió un pimpollo, y con gracia exquisita lo fijó con un alfiler en la solapa del repórter que había venido para entrevistarla.

Pese a la cordialidad del rasgo y la sencillez de la actitud, el periodista no pudo disimular un leve estremecimiento.

—*Hace apenas unos años* — sugirió él — *este pimpollo me hubiese hecho dormir y soñar las más extrañas cosas...*

—Posiblemente — fué la tranquila respuesta. — Y uno de mis cigarrillos le hubiera producido el mismo efecto. Y si se le hubiese ocurrido la idea de cortejarme y fuese un hombre que poseyese secretos de estado o informaciones que yo necesitaba, es casi seguro que se habría enamorado perdidamente de mí. Tenía la pretensión entonces de ser algo "vampiresa". Y cuando un hombre me besaba, fatalmente caía narcotizado. Es que mis labios, mis dientes y mi paladar estaban cubiertos de una preparación especial. Las que pertenecíamos al servicio secreto la usábamos hábilmente, pero nos protegíamos a nosotras mismas con una fina cubierta que nos preservaba del efecto.

"Cuando los hombres me besaban, la cubierta se disolvía, y entonces me llegaba la ocasión de revisar prolijamente sus habitaciones, sus equipajes y sus ropas, hasta encontrar lo que deseaba...

—*Y* — interrumpió el reportero — *tres rosas dispuestas de cierta manera y prendidas con un alfiler en el vestido de una mujer, servían para que otros supieran que se trataba de una espía, ¿no es verdad?*

—Sí, algunas usábamos esas flores como distintivo...

Un criado del hotel trajo té y masas. El zumbido de Nueva York llegaba desde la calle.

UNA CICATRIZ EN LA FRENTE

Esa joven que ahora se expresaba con tanta indiferencia y tranquilidad, había desempeñado uno de los papeles más peligrosos que puede caberle en suerte a una mujer: el de agente secreto y seductora sirena a las órdenes del Departamento de Espionaje de su gobierno. Una cicatriz en la frente, que disimulaba con su espesa cabellera, y dos heridas de bala en el cuerpo, eran recuerdos imperecederos de su arriesgada labor.

Se trataba de la baronesa Carlota Jenssen, que perteneció al Servicio Secreto Británico y que hace poco llegó a Nueva York, procedente de Londres, para ultimar los pormenores de una excursión de conferencias y la filmación de su libro "Yo, espía", en el que narra las aventuras que corrió en su azaroso oficio.





La baronesa Carlota Jenssen perteneció al Servicio Secreto Británico, y en varias oportunidades expuso su vida al ser descubierta en sus peligrosas actividades de espionaje. Se casó joven, y cuando todo parecía sonreírle, su marido desapareció. Fué entonces que se dedicó a ser espía presentándose como una "vampiresa" que seducía a los hombres con sus encantos; pero la verdad era que los conquistaba para apoderarse de los documentos que encerraban muchos secretos de Estado.

¿Cómo una mujer que vivió vida llena de emociones, puede ahora amoldarse a las preocupaciones vulgares que implica la existencia común? Después de haber derrochado gracia y sutileza con los hombres más brillantes de los más distintos países y haberlos tenido encadenados a sus encantos, ¿podría ella encontrar la felicidad en el matrimonio y en la rutina de un apacible hogar?

— No pienso casarme otra vez — afirmó la baronesa, quien, dicho sea de paso, es noble por nacimiento. (Este ocurrió en Dinamarca.) — En mi hija se concentran ahora todas mis afecciones, y por eso temporariamente, por lo menos, me he despedido del Servicio Secreto, al que di toda mi juventud. Le di más aún: mi adolescencia estuvo comprometida en una causa que por cierto tiempo destruyó mi salud, hundió mi fortuna, comprometió mi posición social y actuó en forma disolvente sobre mis afecciones, y, especialmente, sobre mi espíritu.

"He dicho que aunque pudiera entrar en tratos con el Supremo Hacedor a fin de que creara mi ideal masculino, vacilaría de todos modos ante el matrimonio. Mi corazón sufrió rudos golpes y yo los hice sufrir a otros; así que no siento el más mínimo interés por experiencias análogas. Han ocurrido demasiadas cosas para poder olvidarlas o reponerse de ellas.

"Sí, es cierto que besé a muchos hombres, que les simulé amor y que me hice amar por ellos con el solo objeto de procurar ciertos documentos o papeles que interesaban a mi gobierno. ¿Si me sentí atraída? Bien, sí, por algunos. Muchos eran encantadores... Pero el trabajo es el trabajo, y el que yo había aceptado nada tenía que ver con mi personalidad de mujer o mis debilidades.

"Sólo una vez fracasé ante un hombre. Me había encontrado con él en sociedad y

(Continúa en la pág. 55)

¿Qué es la TELEVISION?

He aquí un aparato transmisor. En el cilindro está la foto que habrá de ser transmitida.

El señor A. H. Keleher, experto en la materia y presidente de una importante compañía radiotelefónica de Estados Unidos, que ha llegado a nuestro país a fin de estudiar la facilidad de acción que en él existe para la futura implantación de la televisión, nos ofrece datos interesantes en la materia.

—No es esta—comienza diciendo—la primera vez que visito la Argentina con fines más o menos similares al presente. He sido introductor de varias marcas de aparatos radiotelefónicos, por lo que me precio de conocer el ambiente que aquí existe en ese sentido. He podido así comprobar la enorme rapidez con que la radio se ha desarrollado, y considero que igual destino habrá de aguardar a la televisión. ¿Y por qué no ha de ser así? Tomemos como ejemplo a la radio. Para convertirla en algo francamente aceptable por parte del público hubo que comenzar por abajo, vale decir, proporcionar la totalidad de los elementos. Sin embargo, se luchó, aparecieron primero materiales rústicos, aparatos de galena poco potentes... El tiempo hizo que todo eso se fuera perfeccionando. Se hicieron audaces pruebas, se probaron materiales de diversas clases hasta que al fin el éxito coronó tanto esfuerzo. Hoy en Buenos Aires, al igual que en Nueva York, Londres o Berlín la radio es algo indispensable, y, por suerte, tan indispensable como común.

—¿Se halla muy adelantada la televisión en el extranjero, señor Keleher?

—Mucho, por cierto. De las naciones europeas Inglaterra es la más adelantada, especialmente en el terreno práctico, pues ya han sido muchos los experimentos que se han realizado, obteniéndose con todos ellos muy buenos resultados. En Estados Unidos, por ejemplo, es enorme la popularidad que goza la televisión. Casi todos los clubs y las universidades cuentan con buenos aparatos, con los que realizan periódicamente experimentos que al mismo tiempo sirven como enseñanza para los estudiantes. Y esto sin contar con la gran cantidad de aficionados a la radio que se combinan entre ellos para realizar sesiones de las que siempre logran obtener alguna enseñanza. En Estados Unidos está por construirse una Radio City (Ciudad de la Radio) financiada totalmente con el dinero del famoso multimillonario John D. Rockefeller. Es fácil imaginarse entonces los progresos que la inversión de varios millones de dólares en materiales apropiados traerá aparejados.

—¿Y en cuanto a nuestro país?

—En cuanto a su país tengo cifradas muchas esperanzas, fincadas principalmente en el gran ambiente que reina para todo aquello que signifique un progreso en cualquier rama de la ciencia. Aunque he visitado muy pocas broadcastings, puedo asegurarle que todas

(Continúa en la página 61)

Con este reportaje, MUNDO ARGENTINO da por terminada la publicación de la serie de artículos que sobre televisión han venido apareciendo. Ha querido con ello brindar al lector nuevas informaciones sobre televisión, invento que, a juzgar por el desarrollo cobrado, constituirá un magnífico procedimiento que será agregado a los ya existentes, en cuanto a comunicaciones de toda índole se refiere.

¿QUIEN FUE *el verdadero autor de*

UN ARTICULO ESCRITO ESPECIALMENTE
para "Mundo Argentino"
POR Alejandro Magrassi



Su porte arrogante y altivo, unido a su regia hermosura, hicieron que la bailarina conquistara bien pronto al público parisino.



Muchas y muy diversas han sido las leyendas tejidas en torno a la vida de aquella excepcional mujer que se llamó Mata Hari. Y a fuerza de dar a su existencia tanto colorido y tanta fantasía se le ha llegado a creer un personaje ilusorio forjado por la mente de algún novelista. Empero, tal creencia es un error. Grandes militares, escritores y políticos franceses y españoles cuyos nombres estuvieron mezclados en el sonado proceso que determinó el fusilamiento de la bailarina pueden probar su existencia. Madre, bailarina, cortesana y espía; he aquí, en síntesis la vida de Mata Hari, ante el influjo de cuya belleza hasta los reyes cedían. Hoy, que el cinematógrafo ha llevado exitosamente a la tela la encarnación de Mata Hari en la persona de Greta Garbo y que el teatro la ha puesto en escena con la figura de Evita Franco, cobra aquella mujer notable gran actualidad. Provocó entre los hombres que la adoraban los sentimientos más diversos. Unos la deseaban porque cuando interpretaba sus danzas javanesas las líneas purísimas de su cuerpo excitaban los sentidos. Otros la amaban por su valor, por su espíritu independiente, por su nobleza o porque veían en ella a la mujer cruelmente castigada por la mano del destino. Luego de haber paladeado el lujo que sus amantes le proporcionaban en premio a sus carísimos favores, fué espía en la gran guerra de Europa, alistándose en favor de los alemanes. Un complot hábilmente tramado la hizo visitar París, donde fué apresada. En los tribunales pronto surgió su condena de muerte. Sonrió al escuchar la sentencia y sonrió también cuando ya frente al piquete de soldados se despedía de una hermana de caridad moviendo suavemente su mano en un adiós postrero.

La nota que ahora publicamos nos muestra la verdadera personalidad de Mata Hari. Es una historia fidedigna, escrita por alguien que la conoció, y cuya influencia entre los amigos de ella le capacitó para obtener datos de un indudable interés como los que ofrecemos al lector.



El rostro de Mata Hari deslumbraba por la belleza de sus líneas, especialmente en lo que se refería al corte de su óvalo.



He aquí uno de los pocos retratos existentes de la bailarina en la época en que deslumbraba a París con sus caprichosas danzas.



Sólo ricas joyas cubrían el pecho, brazos y cuello de la bella, que más tarde habría de ser fusilada.

Diversos aspectos en la vida de Mata Hari.

Tiempo después de la muerte de Mata Hari, Raquel Meller, la famosa coupletista española a quien alguien sindicó como autora indirecta de tal suceso, fué al Vaticano a prosternarse ante los pies del papa, pidiéndole su bendición y con ello "la absolución de cierto cargo de conciencia que mucho la abrumaba". Fundábase tal acusación en el hecho de que siendo ella esposa del malogrado escritor Enrique Gómez Carrillo, amante y uno de los más entusiastas biógrafos de Mata Hari, los celos la habrían inducido a delatarla como espía y entregarla a la policía francesa. Un falso telegrama, enviado desde París, hizo que Mata abandonara España y marchara a la Ciudad Luz, donde fué apresada, juzgada y ejecutada. ¿Existe alguna relación entre aquel falso mensaje y Raquel Meller? Tal vez... Sólo así se explica el hecho de que la coupletista haya pedido el perdón papal. Vanos son los esfuerzos de quienes tratan de arrancar de sus labios, no ya una confesión, sino unas pocas palabras que arrojen alguna luz sobre tan intrincado misterio. Que Raquel odiaba a la espía era evidente, como lo es también el hecho de que estaba enterada del importante y peligroso cargo que ella desempeñaba en la gran guerra. Y si por un lado se halla la posibilidad de que los celos de una mujer no reconozcan vallas ni obstáculos, por otra parte está el impenetrable mutismo de Raquel, que actualmente se halla en París.

LAS mujeres célebres en la historia pecaron siempre por amor. Unas porque no pudieron alcanzar jamás el ideal soñado, y otras porque lo alcanzaron con demasiada facilidad, sus vidas se sintieron siempre alentadas por ese sentimiento tan dulce y a veces tan amargo. En muchos casos los hombres las persiguieron y al no obtener de ellas los

la MUERTE de MATA HARI?



SENSACIONALES REVELACIONES SOBRE la EXISTENCIA de la DISCUTIDA ESPIA ALEMANA

favores anhelados buscaron en la venganza cruel un lenitivo a su despecho. Acaso fuera esta la verdadera historia de Mata Hari, acaso no... Pero de todos modos su vida resultará siempre interesante porque está llena de pasajes emotivos que hablan de rebelión, de valor y de libertad. Veamos si no:

Margarita Gertrudis Gsell (nombre auténtico de Mata Hari) nació en Leeuwarden (Frisa), de pequeños burgueses, el 7 de agosto de 1876. Su madre, una mujer robusta, era también descendiente de honestos campesinos; su padre era un hombre tosco, de poca cultura y sin ningún escrúpulo moral, que se entregaba a diversos menesteres — vendedor de kerosene por litro, viajante de comercio, comprador de quincallería — siempre con poca suerte.

Cuando su esposa murió, los demás miembros de la familia obtuvieron que él fuese el tutor de Gertrudis. Fué así que la pequeña pudo hacer estudios en Leyde, donde vivía con un tío, negociante retirado en La Haya.

Desde su infancia Gertrudis Gsell demostró fuerte tendencia por lo novelesco, y un día encontró en el diario "Het Niews van de Dag" — contaba entonces diez y ocho años — un anuncio así redactado: "Capitán de las Indias, de paso por Holanda, desearía casarse con mujer linda y atractiva, de preferencia de poca fortuna..."



En el Cartujo de Miraflores, cerca de Burgos, vive Pierre de Mortisac, último amante de Mata Hari. Penitente por propio deseo, el monje trata de pedir en sus oraciones la eterna paz del alma de Mata Hari. Todas las tardes, cuando el dorado filón desaparece en el horizonte, resuena en la celda de Pierre de Mortisac el lento murmullo de una plegaria, dicha con la más fervorosa unción. Luego hunde su mano en el extraño ropaje, y quitando un finísimo medallón con marco de oro, besa el rostro de una mujer allí estampado. Recuerdo y símbolo de aquel amor que para él lo significó todo, Pierre humedece con una lágrima lo que en días felices le fuera regalado por la bella. Si alguna vez el lector visita el Cartujo de Miraflores, no intente ver a un hombre que agoniza ni pregunte por Pierre de Mortisac. Le dirán que allí los hombres no tienen nombre, que los que en aquel claustro penetran mueren para el mundo y sus falsedades, y que sólo están allí para entregar su último hálito de vida con una oración por la remisión de todos sus pecados y el eterno descanso de sus almas.

Escribió a la dirección que se indicaba, enviando también su retrato. El autor del anuncio era el capitán Mac-Leod, nacido el primero de marzo de 1856, descendiente de una ilustre familia que se remontaba al siglo XII. Era un hermoso hombre y un oficial de raro valor. El encuentro de ambos se efectuó el 24 de marzo de 1895. Volvieron a encontrarse seis días después. En el mes de abril se comprometieron para casarse el 1 de julio. La ceremonia fué solamente civil. El matrimonio fué a pasar una corta luna de miel en Wiesbaden, instalándose después en La Haya.

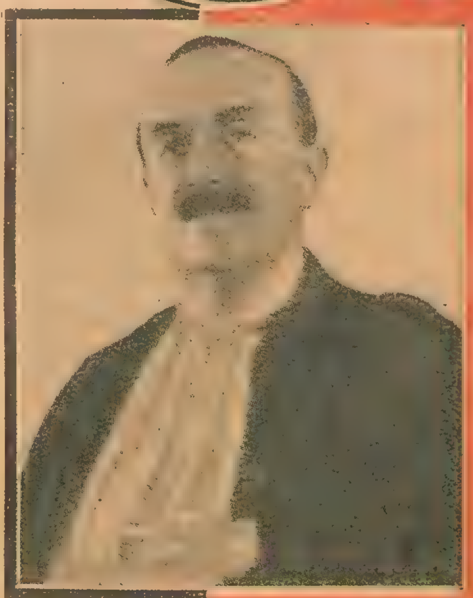
Sólo la atracción sexual los había lanzado uno en brazos del otro. Del punto de vista ético, de la inteligencia y la moral, existía entre ellos un abismo infranqueable. Gertrudis era egoísta, futil, vanidosa, derrochadora (las cartas que ella escribió son de una frivolidad afligente: sólo aluden a sus "toilettes"). El capitán estaba dotado de un carácter generoso y franco — un poco



Eduardo Clunet, abogado francés que tuvo a su cargo la defensa de Mata Hari y que lloró al escuchar la sentencia de muerte.



La hermana Leonidas, compañera de Mata Hari en sus últimos momentos y que recogió su despedida en forma de sonrisa.



El capitán del ejército francés Bouchardon, juez instructor en el sensacional proceso que determinó la muerte de Mata Hari



Monsieur Messimy, ex ministro de Guerra de Francia, de quien se dice que fué uno de los amantes de la espía.

Principales personajes en el sensacional proceso.

irascible — pero fundamentalmente bueno y sin malicia. (En este punto existen contradicciones de toda índole, pues mientras unos dicen que Mac Leod era un hombre de buenos sentimientos, otros aseguran que era un borracho incipiente, poseedor de un carácter agrio y de una incultura a toda prueba.) El conflicto no tardaría en surgir. Mas el 30 de enero de 1896, la señora Mac Leod da a luz a un niño.

El 1 de mayo de 1897, el matrimonio se embarca con la criatura para las Indias Holandesas, donde el capitán debía comandar un destacamento de soldados coloniales. Siempre frívola, negligente y gastadora, Gertrudis pone al marido en una situación económica delicada, haciéndole encarar sus extraordinarios gastos con gran dificultad. Habituada desde la cuna a una vida plena de comodidades, si no de lujos, la joven esposa echa de menos el ambiente social en que viviera. Comienza entonces a flirtear con la mayoría de los oficiales del destacamento, y el pobre capitán todo lo soporta, contentándose con desahogar sus penas en las cartas que escribe a la familia.

Un golpe doloroso viene a herirlo casi mortalmente: su hijo, de tres años de edad, muere súbitamente, víctima del instinto vengativo de una sirvienta indígena. El comandante Mac-Leod regresa a Holanda, en 1902, acompañado de la esposa y de una hijita nacida el 2 de mayo de 1898.

En Europa la vida continúa siendo para él un infierno con repetidas separaciones y reconciliaciones entre los cónyuges. A pesar de lo que dicen los apologistas de Mata Hari, el marido de la bailarina no era violento con su esposa, sino que llegaba a ser de una excesiva tolerancia.

Entre las cartas del capitán Mac-Leod existía una escrita poco después de su separación definitiva, donde se podían leer estos párrafos:

"La pequeña Luisa, que acaba de completar los cuatro años y medio de edad, vino a decirme un día haber estado con "mamá" en una linda casa, donde pudo verla hablar gentilmente con un caballero que la abrazaba. Dos o tres veces por semana la madre infame frecuentaba aquella casa sospechosa y muy conocida, acompañada de la pequeña Luisa. Ella se encontraba allí, entre otros con el capitan M..."

LA VERDAD SOBRE MATA HARI

Nuevamente dejamos la palabra a Paul Funch:

"En 1912 estaba sin noticias suyas. Ignoraba completamente lo que le había acontecido ni sabía (lo que sólo vino a mi conocimiento por los "Recuerdos de un médico de las prisiones de París", del doctor L. Bizard), que Mata Hari frecuentaba casas de moralidad dudosa.

Gómez Carrillo, el más apasionado de los biógrafos de la bailarina-espía, convertida luego en cortesana de alto rango, supone que la señora de Mac-Leod iba a esas casas para estudiar tipos y caracteres, lo que no deja de ser una afirmación ingenua.

Esto se desmiente con las palabras del sensato biógrafo de la bailarina:

"Decíase que sus romances sentimentales *eran conseguidos a costa de un cheque de mil francos y pude certificarme de esta verdad*".

"A principios de julio — sigue Paul Funch — me sorprendió recibir una carta de Mata Hari en la que me suplicaba la fuese a visitar a un pequeño hotel de la calle Windsor, 11, en Neuilly (Francia). Fuí recibido en un salón sin ningún lujo, de paredes desnudas, sin cuadros, la mesa sin carpeta y la pieza sin muebles. Ella me confió entonces su desdicha: un amante la había robado, dejándola sin un centavo. Sus acreedores, implacables, le exigían el pago de las cuentas atrasadas. Estaba decidida a vender lo que le quedaba: su caballo de pura sangre "Cacatoes", que sólo se dejaba montar por ella, dos juegos de cristal que me mostró, de reducido valor, y un servicio de café "Premier Empire", que apenas le podría rendir unos doscientos francos".

"Ella me dijo entonces con un cierto cinismo, mas poseída de sinceridad, que no valía la pena mentir y tenía razones para entregarse al primero que se apareciese con un billete de mil francos. Prueba evidente de que no era la primera vez que lo hacía."

"Estaba bajo una agitación realmente desesperante. Yo la calmé como me fué posible, argumentando que una mujer tan seductora y una artista de su talento no tenía derecho a desesperar. Fuí a ver a un comprador de antigüedades y no quise saber lo que le había producido a Mata Hari la *liquidación* de aquellos modestos objetos."

POR QUE SE HIZO ESPIA

Con esto queda destruída la leyenda de una Mata Hari rica, que exigía a sus amantes no menos de 30.000 francos por una noche de amor.

Un testigo presencial: Paul Funch la había visto en camino de la ruina, apurada por los acreedores y observando que en la casa no existía ya ningún objeto de valor.

A pesar de las afirmaciones de M. Hymans, quien dice que Mata Hari entró al servicio de los alemanes en 1904 (cuando a pareció en París) la letra de su matrícula H. 21 viene a probar lo contrario. Fué justamente el 1 de agosto de 1914 cuando la letra "H" fué el distintivo de todos los espías alemanes.

Mata Hari desde 1912, que es cuando comenzaron sus dificultades financieras, procuraba obtener datos de importancia para los alemanes. Fué, sin duda; puesta a prueba primero; empezó haciendo pequeños servicios — o tal vez tuvo escrúpulos o no había aún agotado los recursos de sus amantes.

En 1914 entró al servicio del espionaje alemán en forma activa.

Algunas semanas antes de la guerra partió para Alemania, donde se hospedó en el hotel Victoria. M. de With, jefe del espionaje alemán en Holanda la había llamado allí. Después de haber bailado en La Haya, en diciembre de 1914, volvió a Francia en enero de 1915, para cumplir una misión que le confiara el jefe del espionaje alemán, el que le remitió 30.000 marcos.

Desde entonces el contraespionaje francés siguió todos sus pasos. Fué la "Inteligente Service" (Contraespionaje Inglés), que previno a sus colegas. Mata Hari volvió a Francia en 1916, pidiendo autorización a las autoridades militares para residir en Vittel, donde se estaba organizando el centro de la aviación de bombardeo de guerra. Aproximóse y trató de conquistar a los oficiales aviadores, pero su actitud llamó la atención y su intento fracasó.

Reclamó de su amor a Francia y por voluntad propia pidió entrar al servicio de los aliados. Se la sometió entonces a una prueba decisiva. Diósele una supuesta misión en Bélgica y se la mandó a recorrer Inglaterra y de allí pasar a Bruselas. Llevaba consigo el nombre de seis agentes secretos a quienes debía visitar: cinco de ellos eran sospechosos y uno un agente *"doble"* que se sabía trabajaba simultáneamente para Francia y Alemania. Quince días después o sea el 13 de noviembre, el agente *"doble"* era fusilado por los alemanes. Los otros cinco ni fueron incomodados. Estaba hecha la prueba.

De Holanda pasó a Londres, donde M. Thomson, jefe de la policía secreta inglesa le dijo: "Escuche el consejo de un hombre de experiencia. Renuncie a lo que está haciendo."

Mata Hari fué entonces a Madrid, donde se hizo amiga íntma del comandante Kalle, "attaché" militar alemán y del "attaché" naval de Francia, que estaba prevenido. Su "trabajo" no resultó esta vez eficiente para Alemania.

A fines de 1916 los alemanes reconocieron que su actividad sería muy útil en Francia, mandándola a París, donde debía recibir un cheque de quince mil francos, pagadero en el "Comptoir National d' Escompte".

Después de su embarque el comandante Kalle envió un "sin hilo" a Amsterdam (despacho que el gobierno francés interceptó), en donde el jefe del espionaje alemán en Holanda confirmaba la remesa de la suma combinada para H. 21.

El 3 de enero de 1917, Mata Hari llegaba a París.

SU VALOR ANTE LA MUERTE

Mata Hari compareció al Tercer Consejo de Guerra el 24 de julio de 1917. Los siete miembros de éste eran todos militares de carrera, a excepción de un abogado civil.

La acusación exhibió pruebas materiales irrefutables, abrumadoras.

La defensa de M. Clunet, su abogado, se redujo a apelar a los sentimientos del jurado militar. Citó la vida dolorosa de Gertrudis Gsell; sus infortunios y pesares. Dijo que sus relaciones con los alemanes no eran prueba para acusarla como tampoco el que le escribiesen bajo el nombre de H. 21.

Pero todo esto no fué suficiente, pues aquella mujer fué fusilada.

Los siete jueces tenían que responder a las siguientes preguntas: Si la acusada tuvo, en 1916, relación con el enemigo. 1º En España. 2º En Holanda. 3º En Francia. ¿Ella se introdujo en el campo de guerra aliado y recogió informes para el enemigo? ¿Informó al enemigo de una próxima ofensiva francesa?

La respuesta a todas estas cuestiones fué "sí" por unanimidad.

Si Mata Hari creyó que el fusilamiento era o no una parodia, es cuestión que no está aún bien aclarada, ya que al parecer se planeó un complot para efectuar un simulacro de fusilamiento, que más tarde fué desbaratado por un alto oficial francés, enemigo personal de Mata Hari. De cualquier manera, no se le puede negar que supo plantarse ante los fusiles con entereza y morir con indomable valor.

En esto fué heróica. Aquella mujer frágil, voluntariosa, débil, no tembló donde hubieran sentido miedo muchos hombres de valor bien probado...

Y así murió Mata Hari. En la mística cartuja de Miraflores, en Burgos (España) vive un monje, de enfermizo aspecto, pálido y desencajado. Es Pierre de Mortisac, millonario francés y hombre muy conocido en las nocturnas juergas parisienses. Fué el último amante que tuvo Mata Hari, por cuyo gratísimo recuerdo ha ido a sepultarse en el claustro, donde la palabra es una profanación.

SU CARACTER REVELADO

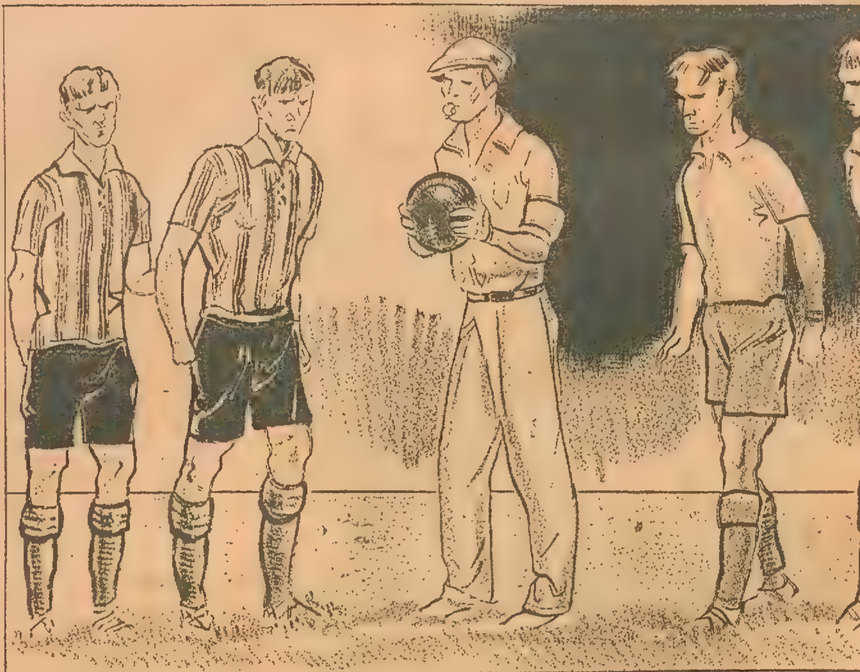
Como hemos visto, la verdad surge plena de todos los documentos que consultamos, y no hemos de dudar sobre los motivos que la llevaron a convertirse en espía. Las razones que dan sus

(Continúa en la página 61)

Pequeños GRANDES PROBLEMAS *del* FOOT-BALL

¿Cuál es la infracción que puede producirse durante el desarrollo de un match, sin que la pelota esté en juego?

La única infracción que puede producirse durante el desarrollo de un match sin que la pelota esté en juego, ocurre cuando el árbitro se ve en la necesidad de ejecutar un dropp-ball, o lo que entre nosotros se llama pique. En efecto, cuando el referee deja caer la pelota, es sabido que ésta sólo estará en juego una vez que haya tocado el suelo. Pero si antes de que tal ocurra un jugador de uno de los bandos la juega, incurre en infracción que es castigada con un freekick, del cual no puede marcarse goal directo. Como queda dicho, la infracción se comete durante la corta trayectoria que la pelota sigue hacia el suelo, después que el árbitro le dejó caer.



CUENTO para los NINOS ••

El ENANITO de la BARBA de PLATA

Por Elena S. MUÑOZ



—*Habéis hecho muy mal en querer salvar la vida de vuestro hijo.*

EL príncipe Omir, heredero del trono de Trisia, se hallaba gravemente enfermo. En vano habían sido llamados los más eminentes médicos de todas partes del mundo. Ninguno, a pesar de su ciencia, había logrado siquiera atenuar la gravedad del mal que amenazaba acabar con la vida del desventurado niño.

La desesperación de sus augustos padres era, por cierto, terrible. Por la salvación del hijo hubieran dado no sólo el trono, sino también todos sus bienes. Pero el ofrecimiento, si bien despertaba la codicia de todos los sabios, no lograba inspirarle a ninguno la fórmula mágica que pudiera devolverle la salud al enfermito.

En estas trágicas circunstancias se presentó en el palacio real un gracioso enanito con una espesa y larga barba de plata, y habló así a los afligidos padres:

—Vuestro hijo no debe vivir, porque su destino no puede ser más negro. Dios, al querer arrebatároslo, sólo se propone librarlo a él y a vosotros de muchas angustias y muchos dolores. Si vosotros queréis, yo puedo hacer que viva para que cumpla su destino. Pero no os lo aconsejo. ¿Qué me respondéis?

El rey y la reina se miraron, interrogándose. Y mientras él respondía: "Si es así, que no se salve", la reina, desgarrado su corazón de madre, repuso rápidamente:



—¡Sálvalo! Si lo salvas te daré todos los tesoros que me pidas.

—Pensadlo bien, señora, que luego será tarde para arrepentiros.

—¡Es mi hijo! ¡Carne de mi carne y vida de mi vida! ¡No me arrepentiré nunca de haberle salvado la vida!

—Bien; yo os respondo de que vivirá. Volveré en seguida.



Marchóse, dejando a sus majestades esperanzados, y volvió a poco seguido de un grupo de enanitos como él, todos luciendo la más hermosa barba de plata. Pidió permiso el enanito para pasar con su séquito al aposento del príncipe, y así que le fué otorgado, iniciaron su cometido. Mientras unos tocaban una música extraña con unos no menos extraños instrumentos, otros empezaron a ejecutar las más caprichosas danzas. A los acordes de la música y a la algarabía de los danzadores, Omir entreabrió los ojos y a sus labios asomó una sonrisa. La reina, que desde detrás de un cortinado seguía atentamente el extraño rito, al ver sonreír a su hijo sintió inundársele el pecho de un inexplicable gozo.

—¡Ya está salvado! — exclamó.

En efecto; ya estaba salvado. Los mismos sabios que habían fracasado no pudieron menos que reconocerlo. Al cabo de algunos días, en los que los extraños danzadores no escatimaron su entusiasmo, el niño se hallaba ya completamente restablecido. Entonces el enanito de la espesa y larga barba de plata dijo a sus majestades:

—Como veis, he cumplido mi palabra de salvarle, y lo he hecho tan desintere-

(Continúa en la pág. 55)

PARA LAS MADRES

Por "EL MEDICO DE GUARDIA"

LO QUE DICEN LAS MANOS

La piel de la palma de la mano siempre ha sido un signo de gran valor para la medicina. Cuando aparece sonrosada, es indicio de salud; excesivamente roja, indica tendencias a la apoplejía y a la hemorragia cerebral; suave y sedosa, augura el reuma o la gota; húmeda, significa que debe moderarse el trabajo mental.

Para las enfermedades del hígado y las biliosas, no hay síntomas más seguros que los que ofrecen las manos.

Las manos de una persona sana e inteligente, anuncian riqueza de sangre, normalidad en los nervios y salud excelente bajo todos aspectos. Sus líneas son seguidas, no dudosas. La línea de la vida rodea la base del pulgar con toda limpieza, sin solución de continuidad; la del corazón, que se extiende hasta la base del primer dedo, denota una naturaleza emocional perfecta, equilibrada, y la de la cabeza, que cruza la palma, es vigorosa y decidida. Si esta última se inclinase hacia abajo en el canto de la mano, indicaría facultades mentales vacilantes y mal equilibradas. El vigor del trazado de cada línea indica su valor físico; lo perfecto de su forma denota una mente normal y un cuerpo sano. Si las fuerzas estuviesen agotadas, las líneas serán débiles, nudosas y rotas.

La proximidad de una enfermedad cualquiera puede observarse en las manos, aun antes de que el paciente se dé cuenta de ella. Ante todo es digno de notarse que la forma de las líneas principales corresponde al estado físico y mental de la persona. La línea de vida que rodea la base del pulgar, no presagia por su longitud una larga vida; pero registra por lo menos la intensidad vital del organismo: y las líneas de la cabeza, del corazón y de la salud, muestran si la persona goza de buena salud.

La mano de una persona delicada y nerviosa muestra en la línea de vida la forma de cadena, lo que revela un punto de peligro en la vida, un período en el cual tiene que prepararse contra una enfermedad grave. Si la línea de la cabeza se extiende en ambas manos hacia abajo, indica una naturaleza excitable. Si estas líneas estuviesen cruzadas transversalmente por otras muy cortas sería señal de propensión a la debilidad cerebral. Si estuviesen dispuestas de manera que dejasen en medio un espacio abierto, anunciarían debilidad cerebral.

Las manos que revelan un estómago delicado y fuerzas agotadas, revelan sus naturales consecuencias sobre el cerebro y los demás órganos del cuerpo. La línea de la vida bifurcada en sus extremos, es signo de fuerzas vitales consumidas y rota la de salud que cruza la palma diagonalmente hasta el quinto dedo.

La mano cubierta de una verdadera red de rayas que se entrecruzan en todas direcciones, indica un temperamento nervioso y enfermizo; es la mano de los locos. Esto no quiere decir que el que la tenga así haya de volverse loco por precisión; pero sí que debe tener mucho cuidado para evitar todo accidente.

SEÑORA: DESDE SU MAS TIERNA EDAD EDUQUE A SUS HIJOS. PIENSE QUE LOS NIÑOS SON COMO LOS ARBOLES; SI CRECEN TORCIDOS ES IMPOSIBLE ENDEREZARLOS.

La CALLE no es PARA JUGAR



Nos hemos ocupado muchas veces en esta misma sección de los juegos infantiles en la calle. Decíamos, y repetimos ahora, que hay juegos que, sin ser violentos, son por demás peligrosos, por cuanto más de una vez pueden ser causa de lamentables accidentes.

Uno de los juegos así considerados es el que muestra la presente foto, en que aparecen unos niños sorprendidos en plena calle, en el momento de iniciar una de esas carreras cuya meta más de una vez es la farmacia.

Llamamos la atención de todas las madres sobre este particular, máxime desde que hay plazas y parques en los que existen excelentes pistas para que los niños puedan andar libremente, sin el riesgo de caer bajo las ruedas de vehículos y sin poner en apuros a los transeúntes, a quienes en más de una ocasión se llevan por delante.

Por otra parte, existía una ordenanza policial para reprimir los juegos en la vía pública. Si está en vigor o no, no lo sabemos, porque el caso es que se ven muchos niños jugando en la calle, hasta con grandes pelotas, con las consiguientes molestias para el público.

LAS PERTURBACIONES DEL HIGADO

Puede decirse que las afecciones hepáticas son debidas al esfuerzo digestivo causado por la desastrosa alimentación y falta total de ejercicios físicos y vida a pleno aire. Si no fuera por estas causas el hígado no se vería jamás obligado a forzar sus funciones acabando por inutilizarse. Si desfallece es a causa de la deficiente acción de los intestinos y de la infección morbosa de la sangre.

Los alcoholes son grandes enemigos del hígado porque lo irritan produciendo, en muchos casos, "cirrosis" o sea inflamación y endurecimiento de tan importante glándula.

No hay más que una cura para las afecciones del hígado, tanto más lógica cuanto más evidente es la causa. La alimentación higiénica y el buen orden de la vida excepto cuando ya se trata de casos de "cirrosis" en que se precisa un año de régimen para lograr su curación.

ARESTIN

Esa manifestación que usted dice observar en la cara de su hijita, se debe, sin duda, a la sangre. Las características del mal, tal como usted nos las menciona, son las del arestín. No es grave, pero es molesto, y si no toma usted a tiempo las medidas para combatirlo, puede llegar a cubrirle toda la cara. Hágala ver del médico o llévela a la botica. Como esta afección está muy difundida entre los niños, los farmacéuticos ya saben de sobra qué preparación es la más adecuada para realizar un buen tratamiento.

Cdo. a "Madrecita de muchos", de Bajo Hondo.

ALIMENTOS PARA ADELGAZAR

Nos pide usted que le señalemos algunos alimentos convenientes para adelgazar, y tenemos mucho gusto en indicarle los principales:

Verduras: *Alcauciles, berenjenas, chauchas, espinacas, lechugas, tomates, repollos, zapallos, zanahorias y rabanitos.*

Carnes: *Ternera, jamón, pescados de todas clases y mariscos.*

Frutas: *Ciruelas, duraznos, granadas, higos, frutilla, melón, mandarina, sandía, manzanas, peras, uvas, naranjas, etc.*

En cuanto a sopas, puede recurrir a las siguientes: sopa juliana, caldo colado y consommé.

Cdo. a "Subscriptora", de Chilecito.

LAS CATAPLASMAS

El mejor medio para saber si las cataplasmas están en condiciones de ser aplicadas sobre la piel de los niños, es decir, si su calor no es excesivo, lo que podría producirle graves quemaduras, es probarlas sobre el dorso de la mano, donde se siente la verdadera fuerza del calor. En lo sucesivo, cada vez que quiera aplicarle cataplasmas a su nene, no olvide este detalle, y así no tendrá que lamentar las quemaduras que ahora inconscientemente le ha producido.

Cdo. a "Generosa", de Bahía Blanca.

MUCHAS MADRES CREEN QUE SUS HIJOS SON LOS MEJORES. AL DECIR ESTO INFIEREN UN AGRAVIO A LAS DEMAS MADRES QUE SE DESVELAN POR LA ADUCACION Y LA INSTRUCCION DE SUS HIJOS.

LOS PRIMEROS DIENTES

No debe usted alarmarse, señora, por esos síntomas que nota usted en su nenita, pues los niños, al echar los primeros dientes, babean mucho y suelen ponerse muy fastidiosos, sin que, como le decimos, sea síntoma de algo malo. Si quiere, puede darle ese jarabe que dice usted que le han recomendado; por nuestra parte le recomendamos que le frote las encías con miel rosada.

Cdo. a "Madrecita", de Rosario.

LOS SABAÑONES

Uno de los remedios más eficaces contra los sabañones es el siguiente: en cuanto empiezan a formarse se bañan en agua lo más cargada posible de sal. Este baño debe durar alrededor de diez minutos.

Cdo. a "Ursula", de Resistencia.

La VIDA *de sus* NIÑOS ESTA *en sus* MANOS: CUIDELOS MUCHO

EL ENANITO DE LA... (Continuación de la página 53)

sadamente que me sentiría ofendido si me ofrecierais algo. En cuanto a lo que el niño tenía, no era nada grave. Era tristeza. Con nuestra música y nuestros cantos y bailes hemos logrado alegrar su espíritu, devolviéndole la salud. Ahora ya no nos queda nada que hacer aquí, y nos marcharemos, pero no sin antes deciros yo, a vos, señora, que habéis hecho muy mal en querer salvar la vida de vuestro hijo.

Por toda respuesta la reina exclamó:

—¡Es que es mi hijo! ¡Carne de mi carne y vida de mi vida! Si él no se hubiera salvado, me hubiera muerto yo también.

—Esa es una desgracia de todas las madres. ¡Qué le vamos a hacer!

Y se despidió hasta que las circunstancias volvieran a requerir su presencia.

Pasaron muchos años: quince, veinte, quizá más. El rey de Trisia había muerto y la reina madre había delegado el trono en su hijo Omir.

Desde el primer día de su reinado, Omir empezó a hacer sentir a su pueblo el peso de su autoridad. Le impuso humillaciones, fuertes impuestos y le restringió todas sus libertades. Esto fué causa de que se desencadenase el odio de sus súbditos contra él y se le amenazase con darle muerte.

La reina madre, a cuyos oídos llegaban estas amenazas y los gemidos de su pueblo, sentía que se le desgarraba el corazón. Y se acordó, con gran pesadumbre, de las palabras del enanito de la barba de plata. ¡Cuánta razón había tenido! Debió dejar que el cielo cumpliera su voluntad, llevándose al hijo de su alma. Su dolor, por grande que hubiera sido, ya se hubiera calmado, que el tiempo todo lo puede. En cambio, ahora tenía que sufrir la más cruel de las desilusiones, frente a la tiranía de su hijo y al encono de su pueblo. Y reclamó en su desesperación la presencia del enanito, que no se hizo esperar. Cuando lo tuvo en su presencia le dijo:

—Tenías razón cuando me dijiste que debía dejar morir a mi hijo, pero entonces yo era madre, sobre todo, y no podía hacer tal cosa; pero ahora no voy a reprocharte ni a pedirte nada para mí ni para él. Voy a pedirte algo para todas las demás madres de la tierra; que cuando está de Dios que un hijo debe morir, que no lo salves jamás; ¡que no lo salves por todo el oro del mundo, ni por todo el dolor de una madre!

Y dicho esto, la infeliz reina rompió a llorar desconsoladamente en los brazos del enanito de la barba de plata, que también tenía corazón.

FIN

CUANDO UN HOMBRE... (Continuación de la pág. 48)

de pronto vime obligada a actuar como espía. Logré hacerlo caer en cierto sopor, y entonces... Bien, no había otra cosa que hacer más que desistir, y así lo hice de inmediato.

"Otra vez la preparación a que me he referido no surtió un efecto completo. El hombre quedó sólo parcialmente narcotizado. Me sorprendió, mientras revisaba sus cosas, y me obsequió con un balazo. Esa fué la causa de una de mis heridas.

"La cicatriz de la frente se la debo a una reunión bolchevique realizada en Dieppe. Como ve, fuí una espía de la postguerra."

Según parece, la baronesa Jenssen fué llevada de niña a Pretoria y Johannesburg, en Sud Africa. Su padre era cónsul allí. Joven, llena de atractivos, los hombres la rondaron mientras duró su adolescencia.

Después de desempeñar el puesto de secretaria de un alto funcionario de Pretoria, pasó al Departamento de Informaciones de la Unión Sud Africana, cargo en el cual empezó a revelar las condiciones de astucia y habilidad que tan célebre la hicieron más tarde.

POR TODO EL MUNDO

Algún tiempo después realizaba comisiones en las más distantes partes del mundo, y para ello tuvo que aprender los idiomas y las costumbres de los pueblos entre los que debía actuar. Intervino en asuntos de índole diversa, pero de trascendental importancia para el gobierno al cual servía, y no es arriesgado afirmar que la baronesa estuvo mezclada en muchas cuestiones políticas que llegaron a interesar a las cancillerías en los años de la postguerra. Algunas de sus intervenciones ofrecían peligro de muerte, pero otras resultaban puramente rutinarias.

—La cicatriz de mi frente me la hizo un ruso—relata la baronesa. — Me había presentado a un grupo bolchevique y fuí aceptada como compañera. Dos hombres se hallaban en el mismo caso y uno de ellos me había precedido. Se estaba por realizar una reunión en Dieppe para estudiar los planes de una revuelta próxima a estallar.

"En el transcurso de la sesión vi de pronto que un dedo me señalaba. La palabra "espía" circuló en seguida como un reguero de pólvora. Me habían descubierto. Mi asistente me ayudó a salir, pero no antes de que saliera a relucir un cuchillo. Recibí un tajo en la frente, pero logré huir."

Cuando la baronesa era niña, una tía suya le había profetizado: "Tu destino será ocasionar la ruina de muchos."

—A pesar de ese augurio — explica ella, — no me considero responsable de la ruina de nadie. Mi experiencia me enseñó que la culpa, si la hay, es de la misma víctima. Me he visto obligada a estimular las locuras de los hombres. Pero esas locuras ya existían en ellos. Yo no las originé. Si malgastaban su dinero o incurrían en otras indiscreciones de conducta, no era cuestión mía. Mi oficio consistía en dejarlos que se volvieran lastimosamente tontos... y conseguir la información que se me encargara.

—He corrido muchas aventuras, pero no aspiro al título de aventurera. Me acerqué a cientos de hombres de las más distintas condiciones, pero jamás tuve un amante. Le he sacado mil libras a un hombre por la mañana, y por la tarde me he rehusado a dejarme besar.

"Pero, de todas maneras, nada de eso hubiese ocurrido, a no ser la desgracia que cayó sobre mí cuando recién empezaba a vivir — continúa diciendo la baronesa. — Me había casado muy joven, y apenas nació mi hija mi marido desapareció."

Fué entonces que la baronesa Jenssen se entregó a esa vida de peligros continuos, para — como dice ella misma —olvidar y hacerse un nuevo espíritu. Entonces y por cierto tiempo, un tercer romance le pareció posible. Pero el desengaño vino de inmediato; su deber la obligaba a narcotizar a ese mismo amigo con sus besos envenenados...

Cuando él despertó, aun fascinado, la buscó por todas partes, pero ella había regresado a Sud Africa. Siguió tras sus huellas y le pidió que se casara con él, pero la baronesa se rehusó terminantemente.

Se trataba, al parecer, de un cierto barón Sergei que ella conoció a bordo de un barco en el que regresaba a Europa, después de seguir la pista en Kafir y otros lugares de Africa a varios corredores de armas, cuyas actividades preocupaban la atención de su gobierno. El susodicho buque fué teatro de muchos episodios románticos. Y después los años pasaron. Ella llegó a amarlo a su manera.

Con motivo de ciertas actividades extremistas respecto a las cuales debía informar, le siguió el rastro a Sergei, cuya espléndida voz de tenor la baronesa había admirado más de una vez, hasta la casa de un viejo maestro de música, residente en Londres. Se encontró allí con un anciano, alto, encorvado y que usaba blancas patillas. Pero él cantaba las mismas canciones que ella le había escuchado a Sergei. Se trataba, indudablemente, del barón disfrazado. Después de simular un gran interés por la música durante cierto tiempo, una tarde la baronesa desenmascaró a su antiguo galán. Este también parecía haberse dedicado al espionaje, y ella, sin poder resistir entonces, le confesó que se había entregado igualmente a esa vida por la pasión que él había encendido en su alma.

Algunos días después, ella le administró la droga, pero sus remordimientos fueron tan grandes durante la noche, que cuando Sergei despertó a la mañana siguiente, la baronesa puso de nuevo en sus manos los papeles que le había robado, y huyó.

Por eso la dama a que nos referimos cree, por el momento, al menos, que nunca pisará de nuevo la senda del matrimonio.

Interrogada sobre dónde ocultan los hombres sus papeles secretos, la célebre espía, contestó:

—Generalmente, en los sitios más accesibles. Los relatos sobre agentes que guardan sus documentos en las suelas de sus zapatos o los cosen en sus ropas, deben referirse, seguramente, a aquellos que intentan salir del país en que se encuentran. Por lo general, los más importantes papeles se encontrarán en los baúles y maletas, y aun en los bolsillos.

"Los escondites elegidos algunas veces resultan graciosos. En una ocasión encontré un documento de gran importancia en el estuche de un peine de bolsillo. El pequeño papel envolvía el adminículo de toilette y éste estaba sobre una mesa de un hotel, alrededor de la cual anduvieron muchas criadas varios días. En realidad, una de esas criadas se apoderó de él, y ésa era yo."

Incidentalmente la baronesa afirma que durante su actuación nunca encontró un hombre absolutamente poco interesante.

—No quiero decir que todos los hombres que encontré fueran atrayentes o sintieran interés por mí. Lo que digo es que todos, ya se tratase de un general ruso o del conductor de un taxi parisiense, tenían bastante vanidad, idealismo, fuerza bruta o humanidad para que resultara interesante conversar con ellos un rato, por lo menos. Mi trabajo consistía en estudiar a los hombres de cuyos secretos de Estado debía apoderarme. Encontré que la vanidad era el mal de que todos padecían. Por más rígidos que fueran, la adulación lograba hacerles quebrar su mutismo.

La baronesa se percata de que el té se ha enfriado. Sorprendida, mira su reloj pulsera. Se pone de pie, y al hacerlo olvídase del espionaje internacional para acordarse de sus deberes sociales.

—Tendrá usted que disculparme, pero tengo un compromiso para comer y jugar al "bridge"... Y ya es hora de vestirme — dijo políticamente.

FIN

Distinguidos MODELOS



3. — Vestido en lainage verde. La pollera es abierta adelante y atrás, dejando ver dos paños plegados a pequeñas tablas en crêpe marocain blanco. Dos moños cierran el escote y la cintura.

4. — En la confección de este vestido se ha empleado crêpe marocain para la pollera y crêpe marocain amarillo pointille negro para la bata y una parte de las mangas. La blusa está formada por un fichú que forma la parte de arriba de las mangas. Adelante va cruzado y se cierra a los costados con tres botones. Está ribeteado en la parte del escote por una fina tira de organdí blanco.

2. — Para las grandes reuniones mundanas se ha creado este ensamble de líneas sumamente distinguidas. El vestido es de muselina de seda a cuadros, blanco y lila. La chaqueta tiene una capa que cubre parte del brazo. Ligeramente drapeada adelante, se cierra al costado. Dos paños caen a lo largo de la pollera.

1. — Un tailleur de Jenny, sobrio y simple. La pollera está confeccionada en lanaige azul marino; la blusa en lana tejida, con manchas blancas. El talle esá sujeto por un cinturón de lana blanca. El pequeño saco es blanco, con adornos de lana tejida.

para la MUJER CHIC



5. — *Vestido en crêpe de Chine verde. De corte sencillo y elegante; forma en la bata un ligero drapeado. Las mangas están terminadas por otras pequeñas de crêpe de Chine gris, que se recogen a la altura del codo. Una écharpe se anuda al cuello.*

6. — *Traje en crêne royal color azul noche. La blusa es drapeada y muy escotada atrás y adelante. Ancho cinturón color naranja acentúa el talle.*

7. — *Modelo ejecutado en moussu; el alto del saco se destaca de las mangas, de manera que ensancha las espaldas. La pollera es ligeramente acampanada. Blusa de organdí color marrón claro.*

8. — *Un original vestido-saco, en tedelik color azul marino. Anchas mangas semilargas. Gran cuello ligeramente drapeado en la parte de atrás y adornado con tiras de la misma tela en color rojo y azul bleu. Cinturón trenzado, rojo y azul.*

LA CIENCIA DE PREGUNTAR

COMERCIANTE. SAN NICOLAS DE LOS ARROYOS. — Las cuestiones que usted plantea no se puede aclarar ni resolver en el breve espacio que contamos para evacuar las consultas que se nos hacen. Transcribimos, como mejor medio de responder, aunque sea en parte, lo que dice Fuchs acerca del "interés": "El interés o censo es la cantidad satisfecha por el aprovechamiento de capitales, representa el beneficio que dichos capitales arrojan a su propietario. En sentido estricto implica "interés monetario", es decir, beneficio de los capitales en forma de moneda. Su cuantía está determinada, en general, por los mismos factores que determinan el precio de las mercancías. En sentido traslaticio se habla, por consiguiente, de un "mercado monetario", en el cual concurren la oferta y la demanda de capital a préstamo, y se dice que el dinero es "caro" o "barato", según que el tipo de interés del mismo sea o no elevado — pues el dinero carece de precio — y el tipo de interés propuesto y ofrecido en este mercado es el tipo local o del país".

• •

GORDITA. — La obesidad es hereditaria. "Viene de familia" como vulgarmente se dice. Puede combatírsela, no obstante, por medio de ejercicios físicos, marchas frecuentes a paso rápido, baños de vapor, siempre que no debiliten el organismo, y sobre todo con un método racional de alimentación a base de verduras cocidas y crudas, frutas, carnes asadas, pescados, etc., excluyendo del menú las grasas, salsas, harinas, dulces de toda clase, etc.

• •



Don Fernando Díaz de Mendoza

ADMIRADORA TRISTE. — Don Fernando Díaz de Mendoza era murciano. Nació en el año 1861 y murió el 20 de octubre de 1930. Sus títulos de nobleza eran conde de Lalaing, marqués de Fontanar y conde de Balazote. Es dos veces grande de España, pues los dos títulos de conde corresponden a esa dignidad. Efectivamente, antes de casarse con María Guerrero, Díaz de Mendoza había contraído enlace con una hija del general Serrano, la duquesa de Laterre. No estamos seguros si enviudó de ella. La primer venida a Buenos Aires fué en el año 1897, debutando en el Odeón con "La niña boba".

• •

UNA LECTORA DE "MUNDO ARGENTINO". BARTOLOME MITRE. — No estamos de acuerdo con los beneficios que pueda prestar ese género de enseñanza. En cuanto a si las personas nacidas el 10 de agosto de 1908 pueden llegar a ser buenas empleadas, no creemos que haya inconveniente alguno para que así no sea, salvo los que opongan las condiciones de la propia persona, con prescindencia de la fecha de su nacimiento.



ESTA de más ponderar la importancia de esta sección que venimos publicando semanalmente. Muchas veces el lector se habrá visto perplejo ante cosas aparentemente simples, pero que de momento no ha podido resolver. Toda consulta que se nos haga sobre los más diversos asuntos, trataremos de satisfacerla lo mejor que podamos. Cuantos se hallen en la duda respecto a cualquier motivo, diríjanse por carta a la dirección de MUNDO ARGENTINO, firmando con su nombre o seudónimo, y responderemos a la brevedad posible en forma sintética y clara.

LA DIRECCION.

LOS LECTORES QUE PREGUNTAN

DOS QUE DISCUTEN. — Antonio Rizzo fué uno de los escultores más grandes del renacimiento y de todos los tiempos. He aquí lo que dice de él Venturi: "El Renacimiento halló en Venecia un escultor genial, Antonio Rizzo, que sintió todavía el valor pintoresco del gótico florido y la necesidad de no restar al nuevo arte tan lujoso indumento. Su obra más importante fué el arco Foscari, en el palacio Duca. Terminada la puerta de la Cruz, que enriqueció con dos recias estatuas, se dispuso a decorar el zaguán que precede a la escalera de los gigantes, esforzándose en recordar las formas de los Ben, creadores del ornato de la puerta antedicha.

• •

PASO DOBLE. — A. Tiene razón. La Constitución Argentina, artículo 21, al referirse a las atribuciones del Poder Ejecutivo, establece textualmente, refiriéndose al primer dignatario: "No puede ausentarse del territorio de la Capital sino con permiso del Congreso. En el receso de éste, sólo podrá hacerlo sin licencia por graves objetos de servicio público." 2º: Es privativo del Poder Ejecutivo indultar o conmutar penas, por delitos sujetos a la jurisdicción federal, previo informe del tribunal correspondiente, excepto en los casos de acusación por la Cámara de Diputados.

• •

EXPLORADOR. — No podemos referirnos a las aguas de ese lago, pues carecemos de medios para averiguar lo que usted nos consulta. Tampoco tenemos noticias de que se hayan hecho estudios especiales al respecto. 2º Biológicamente, los lagos son de tres tipos: lagos oligotróficos, que son pobres en substancias para la alimentación vegetal; los autróficos, que son muy ricos, por el contrario, en substancias alimenticias para los vegetales y los distróficos, que pueden ser ricos en substancias vegetales y en subtancias húmicas.

• •

PORFIADO. SALTA. — Tiene usted razón, en parte, pues con su teoría caeríamos en un círculo vicioso. Para la lógica, la idoneidad es el único título válido, pero, ¿qué sería, por ejemplo, de un hombre que tuviese grandes conocimientos de medicina si careciese del título habilitante para ejercer la profesión? El Estado ha regimentado la misma, y la colectividad debe aceptar ese temperamento, que beneficia a todos por igual.

• •

CHARRUA. — Los alemanes poseen una unidad étnica que los caracteriza. Los dialectos en que se divide el idioma de los mismos, y que se denominan alto, bajo y medio alemán, no son factores que indiquen que la condición anotada anteriormente aparezca destruída.

• •



Vista panorámica de Jujuy

NORTEÑO. — Jujuy tiene 13.500 habitantes.

UNA QUE ESPERA LA RESPUESTA. — Después de agosto no conviene plantar más arbustos en el jardín. Debe activar el trabajo, de modo que antes de terminar ese mes haya concluido con el mismo.

EL ARTE DE CONTESTAR

AMIGAZO. — Las condiciones que se requieren para ser elegido presidente de la nación argentina, son las siguientes: haber nacido en territorio argentino o ser hijo de ciudadano nativo habiendo nacido en país extranjero; pertenecer a la comunión Católica Apostólica Romana, y las demás cualidades exigidas para ser electo senador.

Ahora bien: las condiciones para ser electo senador, además de las que se refieren a la nacionalidad, son las siguientes: tener la edad de treinta años, haber sido seis ciudadano de la nación, disfrutar de una renta anual de dos mil pesos fuertes o de una entrada equivalente. Las condiciones que se requieren para ser elegido vicepresidente, son las mismas.

• •

TIBERIO. — El proceso álgido contra la maffia fué de 1924 a 1925. Puede asegurarse que Mussolini destruyó esa formidable organización.

• •

RAQUEL. ESTUDIANTE DEL LICEO. — No abrimos juicio ni polemizamos sobre las afirmaciones de ese texto. Las "Escifomedusas" afectan, generalmente, la forma de una sombrilla, habiéndolas también de forma acampanada o cónica.

• •



Víctor Manuel III

UN ITALIANITO LECTOR DE "MUNDO ARGENTINO". — El atentado a que usted se refiere contra el rey de Italia, en Milán, en que le arrojaron una bomba, tuvo lugar el 12 de abril de 1928.

• •

MANOS PARDAS. — El color de la piel no es igual en todas las partes del cuerpo, pues el pigmento no está distribuído en forma matemática. El pigmento es una materia colorante de la epidermis.

• •

ARRPYERA ILUSA. — No alcanzamos a comprender el significado de su pregunta. Escríbanos nuevamente.

• •

COCINERITA. TANDIL. — Las manzanas al horno se preparan así: se unta ligeramente con manteca una fuente al horno, se cortan manzanas en rebanadas finas y se colocan en capas con un poco de cáscara de limón y azúcar. Cuando están blandas y un poco estadas se retiran. Eso en cuanto a la manzana en rebanadas; con la manzana entera bastará con colocarlas en la asadera, poniendo un poco de agua debajo para que no se peguen y dejarlas a fuego lento, arriba y abajo. En la parte de arriba se les hace una incisión, por donde se le echa un poco de vino blanco y azúcar en cantidad suficiente. Cuando están a punto se retiran.

EL VERTIGO ROJO...

(Continuación de la página 46)

minado de echar los colchones sobre las ventanas cuando una voz gritó:

—¡La policía!... ¡Nadie se mueva! ¡La casa está rodeada!...

Hicimos una descarga cerrada. Oyóse un grito de horror y los máuseres contestaron con otra descarga que hizo saltar a pedazos los vidrios y madera de los postigos.

Licha corrió a un rincón y se tendió detrás de un mueble. Salvador puso rodilla en tierra y el tableteo de la ametralladora rompió de golpe, perforándonos los oídos.

—Llevála a Licha, Chiquito, por el sótano.

Arrastrándonos por el piso, llegamos a la boca del sótano. La otra ametralladora que había empuñado Laucha comenzó a vomitar fuego.

—¡Los van a masacrar, Chiquito! ¡Miserables! ¡Perros!

—Vamos, Lichita, vamos...

A grandes esfuerzos, conseguí que se deslizara hasta el fondo del sótano, y mientras yo lo hacía, alcancé a ver el intermitente resplandor de las ametralladoras.

—¡Ligero, Licha, ligero!

Sujetándola por un brazo, la browning en alto, avanzamos por el estrecho corredor subterráneo, cuya boca de salida iba a dar a un baldío cubierto de yuyales. Ya fuera, echamos a andar agazapados, pero rápidamente. De pronto, sonó una descarga. Los ojos se me nublaron, perdí el equilibrio y caí de boca sobre los yuyos...

"ESTO ES EL FIN..."

Cuando recobré el sentido, el médico de guardia acababa de extraerme la bala del muslo. La sala estaba en la penumbra. Varias camas más allá, se asistía Laucha.

Sentía en el muslo un dolor agudo, fortísimo, que se reflejaba como golpes de taladro en mi cabeza. Debía tener mucha fiebre. Los ojos me pesaban y dolían y me obligaban a permanecer con los párpados cerrados. Llegaron varios pesquisas.

—Este es un tapao...

—Con esa cara... ¡Quién los ve! Y después matan a mansalva...

Se acercaron a mí y me acosaron a preguntas. No sé lo que les dije.

Cuando me dormí, tuve sueños horribles. En un círculo rojo me miraban los ojos implorantes del hombre muerto.

Desperté dando gritos guturales.

—Cálmese, hijito, cálmese...

Era la hermana de caridad.

—¿Y Licha?... ¿Dónde está Licha, hermana?

—¿Quién, hijito?

—Licha, hermanita... Licha...

—¡Ah! Sí... Esa chica se asiste en la sala 6.

—¿Qué tiene? ¿Está grave, hermana?

—No creo... Dios mediante, todo irá bien. Hay que tener confianza en la misericordia de Dios...

—Yo no merezco eso, hermana...

—Sí, usted, hijito, la merece... Ella también... Todos debemos esperar siempre esa misericordia divina.

Me acometió un deseo enorme de llorar. Pero mis ojos ya no tenían lágrimas...

Pasaron cinco días interminables. Cinco días de incertidumbre y angustia. Nada había logrado saber acerca de Licha.

Aquella madrugada, el cabo enfermero me dijo, al pasar frente a mi cama:

—¿Sabe, Blaskey, que la chica está mal?

—¿Quién, Licha?

—Sí, parece que se va no más...

—¡Oiga, cabo, oiga! Llame al médico de guardia. Quiero hablar con él.

Casi en seguida lo vi entrar. Era un hombre joven.

—Doctor, Licha está muy grave... Quería pedirle, ¿sabe?, yo quiero verla, doctor...

—Eso no es posible — me contestó moviendo la cabeza. — Usted está detenido y procesado.

—Sí, doctor, ya sé. Pero hágame ese favor... Usted es joven, doctor, y puede comprender... Licha era mi compañera... ¡Era todo para mí, doctor!

—No, m'hijo. Yo no puedo ordenar eso.

—Se lo ruegó, doctor... Déjeme verla... Ya no la veré más, doctor. No volveré más... Se lo pido por lo que más quiera, doctor... ¡Por su madre!

Se marchó en silencio y yo escondí la cara en la almohada para ahogar el llanto de dolor, de rabia, de impotencia que reventó en mi garganta.

El cabo me dijo que tenía permiso para verla breves minutos. Apoyado en él, llegué a la cama de Licha. Era una habitación pequeña, casi sin luz. Licha tenía los ojos entreabiertos, las pupilas opacas, las mejillas de una palidez amarillenta. A su lado, una hermana rezaba en voz baja.

—¡Licha!...

Apenas pudo mover su cabecita. Haciendo un esfuerzo, me arrodillé a su lado y acaricié sus manecitas.

—Ahora vendrá Salvador... ¿Sabés, Lichita?... Estáte quieta, así... Tenés que quedarte así, quietita...

—Acercáte — murmuró despacito...
— Así... Me voy, Chiquito... Esto es el fin... Quizá he sido mala contigo... Perdonáme, Chiquito... Te he querido mucho... Acordáte de tu compañerita... Besáme... así, en los ojos, Chiquito... Así...

La hermana seguía quedamente su rezo. Comenzaba a aclarar...

FIN

¡HOLA!...

¿Con quién hablo?



Saúl. — Hace ya muchos días que deseaba hablarla.
Porota. — ¿Qué se lo impedía?
Saúl. — Un poco de timidez, quizá. Después de nuestro último encuentro en el baile de Belgrano, no hubo día de tranquilidad para mí.
Porota. — ¡Por Dios, no exagere, Saúl!
Saúl. — No solamente no exagero, sino que no digo ni la mitad.
Porota. — ¿Se guarda algo?
Saúl. — El desasosiego, el pensamiento constante en usted.
Porota. — No sé cómo premiar su fidelidad.
Saúl. — Aceptando mi invitación.
Porota. — Creo que no debo.
Saúl. — Cuando se obra respondiendo a un deseo se puede siempre.
Porota. — Casi estoy por decirle que sí.
Saúl. — Entonces me doy por contestado. Usted le pide a su primita que nos acompañe y yo estoy, en la puerta de su casa, con el coche a las diez y ocho en punto.
Porota. — ¿Tiene coche, Saúl?
Saúl. — Sí, Porota, y a su entera disposición.
Porota. — Iremos, entonces.
Saúl. — Ahora soy yo el que no sé cómo agradecerle.
Porota. — Hasta luego, entonces.
Saúl. — Hasta luego.

.....

Saúl. — Necesito de ti esa gauchada.
Roberto. — Encantado si pudiera complacerte. Te aseguro que me apena, pero ya me había comprometido con las chicas de Alvarado.
Saúl. — Eres tan amigo de las chicas, que te será fácil diferir el compromiso para otro día.
Roberto. — Si te hago una pregunta, ¿me contestarás con sinceridad?
Saúl. — No hay inconvenientes; pregunta nomás.
Roberto. — ¿Tú me pides el coche para salir con la Porota Molina?
Saúl. — ¿Quién te lo dijo?
Roberto. — No respondas con otra pregunta.
Saúl. — Sí, ¿cómo lo sabes?
Roberto. — En nuestras charlas te descubrí la predilección.
Saúl. — ¿Y ni aun así me sacas del atolladero?
Roberto. — ¿Ya la has invitado?
Saúl. — Claro, y hasta le dije que el coche es mío.
Roberto. — No te imaginas cómo lo siento, pero hoy es imposible. Busca un pretexto factible y da marcha atrás.
Saúl. — Eres un mal amigo.
Roberto. — Estás ofuscado; no se juzga a los amigos por esta insignificancia.
Saúl. — En estas insignificancias es que se les conoce.
Roberto. — Reflexiona, hijito, y no te enojes. Hasta mañana.
Saúl. — (*Cuelga el tubo sin contestar.*)

.....

Roberto. — Me lo contó un pajarito...
Porota. — No haga chistes, Roberto, ni siquiera mi prima se habrá enterado todavía. La indiscreción de Saúl es imperdonable.
Roberto. — Hay otras personas directas en las que usted no cree.
Porota. — ¿Se refiere a usted?
Roberto. — Por ejemplo.
Porota. — No lo demuestra, ya que le ha faltado tiempo para chismear.
Roberto. — Me falta decirle lo principal.
Porota. — ¿Cuál es?
Roberto. — Que el tal Saúl se da corte con cosas ajenas. Yo me enteré del paseo porque me pidió prestado el auto.
Porota. — Así que Saúl...
Roberto. — "Tendría" auto. ¿Quiere salir conmigo, Porota?
Porota. — No puedo, y gracias por sus buenos oficios... (*Corta.*)

.....

Porota. — Le ruego, Saúl.
Saúl. — Como usted quiera.
Porota. — Sí, tanto mi prima como yo preferimos ir al cine.
Saúl. — Encantado, Porota.
Porota. — Y hablaremos mucho, tengo muchas cosas que decirle. Hasta luego, entonces.
Saúl. — Hasta luego. (*Cuelga el tubo bendiciendo su buena estrella.*)

La TELEFONISTA INDISCRETA

Hablan los veteranos...

(Continuación de la página 47)

mercial — se entrenan todos los días, mientras que en los tiempos nuestros nos entrenábamos al iniciarse la temporada y, después, en cada partido que se jugaba. Creo también, que el juego de "cabeza" ha mejorado muchísimo y, en general, es mucho mejor que en nuestros tiempos, y en esta categoría también pondría el juego de media cancha, o sea, dejando a un lado los tiros al arco y los arqueros mismos. Creo que el shot de antes, cuando se largaba desde cualquier distancia entre diez a treinta y cinco metros — y como "cañonazo" — era más potente que el de ahora y creo que la mayoría de los arqueros eran tan buenos o mejores que los del presente. Naturalmente, el arquero de antes tenía que estar mucho más alerta, pues debía parar el shot y al mismo tiempo cuidarse de no encontrarse dentro de la red "con pelota y todo"...

En los últimos años he visto varios partidos (iría todos los domingos si no me hiciera tanta mala sangre, por la falta de disciplina de los jugadores y lo poco razonables que generalmente son los partidarios de cada team, que insisten en que deben ganar a toda costa los suyos) y en todos ellos ha habido alguna cuestión desagradable. En los últimos dos, los jugadores han desafiado al referee, se han tomado a trompadas entre ellos, y nadie fué echado del field, ni suspendido después. Como es un compromiso asistir en estas condiciones, me he visto obligado a ocuparme de otros deportes. Para el bien del football argentino, es necesario que las autoridades del mismo entren a desempeñar su misión con "mano firme", suspendiendo por seis o más partidos a todos los jugadores que levanten la mano a un contrario y, por el doble, si se desacatan al referee, quien es, y tiene que ser, juez supremo en la cancha, y debe ser apoyado — aunque se equivoque— por los demás jugadores, el público, las autoridades, y por la prensa en general. Cuando esto se haga, volveremos al football de antes y al football que marcan los reglamentos.

FIN

LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por KNERR











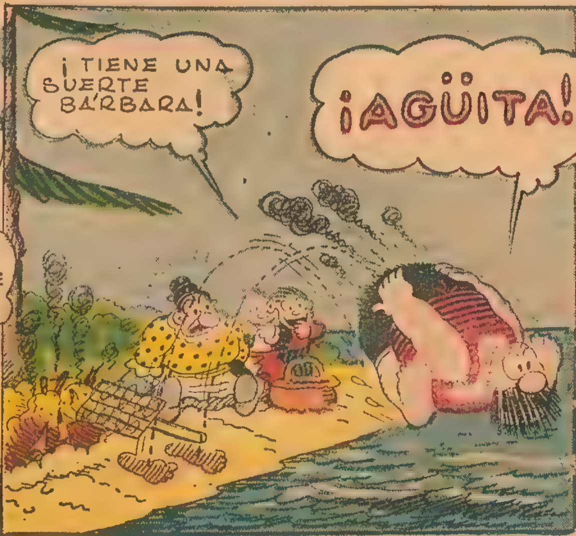














¿Qué es la televisión?

(Continuación de la página 49)

se hallan a la expectativa. Sólo bastará que una de ellas adopte el sistema y obtenga con ello un éxito seguro para que las demás la imiten. Me precio de conocer un poco el ambiente radiotelefónico local y puedo asegurarle que dentro de dos años la televisión estará al alcance de cualquier aficionado porteño.

—Suponiendo que un aficionado tenga un aparato de radio de onda corta, ¿será necesario hacer grandes gastos para anexar el televisor? Porque usted sabe que con esta crisis...

—En primer término debo advertirle que abrigo la seguridad de que la crisis reinante no ha de entorpecer en lo más mínimo la adopción de un aparato televisor para cada aficionado. ¿Que el público no se apresta a gastar grandes cantidades de dinero? ¡Es muy cierto! Pero no lo es menos el hecho de que cuando con hechos, y no con palabras se desmuestra la efectividad y el valor de un artículo, el comprador no duda mucho. Por otra parte el gasto no es grande. Un aparato televisor cuesta más o menos lo que otro de radio. Desde luego, la calidad es lo que hace que su costo aumente o disminuya, aparte de que en ello también influirán el propio adelanto y desenvolvimiento de la televisión.

—¿De manera que usted sospecha que nosotros?...

—No lo sospecho; tengo la seguridad. He recorrido diversos países pudiendo comprobar en cada uno de ellos el grado de perfeccionamiento de la radio. La Argentina es uno de los que mejor me han impresionado, haciéndome concebir proyectos muy optimistas, que no tardarán en convertirse en realidad. En cada sitio donde se desee implantar la televisión es necesario ante todo determinar la regularidad y el número de períodos existente. En cada nación es diferente. La Argentina es, debido a su posición geográfica, uno de los más convenientes.

—¿Y con respecto al optimismo que reina entre nuestros aficionados?

—Confieso que no es muy grande, pero ello tiene, sin embargo, su lógica explicación; el poco arraigo de la televisión en este país. Indiscutiblemente, todo lo novedoso provoca, de primera intención, un poquito de temor. Pero pronto pasa, se lo aseguro. Los experimentos prácticos se encargarán de demostrar la efectividad de la televisión, y entonces su adopción habrá de generalizarse totalmente.

—¿Y qué puede decirnos sobre la nitidez de las transmisiones?

—¡Puedo decirles que será una nitidez total! Causará la impresión de que se está presenciando una sección de cinematógrafo en miniatura. La pantalla no tiene más de veinte centímetros y es cuadrada. En Estados Unidos ya se han hecho transmisiones de una nitidez completa, con imágenes movibles, actores teatrales, cantantes, etc.

—De manera que en poco tiempo ..

—Dentro de dos años puedo asegurarle que el noventa por ciento de los aficionados a la radio poseerán un aparato televisor.

FIN

Rodando de pueblo...

(Continuación de la página 17)

Al adivinar nuestra intención, el propietario nos gritó:

—Déjenlos solos.

Al rato cesaron en su pelea y se acercaron hasta el mostrador, a tomar, tan amigos como antes. Pocos minutos después hubo otra pelea. Al día siguiente supimos que después de nuestra salida, la taberna había sido robada y asaltada, tocándoles a todos los que estaban allí.

No ganábamos mucho dinero, pero eso sí; veíamos la vida por sus dos lados: el bueno y el malo..., aunque más veces por este último.

(Continuará en el próximo número)



CHARLAS FEMENINAS

Por MESEC TUBAT

LOS ESPEJOS

No concibo que se pueda vivir sin gran profusión de espejos. El espejo nos ayuda a ser elegantes, porque su franqueza nos dice siempre la verdad. Un ademán inelegante nos ruboriza aunque estemos solas frente a la luna de cristal; y en el acto, por coquetería innata, corregimos nuestra inelegancia.

Es tan femenino y atávico eso de mirarnos al espejo, que hasta los niños que no saben aún ni hablar, ni jugar, ni comprender, si los colocamos frente al espejo, es seguro que se divierten con su propia imagen y sonríen complacidos.

Deberían educarse los niños frente a los espejos, para que vieran o aprendieran a ver lo feo y lo bonito de su manera de conducirse, para que aprendieran a rechazar lo torpe de sus movimientos.

El espejo es el que va señalando pequeñas miserias pueriles a la mujer en su físico; es quien primero le señala la importancia y el valor de ser bella.

Es, además, el alma clara y transparente de los hogares; donde hay amor al espejo parece prologarle; es en todo caso el censor de todos los actos, el decorador que embellece, el amigo que no nos deja nunca estar solos, puesto que nos hace acompañar de nuestro más leal y mejor compañero: nosotros mismos.

LA BELLEZA ARMONICA

Nadie ha conquistado al amor sin coquetería física, sin un poco de engaño y de artificio.

Siglos y siglos la mujer ha permanecido esclava de su cuerpo y de su belleza; el ser bella, siempre más bella, fué la preocupación grande de toda su vida.

La mujer sigue siendo la frágil criatura esclava del amor; en el momento lucha por ser electora, y lo logrará; pero quiero creer que en el fondo de su corazón quedará bien guardada y bien cuidada la pequeña alma oriental un poco frívola, muy femenina que vivió, que seguirá viviendo en cada mujer, para defender su belleza armónica que la empuja a la coquetería, al cuidado, al "maquillage"; en una palabra, a transformarse, a medirse, pero a ser bella, siempre más bella.

Para ir a votar se pondrá un traje "tailleur", un poco masculino, unos zapatos gruesos que harán mucho daño a sus delicados piececitos, un chambergo, que sentará muy mal a su frente y a sus rizos...; pero al regresar de las mesas electorales, quiero creer que dejará su aspecto de sufragista moderna, y vestirá túnicas flotantes, con broches banales y encajes ligeros; que se azulará los párpados, se pondrá rimmel en las pestañas, enrojecerá sus mejillas, y, al sentirse más tentadora y más hechicera, más hermosa y más conquistadora, se sentirá también más próxima al amor y más dueña de él.

LA MANO DEBE SER BONITA

La mano debe ser bonita, suave al tacto, de epidermis fresca, delgada de forma, de bonito color, de piel limpia.

Una mano bonita no pasa nunca inadvertida; es una sorpresa agradable en una mujer ordinaria, es el complemento natural de una elegante, es el encanto discreto de una fea.

La mano que trabaja, como la que no trabaja, tiene igual derecho al mismo rango de belleza. Por poco que trabaje la mano, está siempre en actividad, y a causa de esto es la parte del cuerpo que tiene más necesidad de cuidados para conservar su belleza.

Así como la mujer se somete a deportes y regímenes alimenticios para tener una silueta esbelta y elegante, así debe someter la mano a cuidados que la mantengan cual el talle, fina, flexible y graciosa.

El guante, además de ser el complemento de todo "toilette", es por excelencia el mejor protector de la mano; dentro de él, ella se modela, se empalidece, se protege de los rigores de la temperatura, sea ésta cálida o fría.

Hay que someter la mano a serios cuidados, lociones y masajes que la conserven flexible, que eviten que sus músculos fatigados estropeen la elasticidad y frescura de la piel.

La mano es una terrible delatora de los años. ¡Mucho cuidado, porque es fácil esconder la fe de nacimiento, mentir en la cédula de identidad engañar a los amigos y engañarnos a nosotras mismas robándonos unos cuantos años; pero lo que es difícil, o imposible, es que una mano mal cuidada no esté señalando los años y denunciando la vejez.

MODAS

La moda conspira contra la distinción y el buen gusto, porque la moda, como es femenina, gusta de invadir los terrenos prohibidos; por eso es que no quiere limitarse a imperar en los trajes, guantes tapados, sombreros y carteras. Quiere también entremeterse en la ropa interior.

¿Quién ha dicho que lo que se llamó siempre lencería podía llamarse ahora "cursilería"?; porque es verdaderamente "cursi" eso de usar ropa interior de color.

Antes, en el tiempo pasado, se decía: "para saber quién es una mujer basta saber qué ropa interior usa". Si era de color, ni una palabra más... Si era blanca, de fina batista, adornada de encajes, ni una palabra más; esa mujer era, sin duda, muy señora, muy distinguida y de muy buen gusto.

Es "charro" y de mal tono la ropa interior de color; además, la ropa blanca y suave es la adecuada a la piel fina de la mujer. ¡El blanco, el blanco será siempre lo más encantador para la ropa de cama y para la ropa íntima de toda mujer de buen gusto!

QUIEN FUE EL...

(Continuación de la página 52)

apologistas por ingenuas y capciosas escapan a un análisis serio y consciente.

De un estudio grafológico de la letra de la bailarina surge la conclusión siguiente:

"Era egoísta, voluntariosa, ávida de lujo, pródiga y derrochadora.

Su letra espaciada, de trazos vacilentes, denuncia su avidez de dinero.

No era, evidentemente, una naturaleza abierta y franca, a pesar de las "o" y las "a" frecuentemente abiertas y de la firmeza de ciertas letras de su escritura".

Por el dinero que gastaba pródigamente en lujos y caprichos se hizo primero bailarina exótica, luego cortesana de alto rango y después espía.

De esto no se puede dudar, y si algo es de lamentar es que la sensibilidad y la inteligencia de esta mujer prodigiosamente dotada por la naturaleza, tuviesen que ser esclavas del deseo, de capricho y de dinero y víctimas de su propia prodigalidad e imprevisión.

FIN

Méjico es la ciudad...

De más está decir que todas las iglesias católicas del Estado de Tabasco se han quedado sin párroco desde que comenzó a regir esta ley...

Otros estados mejicanos, de acuerdo con esta misma tendencia restrictiva en materia de cultos, cuentan con principios legislativos, similares, como, por ejemplo, el Estado de Veracruz, que para una población de un millón doscientos mil habitantes, solamente permite la existencia de doce sacerdotes, es decir, a razón de uno por cada 100.000 habitantes.

En la capital de Méjico, en cambio, las leyes respectivas establecen que corresponden un cura por cada cincuenta mil habitantes.

LA TRADICION HISTORICA DE LAS IGLESIAS MEJICANAS

Es verdaderamente digna de mención la histórica tradición de los templos de Méjico, empezando por los de la capital, cuya Catedral, por ejemplo, fué erigida sobre los mismos pilares que sirvían de cimientos a un templo milenario, el Gran Teocali de los Aztecas, que era el más grande de aquel imperio indígena.

La Iglesia de Jesús el Nazareno remonta sus orígenes a la época del propio Hernán Cortés, quien ordenó su construcción en el año 1521.

Y fué también en otra iglesia, la de San Francisco, donde reposaron durante siglos los restos de Hernán Cortés.

En realidad, casi todas las iglesias atestiguan esa tradición con elementos de distinta índole, pues las que no han sido escenarios de algunos episodios trascendentales, contienen tumbas o museos, etc.

FIN

DIÁLOGOS EN LA PELUQUERÍA

LA POLITICA AL PELO Y CONTRAPELO

—Yo no he sido nunca hombre de prejuicios, don Mandinga, ni he creído jamás en eso que dicen de las estrellas y la suerte. Pero hay casos que verdaderamente lo hacen dudar a uno...

—*¿Por ejemplo?*

—Por ejemplo el caso de don Marcelo. Ahí tiene usted un hombre al que todo le sale bien. Yrigoyen "no lo pasa", pero "se lo tiene que tragar" porque don Marcelo es algo así como la medicina del radicalismo; un "cachet" que corrige los "desarreglos orgánicos" del partido...

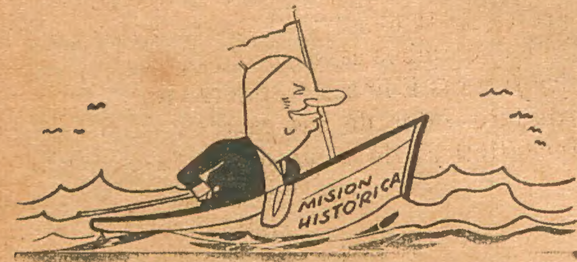
"¿Recuerda usted cuando "ligó" la presidencia de la República? Bueno, esa sí que le llegó completamente "de arriba". El hombre ni se la soñaba cuando los amigos del "jefe único e indiscutido" empezaron a pelearse por el queso. El partido iba derecho a la división y los convencionales, divididos en dos bandos, no aflojaban. Entonces aflojó Yrigoyen y dijo: Bueno, aquí



hay que poner un candidato de transacción, un amigo que nunca haya hecho nada y que, por consiguiente, no levante residencias. Y ¡zas!, lo encontraron a don Marcelo.

"Vino después lo que usted sabe: el radicalismo se dividió en personalistas y antipersonalistas. El amigo que nunca había hecho nada, dijo algo: se puso frente a Yrigoyen y con eso, se colocó la soga al cuello. En 1928 el impersonalismo estaba derrotado y don Marcelo era un náufrago político. Por eso le pusieron "El Capitán del Maffalda". Entonces optó por no hacer nada otra vez y se fué a Europa.

"Luego vino la revolución, don Hipólito resultó, a su vez, el Capitán del "Monte Sarmiento" y los radicales necesitaron nuevamente un amigo que no hubiera hecho nada y que no levantara resistencias para que sir-



viera de árbitro, y al "Capitán del Maffalda" le entregaron el buque náufrago de "la misión histórica"...

"Dicen los técnicos que no conseguirá ponerlo a flote, pero entretanto los dos Capitanes se han dado un abrazo en el fondo del mar, olvidando los "conceptos elogiosos" que se merecen recíprocamente."

—*¿Cómo es eso de los "conceptos elogiosos", don Giácomo?*

—Cuando don Hipólito estaba en Martín García escribiendo su manifiesto, don Marcelo dijo de él en París que "era un hombre funesto", y casi al mismo tiempo don Hipólito declaraba que "el único causante de la crisis económica y política que sufría el país era don Marcelo".

"Los políticos, don Mandinga, siempre tienen lista la esponja para pasarla sobre el pasado, es decir, para borrar lo que no conviene a su presente o porvenir. Pero olvidan que los hechos se graban en la conciencia del pueblo y de allí no hay esponja que los borre."

—*Sin embargo, usted decía que la suerte...*

—¿Y le parece poca suerte que con esos antecedentes don Hipólito y don Marcelo continúen siendo dos figuras culminantes de la política argentina?

"En otro país más analítico y menos optimista que el nuestro, hace rato que a los dos ya los habrían mandado al archivo.

●●●

"¿Quiere otro caso de buena estrella?"

—*Diga; pero cuidado, no pase muy fuerte el contrapelo, que se irrita la piel.*

—Bueno: ahí lo tiene, al ministro de Hacienda. Es un funcionario con flotadores, don Mandinga.

—*¿Cómo con flotadores?*

—Sus planes financieros se hunden como



el plomo en el agua, pero él queda flotando.

—*¿Quiere que le diga una cosa? Tengo una sospecha.*

—¿Cuál?

—*Al ministro de Hacienda deben haberle pedido plata prestada para las elecciones y todavía no se la han devuelto.*

—¡No sea mal pensado, hombre!

—*Es que las consideraciones que se tienen con él no se tienen más que con los fuertes prestamistas. Y si no, fíjese: el gabinete está en su contra porque sus planes son "simplistas e ineficaces"; el Congreso está en su contra porque "le metió la mula y en vez de hacerle votar un presupuesto, le hizo votar un "déficit" y el alto comercio también está contra él porque los fracasos financieros del gobierno le acarrean fuertes quebrantos. Todos están contra él, pero él triunfa contra todos; todos dicen que sus planes no sirven, pero él impone*

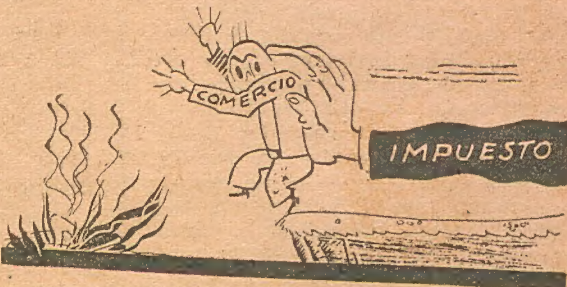
●●●

sus planes; todos dicen que si no renuncia dentro de seis meses estaremos enterrados en deudas, pero él no renuncia. ¿No es esto tener buena estrella?

—A propósito de soluciones financieras, ahora tenemos en marcha un nuevo plan. Como los sueldos ya no se pueden rebajar más, según dicen en la Casa Rosada, aumentan los impuestos. Así yo también soy financista, don Mandinga. Si amparado en la Constitución yo pudiera cobrar diez pesos por barba, vería usted qué pronto me haría rico.

●●●

"Yo creo que hay más margen de economía en los sueldos que en los impuestos."



—*¿A ver? Eso es interesante.*

—Y sencillito; es verdad que los sueldos chicos ya están estrangulados y no es posible sacarles más jugo; pero no ocurre lo mismo con los sueldos grandes. ¿A usted le parece, don Mandinga, que no se pueden reducir los sueldos del presidente, de los ministros, de los jueces, de los diplomáticos, de los legisladores, de los militares de alta graduación y de los funcionarios de alta categoría?

"Desde el 6 de septiembre se viene repitiendo que hay que economizar sobre el hambre y la sed del pueblo; pero, por lo visto, a los únicos que se considera pueblo es a los empleados de modesta categoría y a los contribuyentes. Entonces llegaríamos a una conclusión poco democrática: si los funcionarios no son pueblo, son "clase" y colocados



en ese plano, sería forzoso reconocerles la clasificación de "clase privilegiada".

"Pero es natural, se ha preferido apretar el torniquete en los impuestos, sin pensar que con ellos se aumentan los quebrantos comerciales y se agrava el "déficit". Si se examina un poco la estadística, se verá que la cifra de los quebrantos comerciales ha aumentado en una proporción alarmante. No sé de ningún alto funcionario que hasta ahora se haya presentado en quiebra...

"¡Plaf..., plaf!... ¡Que pase el primero."

Por

El Viejo Mandinga

GOTITAS

El prólogo es aquella cosa que se escribe después, que se imprime antes, y que no se lee ni antes ni después.

Desde que han aprendido las mujeres a ponerse carbón en las pestañas, ya no saben llorar.

Cuando se ha cometido una "gaffe", es mejor dejarla pasar que preocuparse de "arreglarla". Las "gaffes" son como ciertas erupciones cutáneas: desaparecen por sí solas, y es peor rascarlas.

El modo más seguro de retener al que nos ama consiste en abandonarlo.

PITIGRILLI.

SALPICON

LA CANCION del VIVIDOR

¡Que viva la viña!
¡Que viva su fruto,
jugoso tributo
que brinda gentil!

Racimo que pende
maduro del gajo,
no da más trabajo:
¡cortar y comer!

¿Que voces airadas
me gritan ratero?
Mañoso y artero,
simulo no oír.

Quien teme esos gritos
por ser delicado,
de flaco y hambreado
se puede morir.

Es cierto que nunca
trabajo la viña;
de pura rapiña
yo suelo vivir.

¿Qué importa? Trabajen,
en cambio, los necios
de músculos recios
y poco magín.

Que si ellos holgasen,
me matan de inedia...
¡Bonita comedia
perder la ración!

¡Dios quiera que nunca
no falten los brutos
que cuidan los frutos
que son... para mí!

ESPINILLO.







La excesiva amabilidad de un mozo de café.
(De "Life", Nueva York)

La BELLEZA FEMENINA

Brontome ha dicho que la mujer bella debe tener tres cosas blancas: la piel, los dientes y las manos; tres negras: los ojos, las pestañas y las cejas; tres rosadas: los labios, las mejillas y las uñas; tres largas: el talle, los cabellos y las manos; tres cortas: los dientes, las orejas y los pies; tres anchas: el pecho, la frente y el espacio entre los ojos; tres angostas: el talle, la boca y el tobillo; tres gruesas: el brazo, el muslo y la pantorrilla; tres delgadas: los dedos, los cabellos y los labios; y tres pequeñas: el seno, la nariz y la cabeza.

—¡Dame el volante! ¡Quiero manejar yo!
(De "Judge", Nueva York)

CUENTO JUDIO

Benjamín, conocido usurero, llama a su hijo.

—¿Qué quieres, padre?

—Siento que me voy a morir y deseo darte un consejo.

—Tú dirás.

—No dejes de prestar dinero, con dos a uno y documentos firmados en regla. Esto no lo olvides.

—Está bien.

—Además, en verano recarga más los intereses.

—¿Por qué?

—¡Hombre, porque en verano los días son más largos!



El paciente.—Doctor, si oye usted algo importante, no me lo niegue.
El médico (apasionado de la radiotelefonía).—Pierda cuidado. Ahora están dando avisos.
(De "Gutiérrez", Madrid)

GRANDEZA y DECADENCIA

El comité de la "Unión General de Chauffeurs rusos", en París, publicó la siguiente curiosa lista:

"Presidente: T. Werissotzky, ex substituto del procurador imperial; vicepresidentes: M. Rebrovsky, ex abogado en la Cámara de Apelaciones, y E. J. Gelzikoff, ex teniente coronel de artillería; secretario general: M. Kannabich, ex juez de Instrucción; prosecretario: A. Sabinsky, ex capitán de caballería; tesorero general: E. Novitzky, ex abogado de la Cámara de Apelaciones; protesorero: S. Komponitchenko, ex capitán de marina; miembros del Consejo de Administración: W. Forsovsky, ex capitán de caballería; S. Piapolof, ex estudiante y V. Vakonlenko, ex coronel y procurador militar."

¡He aquí las vueltas que da el mundo! ¡Con cuánta facilidad se pasa de la grandeza a la decadencia!...



—Dime, Max, ¿qué representa esta estatua de mármol y por qué está aquí?
—¡Qué sé yo! Rómpele la cabeza, y así mañana nos lo dirán los diarios.
(De "Lustige Blatter", Berlín)

DEPARTAMENTO AGRICOLA
CASA Y ESTADOS DEL EXMO. SR. D. JOSE BAU



OLIVA CLASE BAU *(Aumentada 16 volúmenes)*

CARACTERISTICAS PRINCIPALES
- — piel sana.
- — desarrollo perfecto.
- — tersura y tacto uniformes.

Libre de vegetaciones y de parásitos.

IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA., S. A.